MARIE-SABINE ROGER

MALDITO CUMPLEAÑOS

Grijalbo narrativa

MARIE-SABINE ROGER

Maldito cumpleaños

Traducción de
Patricia Sierra Gutiérrez

Grijalbo narrativa

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Samuel, Meltem y Mila.
Para Antoine y Marion.
Para Cécile

MORTY MUERE

Por más que se quiera prever lo imprevisible, lo inevitable ocurre, y en el peor momento: estaba a punto de morir.

Morir es uno de esos sucesos íntimos que asumen bastante mal los testigos inoportunos.

Me había preparado desde hacía tiempo para ese último instante. Había pagado el último mes de alquiler de mi apartamento y rescindido el contrato. Había limpiado a fondo; basura sacada, armarios y frigorífico vaciados, cristales y suelo poco menos que impecables. Acababa de cerrar la llave del gas y de bajar el interruptor general de la luz, después de tomar mi café de la mañana.

Mis papeles estaban en orden. Podía irme tranquilo.

Incluso me había comprado para la ocasión un traje de duelo, con camisa y zapatos a juego. No había escatimado en oscuridad y negrura. Sin embargo, a la hora de elegir los calcetines lo tuve más difícil. ¿Estampados? ¿Con rayas discretas? Finalmente opté por unos de fantasía: ositos rojos y amarillos, reproducidos al estilo Andy Warhol, sobre un fondo de nieves eternas.

Morir, vale, pero con buen pie.

Me encantaban esos calcetines.

Me levanté más temprano que de costumbre. A las seis de la mañana. Era un día importante, y ya sabía que no lo vería finalizar.

Fui a buscar cruasanes a la panadería, y me preparé un café. Miré mis álbumes de fotos. Aunque no hacía ninguna falta, repasé con el trapo mi impecable cocina. Luego intenté ver una película, también leer; sin éxito. Consulté la hora unas doscientas veces en el reloj de péndulo. Qué curioso: el tiempo parece ralentizarse cuando esperas. Las horas se hacen viscosas, se estiran en minutos elásticos y pegajosos como el largo hilo de baba que pende del hocico de un perro. Aguardaba ese momento final desde hacía tanto… No es que fuera a lanzar cohetes cuando llegara, pero sentía curiosidad por saber lo que sucedería. Lo único que me disgustaba es que fuera a tener lugar aquí. Durante los últimos años había hecho mil y un planes, grandiosos, especiales: despedirme de esta vida en un apartado rincón de China, en un fumadero de opio; con los aborígenes australianos, mientras hacían sonar un viejo diyeridú. En la cima de un volcán. En los brazos de Jasmine, en pleno corazón de Manhattan. Evidentemente, no había hecho nada de eso. Como siempre, había perdido el tiempo posponiendo hasta el día siguiente la elección de mi destino final. Resultado: no había tomado ninguna decisión, así que moriría en mi casa, como un cualquiera. Esa última mañana estaba siendo muy decepcionante. Deseaba que acabara.

Cincuenta minutos antes de la hora prevista, como estaba harto de dar vueltas y empezaba a aburrirme, para relajarme un poco me tumbé en mi sofá cama en esa famosa postura llamada «del muerto», bien conocida por los difuntos y por quienes practican yoga, o lo intentan, como era mi caso desde hacía tres semanas. Las palmas de las manos vueltas hacia el cielo, las piernas apenas separadas, las puntas de los pies descuidadamente orientadas hacia el exterior, el diafragma relajado, la respiración lenta y calmada, los ojos fijos en ese

maldito reloj de péndulo colgado sobre la campana extractora, justo enfrente de mi cama, que no dejaba de roer los segundos que me quedaban con la discreción de una anciana cuya dentadura aún puede con un mendrugo de pan.

Ya eran las 10.12.

A las 10.13 llamaron con energía a mi puerta, que se abrió de inmediato y se cerró enseguida con un golpe. Vaya, ya sabía yo que me había olvidado de algo: no había echado el pestillo.

—¡¿Todavía en el catre, perezoso?! —soltó Paquita mientras atravesaba mi apartamento con el paso resuelto de un antílope entrado en carnes que trota sobre unos tacones de doce centímetros directo a beber de una charca.

Lanzó su abrigo de piel sintética, que aterrizó en una esquina de mi cama, y acto seguido se fue detrás de la barra que separa mi cocina de mi sala de estar-dormitorio-despacho. Paquita se siente siempre en cualquier sitio como en su casa, sobre todo cuando está en la mía. Es una de esas personas que, invariablemente, en cuanto entran en una habitación ocupan todo el espacio, no importa lo grande que sea.

Dijo:

—¿Sabes que no funciona tu timbre?

«Normal, he cortado la electricidad», pensé.

Me echó un vistazo y exclamó con cierta sorpresa:

—¿Desde cuándo duermes con traje?

Y luego:

—Menudos calcetines… ¿Has pasado por Cáritas?

Se rio de su propia broma. En cuestión de humor, Paquita no es demasiado exigente.

Cogió una taza del mueble alto y dijo:

—Te quedará café, ¿no? Sí, qué bien.

Después:

—¡Caray, está todo muy ordenado! Tú te has traído aquí a una chica

por San Valentín, ¿eh, sinvergüenza?

«Pues no.»

Acto seguido:

—¡Tu cocina tampoco funciona! ¿No se te habrá fundido un fusible, por casualidad?

«Puede que sí… El mío. Desde hace tiempo.»

A continuación:

—Da igual, aún está caliente.

Y justo al momento:

—¡Uf! ¡Tu nevera es el desierto del Colorado, cariño! ¡Si se levanta viento, rodarán bolas de hierbajos secos como en las pelis del Oeste!

Lo dudaba, puesto que las «bolas de hierbajos secos», también llamadas *tumbleweeds*, barrillas o rodamundos —su nombre científico es *Salsola tragus*—, se encuentran esencialmente en los desiertos del norte de Estados Unidos, no en Colorado.

Es más, nunca hay viento en una nevera. Qué absurdo.

Pero es inútil argumentar o razonar con Paquita; raras veces escucha lo que se le dice. Así pues, no la corregí; no lo hice en ese momento sobre asuntos de botánica ni tampoco antes a propósito de mis gustos en cuestión de indumentaria.

Me encantaban esos calcetines. Punto.

Y precisamente ella no es que fuese la más adecuada para darme consejos sobre mi look: Paquita se viste como una puta. No lo digo con malicia; fue su primera vocación, y respeto a todo aquel que tiene un proyecto de vida. Pero no siempre hacemos lo que habríamos deseado. Nassardine la bajó de la acera antes incluso de que se subiera a ella. En fin, esa es otra historia.

La contaría si tuviera tiempo.

Vale, de acuerdo, la cuento

Conozco a Paquita y a Nassardine desde hace más de veinte años. Paquita me habrá explicado cientos de veces cómo se conocieron mientras Nassardine, conmovido, asentía con la cabeza, con los ojos llorosos como los de un viejo perro sabueso, y le daba golpecitos en la mano durante los momentos más emotivos.

Fue al comienzo de la primavera, en plena feria.

Paquita tenía diecisiete años y curraba como camarera —aún no era prostituta, pero ya apuntaba maneras— en un barucho con pretensiones de bareto. El jefe era ambicioso; había puesto a su mujer y a sus hijas a hacer la calle y soñaba con ampliar el rebaño para hacer prosperar su pequeña empresa. Paquita mostraba buena disposición. Era aplicada, sonriente, trabajadora. Tenía un culo espectacular y una delantera que hacía perder la cabeza. Además, no era arisca, y sería mayor de edad al final del verano. Reunía, pues, un montón de buenas cualidades, indispensables, por otro lado, para quien quiere labrarse un porvenir en ese oficio.

Paquita tenía ante sí un futuro espléndido, si creía a su jefe cuando la llamaba «mi putita» al tiempo que le sobaba el culo para verificar la calidad de la mercancía.

Nassardine, que por entonces tenía diecinueve años, era albañil en una obra contigua. Hacía seis meses que había llegado de Argelia en barco —durante los cuales lo habían amenazado diez veces al día con tener que volverse a nado— y dormía en un albergue para inmigrantes lleno de otros *chibanis* nostálgicos que se alojaban allí desde hacía quince años, sin haber visto a sus familias nunca más, y que jugaban

al ajedrez fumando en sus pipas de agua.

El resto del tiempo, cuando no trabajaba, Nassardine deambulaba por el centro con la mirada curiosa, las manos en los bolsillos, contoneándose con aire a la vez tímido y seguro de sí mismo.

Cuando aquella tarde se plantó en pleno centro de la feria, entre las casetas de buñuelos y los tiovivos, solo la vio a ella, a Paquita. Su rubio Marilyn, su delantera atómica, sus tacones como zancos y aquel ligero contoneo que hacía balancear suavemente en el espacio sus bonitos cuartos traseros de potranca. Avanzaba como si nada luciendo pandero, sin prestar la menor atención a los soldados en celo que seguían sus pasos.

De repente encandilado, Nassardine se quedó plantado mirando a Paquita, que se dirigía a su encuentro lamiendo una manzana caramelizada. Cuando llegó a su altura, a escasos centímetros, bajó hacia él sus grandes y preciosos ojos de miope.

Nassardine se quedó en shock. La contempló sin atreverse a decir una sola palabra, con la cara levantada hacia aquella aparición encaramada en unos tacones, con la expresión bobalicona propia de una pastorcilla que hubiera visto de repente a la Virgen en un recodo del camino.

Acababa de ser tocado por la gracia. No solo por ese cuerpo magnífico, ese cuerpo de doble página central de revista para adultos, sino también por esos ojazos verdes, luminosos y confiados. Ojos de madre… o de niña.

Y Paquita, por su parte, no vio en él al inmigrante sin blanca que paseaba su soledad con la esperanza inútil de encontrar a una chica, sino a un hombre del desierto, a un apuesto guerrero bárbaro, con la mirada más caliente y oscura que una taza de chocolate.

Por lo general, cuando llegan a esta parte del relato a Paquita se le enronquece la voz y Nassardine se suena la nariz. Ya no se acuerdan de lo que se dijeron el uno al otro aquella noche, imposible. Solo saben que se subieron a la montaña rusa y dieron dos vueltas montados en los autos de choque, sin dejar de mirarse un instante. Él

ganó para ella un perro gigante de peluche en el puesto de tiro; la paga y el corazón fundidos al mismo tiempo. Ella se enamoró y, flotando, se elevó hasta la estratosfera. Desde entonces, está sujeta de su brazo.

En la actualidad, Paquita tiene cincuenta y siete años, y aún se viste como una fulana; cuestión de costumbre y de gusto, pero no hay que confundirse. El hábito no hace al monje, como tampoco hace a la puta. No hay persona más fiel, más enamorada que ella.

Tampoco más celosa.

Si no fuera por los hijos que nunca pudo tener —la única pena de su vida—, por lo demás es una mujer dichosa. Y él, con su pinta de viejo árabe de la tienda de la esquina, su pantalón dado de sí en las rodillas, su silueta ensanchada por la chaqueta de mangas demasiado largas y su barba de un día, es el hombre más feliz del mundo, y el más orgulloso. Va contando a todo aquel que quiere escucharle que deberíamos desconfiar de él, que es un peligroso terrorista.

En cuanto se le pregunta por qué, responde con un guiño:

—¡Eh! Cada noche, alabado sea Alá, ¡tengo una bomba en mi cama!

Aunque la «bomba» hoy sea un petardo gordo embutido en una falda demasiado corta, Nassardine ve a Paquita como era cuando tenía diecisiete años. Sigue siendo su milagro, su diosa, y eso es lo único que cuenta para él.

Y si Paquita contempla a su hombre, no ve las canas de su barba, ni sus arrugas profundas ni su incipiente calvicie. Ve siempre al guapo argelino de ardientes ojos oscuros que la sedujo con una sola mirada delante del puesto de buñuelos.

Nunca bajaron del tiovivo los dos enamorados de la feria. Son realmente afortunados. A pesar del paso del tiempo, la melodía del carrusel suena para ellos de la mañana a la noche.

Paquita estaba sentada ahora en mi taburete de bar, detrás de mi barra, balanceando con desgana una pierna en el aire mientras mantenía la otra graciosamente doblada bajo el trasero, como un enorme flamenco rosa con tanga, según podía comprobar sin ningún esfuerzo.

Esta mujer es un cómputo de improbabilidades. Ya me había acostumbrado, y de haberla visto con una falda hasta las rodillas o una camisa recatadamente abotonada hasta el cuello, me habría extrañado más que encontrármela así, disfrazada de Lolita madura en busca de quien le riegue el jardín. No puede decirse que sea vulgar; es otra cosa. Nadie como ella podría vestirse así a su edad… con excepción de algunas señoronas y unas cuantas prostitutas jubiladas.

Paquita es indescriptible. Con sus kilos y sus lorzas, sus pestañas emplastadas de rímel, sus faldas de buscona y sus escotes cada vez más pronunciados para contener esos senos que rebosan hacia abajo, simplemente es entrañable. En cuanto la ves, sabes que es ingenua y que ama la vida. Tienes la certeza de que lo dejaría todo sin pensárselo dos veces para ayudar a alguien que pasa dificultades, salvo quizá a una descarada que coqueteara con su Nassar adorado, y aun así lo dudo.

Hay gente como ella. No tienen nada de malo, nada de mediocre, solo algunos defectos de niño; son inquietos, despistados, crédulos, llenos de esperanza, posesivos, caprichosos. Demasiado sinceros.

Echaría de menos a mi regordeta Paquita cuando me fuera al otro barrio.

Por el momento, se bebía mi café templado entre gestos y jadeos de placer.

—¡Aaah! ¡Nada que ver con el café de Nassar! Tú sí sabes hacerlo, no como él.

Lo que merece, en mi opinión, un breve inciso.

Breve inciso

Cuando Nassardine la conoció, Paquita tenía dos talentos: hacía muy bien el amor y los creps bretones. Como es lógico, en adelante su primera habilidad quedaría reservada en exclusiva a su hombre, así que solo restaba explotar su otra aptitud.

Nassardine, comprensiblemente desconfiado, le había sugerido abandonar cuanto antes su empleo de camarera. De modo que Paquita devolvió su delantal, muy a pesar del señor Jeannot, el jefe, quien se lo tomó a mal e insultó hasta la acera a esa zorra, a esa ingrata que no había sabido ver la oportunidad que él le ofrecía, a esa cualquiera que rechazaba «ocuparse de los clientes» y que lo dejaba tirado, ¡y todo por un moro!

Paquita era jovial, buena, solo pedía trabajar. Rápidamente encontró un puesto de cocinera en una crepería al otro lado de la ciudad. Cogía el autobús todas las mañanas y volvía tarde por la noche para reencontrarse con su Nassar, que curraba duro y tampoco contaba las horas. Porque tenían un proyecto en común. Un bonito proyecto: comprarse una furgoneta para ir a vender creps por toda Francia, y quizá más allá.

Pero una furgoneta cuesta dinero.

A ese ritmo, tendrían que esperar veinte años. Y veinte años, cuando se tienen veinte años, es una eternidad demasiado larga. Paquita decidió recurrir a sus progenitores, que nunca se habían preocupado mucho por ella. Un domingo por la mañana Nassardine se afeitó a conciencia, domó sus rizos con gomina y se puso su mejor traje, en fin, el único que tenía. Paquita se puso hecha un pimpollo, y de la mano se fueron a casa de sus padres.

Cuando llegaron, su madre tendía las sábanas en la cuerda del

jardín y su padre trasteaba en el motor de su coche. Nassardine, a quien su enamorada le había dicho que esperase junto al portón, se apoyó en el muro, al lado del buzón. Se lio un cigarrillo con dedos temblorosos, con el corazón un poco acelerado y el oído aguzado.

Entraría cuando ella le hiciera una señal. Sería una sorpresa.

Paquita, emocionada y feliz, anunció a sus padres que tenía novio, uno de verdad. No, Johnny no, ni Juju, ni Paulo, sino otro, uno al que aún no conocían. Pero esperaba de todo corazón que lo quisieran tanto como ella.

Sin sacar la nariz del capó, su padre murmuró:

—¡Bah, si nos hemos hecho a los otros, no hay razón para que no nos hagamos a este! Siempre y cuando no nos traigas a un moro…

—¡Qué dices! —exclamó su madre riéndose detrás de sus sábanas—. Un árabe… ¡Anda ya! ¡Qué tonto!

Nassardine se alejó silbando, como si nada. Fue a esperar a su amor a la parada del autobús, doscientos metros más allá. Ella fue a su encuentro llorando. Nassardine la consoló, se apañarían sin su familia. No le extrañaba, la verdad. A sus padres tampoco les habría gustado verlo con ella, una blanca.

Así es la vida.

Trabajaron un poco más, mucho más, y terminaron por comprarse la furgoneta. Solitos, como los grandes, sin la ayuda de nadie. Una vieja Peugeot J7 oxidada que Nassardine restauró y transformó en crepería, sábados, domingos y festivos. La pintó de todos los colores, y, en honor a Paquita, la bautizaron Chez Pâquerette, como la llama él. Pero con lo cara que estaba la gasolina y como la furgo, encima, chupaba más que mama un ternero, nunca fueron demasiado lejos. No más allá de la avenida, frente al instituto Mistral. Pronto hará treinta años que están ahí a diario y es, de lejos, la mejor crepería de la ciudad, así como el peor sitio para tomarse un café.

El café. En eso estábamos.

Desde que conozco a Nassardine hace mal el café con una constancia admirable, lo que no impide que persiga sin desanimarse su sueño, que no es otro que dar con el sabor exacto de aquel café al estilo árabe tradicional, especiado, que preparaba su abuelo, sublime… al menos en su recuerdo.

Ha pasado por todas las fases, del pis de burro al aguachirle. Paquita ya no se inmuta. Compra café soluble, que bebe en su propia taza, un cerdito de color rosa chicle que sostiene por la cola con delicadeza, con el meñique tieso como haría una verdadera princesa. Y si no, viene a mi casa a tomarlo, que es lo habitual.

Ya solo son los clientes los que se arriesgan a hacer de cobayas de Nassardine. O bien son novatos, y entonces su inocencia les juega una mala pasada, o bien ya saben a qué atenerse pero se sacrifican porque él les pregunta si quieren un poco tan gentilmente, con tanta esperanza en los ojos…

—¿Se tomará un cafecito mientras espera su crep? ¡Venga! Esta vez sí, alabado sea Alá. ¡He dado con la fórmula, ya lo verá!

Lo que nunca —repito: nunca— es cierto.

A cambio de su buena voluntad, Nassardine les lee a veces el futuro sentado en el escalón de la furgoneta, tras remover con un golpe seco los posos que quedan en la taza. Y, dada la cantidad de café que pone en el puchero, siempre tiene mucho que decir y que contar. Sentados frente a él, escupiendo discretamente los minúsculos granitos negros que les rechinan entre los dientes, los clientes lo escuchan y fingen creérselo, inclinados sobre el platillo que Nassardine analiza con mirada de experto. Les habla de viajes, de idas, de encuentros, al tiempo que Paquita se esmera en sus fogones. Les inventa una vida de ensueño con tanta poesía y sinceridad que cualquier pato se creería

cisne. Solo es un futuro de platillo de pírex, falso, de oferta. Un quizá. Sin embargo, ellos atienden y hasta alimentan esperanzas. Y qué más da si el crep está frío; cuando se van, tienen el corazón un poco más calentito.

Paquita los mira mientras se alejan, con una sonrisilla tierna dirigida a los hombres y un quisquilloso alzamiento de hombros a las mujeres, sobre todo si son más jóvenes que ella, es decir, bastante a menudo. Está tan convencida de los encantos de su Nassar que cree irresistible el poder de sus manos ardientes y de sus ojos de terciopelo marrón cuando, sonriendo, coge con delicadeza las tazas de entre los dedos de ellas. Está segura de ver cómo les vibran las pestañas, les titilan las pupilas, se les sonrojan las mejillas maquilladas. Fulmina con la mirada a su hombre, lanza maldiciones a esas busconas, bate los huevos con rabia, farfulla en voz alta.

—Posos de café… ¡Ya te daré yo a ti posos! ¿Qué quieres sacar de ahí, aparte de verlo todo negro?

Paquita bebe los vientos por su Nassar.

Desde hace más de cuarenta años lo chincha, le monta escenas, se lo come con ojos de gata enamorada en cuanto se da la vuelta, lo envuelve como yedra trepadora y hace ver que le da igual cuando él le confiesa que la ama. Y Nassardine, el viejo zorro, acepta sus caprichos, le dice que no sea tonta, le perdona sus manías y la quiere todavía más.

Si pudiera, Paquita mataría a todas las mujeres de entre quince y sesenta años que se acercan a él. Sería una carnicería inútil.

Nassardine es fiel, está completamente loco por ella.

Yo estaba aún tumbado en mi sofá cama; no me atrevía a levantarme por miedo a morirme en cualquier rincón de la habitación. Paquita, encaramada en mi taburete como una planta carnosa en su tiesto colgante, apuraba la taza tomándose su tiempo mientras me contaba las últimas noticias del mundo, visto desde el mostrador de la furgoneta.

Le encanta hablar de la actualidad. Siempre lo hace de una manera personal, clasificando los acontecimientos según su propio criterio, que da más valor a los chismes de peluquería que a los grandes conflictos políticos internacionales.

Para ella la primavera árabe es una estación del año «turística», igual que el verano indio o veranillo de San Martín. Y sospecho que piensa que Europa es un país, pues suele apostillar «A mí me encantaría ir hasta Europa uno de estos días» cuando enumera los viajes que le gustaría hacer con Nassardine cuando se jubilen; es decir, cuando sean realmente pobres y no tengan un céntimo para irse de vacaciones. Pero pídele que te hable de las *celebrities* y los famosos, pregúntale quién se ha casado con quién, quién se ha divorciado y por qué, quién se ha hecho un *lifting* en qué parte del cuerpo y el nombre del cirujano, o cuántos kilos ha debido de engordar tal o cual actriz. Paquita es un pozo de sabiduría.

Eso es algo que echaré de menos en el otro barrio, suponiendo que uno pueda llevarse añoranzas, a falta de otra cosa.

Hablando del otro barrio, me inquietaba cada vez más que Paquita presenciara en primera fila mi muerte, lo que sucedería al cabo de una media hora. Y para ser sinceros, me habría gustado morirme tranquilo.

El tiempo pasaba. Ya eran las 10.32, y Paquita hablaba por los codos. De repente me preguntó:

—¿Sabes qué aniversario es hoy?

Habría querido responderle: «Es el mío», puesto que lo era,

desgraciadamente, el 15 de febrero. Pero nunca revelé la fecha a nadie, supongo que para evitar que me hicieran recordarlo. Dije:

—¿El nacimiento de Galileo?

—¿Quién es ese?, ¿un cantante?

Renuncié a corregirla; estaba claro que no tenía tiempo de hacerle un resumen que abarcara la historia de las matemáticas, la física y la astronomía.

Seguí enumerando propuestas:

—¿La coronación de Luis III de Alemania? ¿La derrota de Muhammad Ali frente a Leon Spinks? ¿El fallecimiento de Nat King Cole?

—¡No, hombre, no! Qué tonto eres… ¡Es algo serio!

—¿El funeral de Jorge VI?

—¡Venga ya!

—No lo sé.

—¡Es el cumpleaños de Marisa Berenson!

—Pero si por ella no pasan los años —repliqué.

—Es verdad. —Paquita suspiró; solo admira a las mujeres mucho mayores que ella o que viven muy lejos.

Fue a dejar su taza en el fregadero y continuó hablando de todo y de nada, en especial de nada. No me atrevía a cortarle la verborrea. Interrumpir a Paquita es la mejor forma de perder el tiempo. Cuando se le corta el rollo se pierde, y cuando se pierde… recapitula. Sin embargo, yo no tenía todo el día por delante.

Además, como la conozco bien, sabía que no serviría de nada soltarle:

—Perdona, es que tengo que morirme a las once… ¿Te importaría dejarme solo?

A lo peor me contestaría:

—Vale, no hay problema, volveré más tarde. ¿A qué hora te viene bien?

A lo mejor:

—¿Qué chorradas dices?

Cómo explicarle que, así como me veía ahora, tumbado en mi cama con mi bonito traje de panoli, me disponía a morirme porque era el 15

de febrero, cerca de las 11.00, y que precisamente ese día, a esa hora exacta, era mi cumpleaños.

Y no cualquiera, sino el fatídico.

—Ah, bueno, no lo sabía. ¡Feliz cumpleaños, cariño!

«Gracias.»

—Habrá que celebrarlo con Nassar.

«Será difícil, debo morirme dentro de unos veinte minutos. Me sabe mal.»

—Vaya… Entonces no vendrás a comer el próximo domingo, ¿no?

«Pues no.»

—¡Qué pena!

«Pues sí.»

Lo siento, pero no me sentía con ánimo de abordar una conversación como esa.

No estaba triste, ya que no me pillaba desprevenido, para nada. Había tenido tiempo suficiente para asimilar lo que iba a ocurrirme. Desde mi más tierna infancia me habían contado a menudo la historia familiar. De hecho, más que contármela, la había mamado ya del pecho de mi madre, tragado gota a gota luego con cada biberón, deglutido con cada cucharada de mis primeros purés de patata y jamón, y machacada posteriormente por mi padre con cualquier pretexto hasta que tuve casi doce años.

Porque es un hecho incuestionable que todos los hombres de mi familia —por parte de padre, aclaro— han nacido a las 11.00 de la mañana. Bueno, papá vino al mundo a las 11.06, pero unos aseguran que el reloj de péndulo no debía de funcionar bien y otros afirman que fue una argucia de mi abuelo para, a la desesperada, romper el maleficio haciendo trampas cuando lo inscribió en el registro civil. Añadiré que mi abuelo estaba completamente borracho el día que nació mi padre, igual que la víspera, la noche anterior y los días precedentes… y como lo estaría también el resto de los días de su breve vida. De ahí, quizá, que tardara en mirar la hora del nacimiento de su hijo, hasta que temiera mirarlo… Es una teoría. La verdad es

que no estoy seguro de nada.

Sea cual sea el día de su nacimiento, todos los hombres de mi familia nacen a las 11.00. Y, menuda gracia, todos —sin excepción— mueren a esa misma hora el día que cumplen treinta y seis años, antes de soplar las velas y de disfrutar de su tarta, puesto que las 11.00 de la mañana es una mala hora. Para el postre, en todo caso.

Para colmo, todos la palman de una manera estúpida:

Mi tatarabuelo Morvan, ahogado en un bidé.

Mi bisabuelo Morin, reducido a confeti.

Mi abuelo Maurice, fulminado por culpa de un burro. (Aún me acuerdo. No de mi abuelo, a quien no llegué a conocer, sino del burro, un robusto asno de Poitou que tenía erecciones dignas de un obelisco y que lo sobrevivió dos décadas. Por cierto: no deberíamos dejar que los chicos de diez años vieran a los burros en celo. Saber que tal cosa existe destruye para siempre la autoestima de cualquiera.)

Y, para terminar, el último de la lista: mi padre, Maury, muerto por causa de un globo.

Bueno, el último hasta las 11.00 de esa mañana, hora a la que, como era costumbre en mi familia desde hacía varias generaciones, yo la cascaría y lo relevaría.

Tenía exactamente doce años cuando mi padre murió. Me encontré solo. Mi madre se había ido de casa poco después de alumbrarme, supongo que angustiada con la idea de pasar treinta y seis años de su vida esperando la muerte de su hijo mientras lo veía crecer, y el resto, llorando. Y encima quedándose viuda. No podía reprochárselo.

De hecho, la relación entre mis progenitores tenía más plomo en las alas que un pichón al que sueltan en un campo de tiro lleno de cazadores. Lo imagino. No puedo asegurarlo, pero desde que la memoria me alcanza no recuerdo haber oído a mi padre llamar a mi madre otra cosa que «la otra», o bien «esa especie de…», seguido de adjetivos varios, cuando hablaba de ella, lo que era raro y ocurría más bien al final de las comidas regadas con vino.

Cierto es que mi padre tenía un lenguaje florido y rico en elogios en cualquier circunstancia. A mí solía llamarme «pedazo de imbécil» o «de idiota» o «de animal», y se llamaba a sí mismo «pobre estúpido» y «jodido cretino». Cuando era niño pensaba que se trataba de algo normal, hasta el día en que lo llamé «pobre estúpido» y entendí de golpe —y porrazo— que, aunque él se lo decía sin tapujos, no permitía que nadie se lo dijera.

Con el tiempo me di cuenta de que mi padre era un depresivo que había vivido fatal la perspectiva de su deceso prematuro. Su muerte le había jodido la vida, en pocas palabras.

Lo que es seguro es que en toda su vida mi padre no dejó de contar los días, como un condenado en su celda.

Cada noche trazaba una línea roja sobre el día que terminaba en el calendario de Correos que teníamos colgado por dentro en la puerta del armario de la cocina. Se trataba de un ritual. Siempre lo vi cumplirlo, pasara lo que pasase.

Hasta nos llevábamos de vacaciones con nosotros aquel calendario. Mi padre lo pegaba en el portón del maletero para poder tacharlo como un valiente. De pie.

Cada vez que abríamos el maletero, el tiempo —en absoluto dispuesto a detenerse— se hacía real a nuestros ojos, adornado con la foto de un paisaje de montaña o de unos gatitos en una cesta.

Mi padre tachaba sin decir nada, con los labios apretados y la mirada perdida, pero con una reticencia cada vez más perceptible a medida que los años transcurrían.

La víspera de su trigésimo sexto aniversario, lo recuerdo como si fuera ayer, mientras golpeaba con la punta de su bolígrafo el día siguiente, sobriamente encuadrada en negro, me dijo:

—¿Ves, Morty? La fecha de mañana no augura nada bueno…

—¿Por qué? —exclamé, pasando por alto que el día siguiente, 25 de mayo, sería casi seguro el último para mi padre—. ¿No te gusta celebrar tu cumpleaños?

—Mmm…

—¡A mí me encanta! Siempre tengo un regalo al que no me espero.

—Se dice «que», no «al que». ¡Maldita sea, Morty! Pronto cumplirás doce años, podrías empezar a hablar correctamente, ¿no crees?

—¡Tú también tendrás una sorpresa mañana! —dije entusiasmado para cambiar de tema.

Pensaba en la pitillera que le había hecho con una caja vieja de parches para pinchazos de bici Vélox que encontré en el trastero. La

había repintado de rojo sangre con sus iniciales doradas, M. D. F., por Maury Di Funto; Di Funto, separado, y no junto: Difunto. No había que hacerse el graciosillo con ese tema, aunque en algún momento fuese una sola palabra, como constaté mediante investigaciones posteriores. No, «Difunto» para una familia en la que los varones abandonaban el campo de juego a medio partido sonaba a… pleonasmo.

Volví a la carga con voz alegre:

—¡Y será una sorpresa chula! ¡Ya lo verás!

—Eso me temo… —Papá suspiró.

Lo que sucedió probó que tenía motivos para estar preocupado.

Bueno, lo que sucedió me lo probó a mí, puesto que al día siguiente, a las 11.01, mi difunto padre no estaba ya en situación de felicitarse por haber acertado con tanto tino. Apenas tuvo tiempo de apreciar su bonita pitillera roja, que se desplomó cuan largo era, de cara, sobre las baldosas de la cocina.

Cuando el doctor y nuestro vecino consiguieron darle la vuelta, después de muchos esfuerzos puesto que pesaba lo suyo, la pitillera se le había pegado de tal modo en la frente que podían leerse con claridad las dos últimas letras de la palabra VÉLOX escritas del revés, obviamente, entre restos de pintura roja sangre, pues por lo que parecía aún no se había secado por completo. Y ver esas dos letras, XO, en plena frente de mi padre como en la etiqueta de una botella de coñac Napoléon me impresionó más que todo lo demás.

Desde ese día he tenido fobia a las cajas de parches y a las de vino o licores, por suerte más llevadera que la aversión a las palomas o a los corredores.

Ya era historia mi padre, Maury, hijo de Maurice, nieto de Morin, bisnieto de Morvan… Por línea paterna, en mi familia los chicos (un único ejemplar en cada generación) tienen la esperanza de vida que tendría un esclavo infestado de peste en la Edad Media y, además, llevan por nombre uno que empieza invariablemente por «Mor».[1] A las chicas, si las había o las hay, se les ponía o pone uno que comienza por Vi.

Uno de mis antepasados lejanos, que debía de brillar por su agudeza mental, hallaría divertida la ocurrencia mientras pensaba nombres para sus hijos: «Mor, Vi… Morir, Vivir. ¡Ja, ja, ja!».

Qué gracioso.

Puede incluso que ese hecho fortuito marcara, sin pretenderlo, nuestro funesto destino. Quizá un espíritu con mala baba se lo tomó al pie de la letra y decidió restar esperanza de vida a los hombres de mi familia por parte de padre, toda vez que repartía el excedente entre nuestras mujeres, que, en cambio, no mueren antes de cumplir noventa y ocho años.

A los ciento cuatro llegó mi tía abuela Violette.

Desde entonces, pues, se ha convertido en una tradición familiar. Y las tradiciones familiares, aunque sean para echarse a llorar, deben respetarse. De manera que hubo varios Victoire y varias Victorine, una Vitalie, una Vilma y un ramillete de Violette, dos o tres Virginie así como unos cuantos Mordriern, Maurice, Morgan, Morvan, Maury y un solo Mortimer, aún llamado Morty, también conocido como yo mismo.

Para mi gusto, Mortimer suena… imperativo.

¡Venga, Morty, muere!

Pronto sería un hecho.

Del insomnio de las chinchillas y de lo que, por desgracia, a veces conlleva

El día que mi padre falleció, su hermana mayor, mi tía Victoria, vino a buscarme a mediodía sin que hiciera falta avisarla. Yo la esperaba en la entrada, sentado tranquilamente en la maleta que papá me había preparado con esmero la víspera. Mi tía se enjugó una lágrima, me abrazó con fuerza y cogimos el primer tren de regreso a su casa. Ya tenía a punto una habitación para mí, en previsión de la fatalidad. No fuimos al entierro, pues mi tía consideraba que yo no tenía edad para asistir a esos espectáculos y ella, por su parte, ya había visto demasiados.

La tita era una mujer tan tristona como morcillona que rompía con todos los clichés sobre los gordos dichosos que siempre están de buen humor. Se vestía de beis, parecía mayor de lo que era, comía frugalmente y suspiraba con frecuencia.

Me educó con buen tino, si obviamos algunas fobias recurrentes y diversas supersticiones suyas.

No podía ponerme nada rojo —«signo de herida», según ella—, ni negro —«signo de duelo inminente»—, ni verde —«envenenamiento»—, ni marrón —«entierro»—, ni azul —«ahogamiento»—, ni blanco —«fallecimiento en la montaña»—; tampoco corbata —«signo de colgamiento» (pero en este caso me venía bien)—, ni algo con rayas verticales —«muerte detrás de los barrotes»— u horizontales —«sepultura»—, ni con cremallera —«rayo»—, ni cuello vuelto —«estrangulamiento»— o a la caja —«decapitación».

Tampoco jerséis de lana. Era alérgica.

Por lo demás, podía vestirme como yo quisiera; es decir, con

pantalón de tergal ridículo (vaqueros no, que son azules), jerséis acrílicos con cuello en V y chaquetas con botones en tonos grises o beis.

Me tenía prohibido terminantemente, asimismo, pronunciar la palabra «febrero» puesto que era el mes fatídico de mi cumpleaños. Por extensión, tampoco debía decir ninguna palabra que empezara por «feb», pero teniendo en cuenta que son contadas las palabras que comienzan así, pocas veces he caído en falta. Pasábamos del mes de enero al mes de «…», simbolizado por dos comillas aéreas que esbozábamos con el índice y el corazón de ambas manos, para llegar al mes de «¡por fin, marzo!». Y es que de labios de mi tía marzo siempre iba precedido de un «¡por fin!» que, sin duda, iba dirigido a mí en vista de la mirada cargada de alivio que me dedicaba, a pesar de que yo no corría ningún riesgo hasta que no pasaran unos cuantos años.

Mi tía, que había visto irse de forma prematura a su abuelo, a su padre y a su hermano, había llegado a la conclusión de que no podía fiarse de los hombres. Inútil hacerle entender que la mayoría de ellos, excepto nosotros, no morían ni el día de su cumpleaños, en general, ni el de su trigésimo sexto aniversario, en particular. Su opinión era inamovible. Evitaba, pues, la compañía masculina, y como consecuencia su vida sentimental se reducía a Balthazar, una chinchilla obesa y arisca que dormía de día, estaba de juerga por la noche y trataba de mordernos a la mínima ocasión.

Por una de esas casualidades de mal gusto de las que solo la vida conoce el secreto, Balthazar murió tontamente también, como todos los machos de la familia. Se había acostumbrado a pasearse por la cocina tras caer el sol para roer la parte baja de los muebles a fin de no aburrirse. Por lo general, regresaba a su jaula con las primeras luces del alba y se aovillaba en su nido, un nidal para pájaros relleno de papeles de periódico que apestaba a amoníaco. A veces, sin embargo, Balthazar tenía días en blanco, o dicho de otra manera, de insomnio. En ocasiones lo habíamos encontrado a la hora de la cena

escondido bajo el bufet o detrás de la puerta, despeinado y ojeroso. En cuanto lo descubríamos, se escabullía con la barriga pegada al suelo (no podía ser de otra manera, dada su morfología) en dirección a su gran jaula.

Una noche en que mi tía volvía de la compra cargada como una mula después de su jornada de trabajo, empujó la puerta sin mirar y dejó caer en la entrada pesadamente —no con suavidad, vamos— la enorme bolsa llena de víveres. El ruido que hizo le pareció un poco amortiguado.

Acostamos a un Balthazar aplastado y muerto del todo en su nido con olor a meados y en él lo bajamos al contenedor de la basura. Y es que la tía Victoria vivía en la cuarta planta de un edificio de pisos sin patio ni jardín.

Mi tía lloró mucho, y eso que Balthazar nunca le había mostrado ningún afecto. Pero cuando uno vive en un desierto acaba por querer al primer cactus que crece cerca.

El último mohicano
(escenas conmovedoras)

A la muerte de mi padre, lo relevé en el infortunio como otros hijos se hacen cargo del negocio familiar: sin alegría, pero aceptando el destino con resignación. Yo era el siguiente de la lista, conocía el día y la hora de la cita. Nada de sorpresas: moriría de una manera estúpida a los treinta y seis años menos unos minutos y, salvo que me comiera la tarta a las 11.00, que más bien es la hora de un caldito, no soplaría tampoco mis velas.

Visto así, las perspectivas eran poco estimulantes. Sin embargo, contrariamente a lo que cabría pensar, durante una época le encontré ventajas. Parece una chorrada, pero saber que iba a morir el día de mi trigésimo sexto cumpleaños significaba que no moriría antes, hiciera lo que hiciese. ¿Quién puede decir lo mismo?

Puesto que la diñaría con treinta y seis años, hasta ese momento era inmortal.

Varias veces tenté al diablo para verificar la validez de mi teoría. Hice escalada asegurándome con una cuerda de tender o con una larga goma elástica, y hasta salté del balcón de uno de mis amigos de entonces con una sombrilla por paracaídas. Intenté aguantar el mayor tiempo posible sin respirar en el fondo de la piscina municipal para saber qué pasa cuando te quedas sin oxígeno. (Es simple: pierdes el conocimiento, el socorrista se lanza al agua para sacarte de la piscina, te estira en el borde como si fueras una gran esponja, se ceba a bofetones con tu cara para hacerte reaccionar y, acto seguido, te practica la respiración artificial, lo que hace que vuelvas en ti con las mejillas ardiendo y el pecho destrozado, y que nunca jamás puedas mirar sus gruesos labios glotones y su bigotito de foca sin ruborizarte

hasta las sienes.)

Después, pasados los años de despreocupación, de castigos merecidos y de puntos de sutura por cortesía de los servicios de urgencia, maduré. Es lo que hacen los hombres conforme envejecen. Y las frutas.

Me puse a reflexionar como un adulto, sin concederme fantasías.

Afronté esa fatalidad que se me pegaba a la piel. La examiné con lupa. No podía creer que se tratara de una maldición, pues soy demasiado cartesiano y tiendo a la lógica. No concedo el menor crédito a las estrellas, al karma, a las maldiciones ni a cualquier memez que roce lo oculto. El enigma de nuestras defunciones no resistiría ningún estudio serio, estaba convencido. Bastaba con analizar los hechos y ponerlos en perspectiva, y todo se aclararía por fin un buen día.

De entrada, el fenómeno solo afectaba a los individuos del sexo masculino. Sin embargo, aparte de mi padre y de mí, que únicamente éramos aficionados, los demás hombres de mi familia eran bebedores profesionales. De ahí el riesgo aumentado de accidente o muerte prematura.

No obstante, por más que había intentado convencerme de que las maldiciones solo existían en los cuentos infantiles, mi propio padre, un tipo sobrio, se fue de la misma manera que los otros: de la manera más tonta y a la hora prevista.

Si bien no tengo mucha fe en la psicología, durante un tiempo me decidí a indagar en la rama de la psicogenealogía, una disciplina aún en pañales pero con un brillante porvenir, como todo lo que pretende convencernos de que dará respuesta a las preguntas que no la tienen.

Me planteé si cabía la posibilidad de que la muerte de un único antepasado mío hubiera influido en el resto de la familia, si acaso habría ejercido influencia sobre todos y cada uno de los varones vaya usted a saber por qué medio pero de un modo tan expeditivo que, llegado el día D, a la hora H, al minuto M, al segundo exacto, estos se autodestruyeran dócilmente y de una manera ridícula. ¿Acaso la adversidad era hereditaria como las orejas de soplillo? ¿Había un gen de la mala suerte? ¿Un alelo del infortunio? ¿Un cromosoma de la

falta de potra?

Por más que estaba convencido de lo contrario, me sentía un poco solo en mi campo, ya que los irracionales y los supersticiosos están más extendidos que el resfriado y son igual de contagiosos. Al caso, basta con que alguien, al final de una comida, empiece a contar en voz baja una historia improbable de fantasmas o de misteriosas coincidencias para que de pronto tu vecino de mesa se ponga a darte la lata con sus electrodomésticos afectados de *poltergeist*. Lo peor es que, llegados a ese punto, yo era el que, de lejos, tenía la mejor anécdota. Pero no podía contarla, bajo pena de pasar por un tarado. Algunas confesiones íntimas hacen perder toda credibilidad en menos de lo que se tarda en pronunciar la palabra «chiflado».

Anuncien a los cuatro vientos que hablan a sus plantas para que florezcan mejor, que su abuela se les aparece en sueños para prevenirles de una calamidad, que saben cuánto pesan exactamente antes de subirse a la báscula, o aireen otras habilidades curiosas, y serán incluidos de inmediato en el pelotón de los flipados, junto a los espiritistas aficionados y los adoradores de las cebollas.

A pesar de los pesares, los libros de familia estaban ahí, y no mentían. Por si no bastaba, también estaban los álbumes de fotos con sus viejos retratos de hombres aún jóvenes marcados con una cinta negra en una esquina. Pero la saga Di Funto iba a acabarse: yo no tenía hijos. Era el único representante de mi triste tribu, el último mohicano, el Di Funto final, *the last one*, el postrero de los míos. Así lo quise.

El día que cumplí dieciocho años, es decir, llegado a la mitad de mi vida, tomé la resolución de no tener descendencia. Nunca. Daba igual lo que pasara, no me casaría. No tendría pareja. Nada de unión de hecho. Ni hablar de reproducirme. No dejaría ni viuda ni huérfano. Fin de la mala pata, de la fatalidad. Adiós infortunio. A la basura con el gato negro.

No transmitiría el gafe.

Era un acto bonito y generoso. Yo era generoso. Con lágrimas en los ojos de ternura hacia mí mismo puesto que debía llevarme mi secreto a la tumba, me subí a la mesa y delante de todos mis amigos, que

levantaban sus vasos en un brindis y me exigían «¡Un discurso! ¡Un discurso!», les rogué que guardaran silencio. Sí, quería hacer una declaración, pero pedía un poco de respeto, de calma, de atención porque, estaba decidido, me comprometía solemnemente delante de ellos a que siempre viviría solo, solo por completo. Después, entre hurras, añadí con la voz rota: «Más solo que un perro abandonado».

Y, llorando, me fundí en los brazos de mi novieta de entonces, que se encargó de consolarme en la habitación del fondo.

—¿Me estás escuchando?

Me sobresalté. Me había quedado adormilado.

Paquita suspiró.

—No, no me estabas escuchando.

Y luego:

—Te decía que ¿qué es ese sobre que hay en la mesa? ¿Ahora nos escribes cartas? ¿Puedo abrirla?

Gruñí:

—No, en este momento no. ¿Qué hora es?

—Pues… serán casi las once, ¿no?

Paquita me tapaba el reloj de péndulo. Le hice señas para que se apartara un poco. Como no reaccionaba, le grité:

—¡QUÍTATE DE AHÍ! ¡YA!

Dio un salto hacia atrás, asustada.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Hay una araña? ¿Tengo una araña?

Empezó a toquetearse el pelo y a restregarse la nuca mientras daba brincos y gimoteaba de angustia. Miré la esfera: las 10.58. Me había quedado dormido durante mis últimos minutos, menudo gilipollas.

—¿Dónde está? ¿DÓNDE ESTÁ?

Paquita gritaba aún. La manecilla avanzó a las 10.59. Ya está, era el fin. Quise levantarme, abrazar con fuerza a Paquita por todas las molestias que iba a ocasionarles, pero un velo blanco y brillante lo cubrió todo y en ese instante solo tuve tiempo de pensar, aunque de forma poco nítida: «¿Así que era esto?» y «Joder, ¡mierda…!».

Fin

La muerte no es como creemos, en absoluto. Ni siquiera es desagradable. Un poco frustrante, quizá. Un poco como decir: «¿Y todo para esto?». Sin sensación alguna, ni de frío, ni de calor; de nada.

Es como flotar de pronto sin sentir molestias ni dolor.

Le había dado una importancia que no tiene, sin razón. Esperaba algo mejor, la verdad sea dicha. Qué pena no poder explicárselo a los vivos. Menuda tontería preocuparse tanto durante toda una vida por tan poca cosa. Solo es una formalidad, un simple paso por el control de seguridad antes de que se estableciera el plan de protección antiterrorista. Uno se presenta en la puerta de embarque y ya está. Ni cacheo, ni preguntas suspicaces. Sin necesidad de equipaje. Pase usted, tal cual. Shakespeare tenía razón: «Preferimos una muerte continua a morir de una vez».

Es tan banal que resulta desolador.

No sé qué me esperaba realmente, pero no me habría disgustado algo un poco más solemne, más lucido. ¿Ángeles y trompetas? ¿Mis amados difuntos al completo aguardándome para desearme un feliz cumpleaños?

¿El mismo Dios? Why not?

Nada. Nadie. Solo me siento como si estuviese dentro de un capullo protector. Con una sensación extraña, no obstante. La impresión de oír una voz femenina, lejana, imprecisa, confusa.

Una voz cada vez más cercana, más potente y más clara.

Una voz que grita ahora junto a mi oreja:

—¡ESTÁS LOCO! ¡MENUDO SUSTO ME HAS DADO!

Morir no sirve de nada

—¡Estás loco! ¡Menudo susto me has dado!

Paquita me dedica una mirada cargada de reproches. Me dispongo a tranquilizarla con un hilo de voz, a decirle: «Estoy bien, no te preocupes». Pero resopla con expresión contrariada y añade:

—¡Creí que tenía una araña! Con esos gritos has hecho que me cagara de miedo.

Después:

—Bueno, me voy. Deberías levantarte, ¿no crees?

Y, finalmente, con una ironía no planeada, me suelta:

—¡Vamos! ¡De pie! ¡No te hagas el muerto!

Ahí está ella, plantada delante de mí, tapándome las vistas.

Creo recordar que tengo que verificar algo, pero ¿qué? Vaya, es desesperante. Estoy seguro de que lo sabía hace un momento… Un momento…

¡LA HORA!

Paquita se hace a un lado y veo el reloj en la pared de la cocina.

11.04

No puede ser.

La maquinaria de este reloj es impecable, como si fuera suizo, vamos. Es preciso. No adelanta ni atrasa un solo segundo. Da la hora exacta.

No me atrevo a moverme. Si me muevo, seguramente pasará algo.

Me he quedado atrapado en una anomalía temporal. Acabo de dejar plantada a mi muerte. Está paralizada, pero se reactivará en los siguientes segundos. No rechisto, ni siquiera respiro. ¿Respirar? ¿Para qué?

El minutero pasa sobre las 11.05.

—¡Vaya, por lo que veo, hoy estás en plan tranquilo! —dice Paquita con una pequeña sonrisa.

Y luego:

—Te dejo. Nassar estará preocupado… Además, tengo que hacer mi masa.

Y después:

—¿Pasarás dentro de un rato? Dice que no te ve desde hace, al menos, quince días.

Y finalmente:

—Venga, dame un besito, cariño.

Paquita se inclina sobre mí para plantarme un beso maternal en la mejilla, el reloj marca las 11.06 y hago algo que jamás había hecho: me siento, abrazo a Paquita por la cintura, me pego a ella, hundo la cara en su pecho y me echo a llorar como un bebé.

—Pero, cariño, ¿qué te pasa? Tienes mal de amores, ¿es eso?

Paquita no se atreve a desenterrar mi nariz de su pecho. Se huele que sucede algo grave y necesito mimos, que me siento desamparado, completamente perdido. Y en su universo de madurita candorosa solo puede tratarse de un mal de amores. Solo eso la haría llorar tanto a ella.

Niego con la cabeza en el exiguo espacio del que dispongo.

Se preocupa un poco más, llega al drama total:

—¿Tienes problemas de salud?

¡Oh, no, ni mucho menos! Al contrario, estoy lleno de vida.

Sacudo la cabeza de nuevo y aprovecho para coger algo de aire con la narina izquierda. Sería una estupidez morir ahora asfixiado.

—¿Alguien a quien quieres está enfermo?

Tampoco es eso.

Narina derecha.

Paquita reflexiona. Tantea otras opciones:

—¿Estás metido en algún lío? Dime, ¿te has metido en algún lío?

No respondo. Su voz se torna más pesada, más grave.

—No habrás hecho alguna tontería, ¿eh?

Paquita viene de una familia en la que los hombres no lloran, salvo, ocasionalmente, por las únicas razones admisibles que son, en este orden: muerte de la madre, del padre, del hijo, de un amigo, de la esposa, de la hija… y una condena de más de veinticinco años sin posibilidad de reducción de pena.

Paquita insiste:

—¿Has hecho alguna tontería? ¡Dios mío, lo sabía!

Le indico mediante gestos que no, desincrusto mi nariz de su opulento escote, respiro hondo y suelto con un suspiro:

—No, todavía estoy aquí.

Paquita se recoloca el sujetador, a continuación los pechos, con los pezones bien alineados.

Suspira a su vez:

—Pues sí, yo también estoy aquí. ¡Hasta he nacido aquí! ¿Qué te parece? Hay cosas peores.

Digo:

—No, estoy aquí… ¡Aquí!

Suelto una carcajada vagamente histérica y puntualizo:

—Estoy vivo, ¿lo entiendes? ¡ESTOY VIVO!

Intento calmarme, pero es imposible, no puedo parar de carcajearme, la risa sale a borbotones por mi garganta y no logro controlarla, lloro, me gotea la nariz, tengo espasmos, me duele, tengo hipo, me sorbo los mocos, me troncho.

Paquita me observa un momento sin decir ni pío. El desconcierto asoma a sus ojos. Después asiente con la cabeza.

—Deliras… Ven a la furgoneta. Y cuéntaselo todo a Nassar.

Me da golpecitos en la espalda, me revuelve el pelo con cariño. Echa otro vistazo a mi atuendo y añade:

—Ven tal como vas, no pasa nada.

Pero luego rebusca en mi armario y se corrige:

—Bueno, ponte algo encima, al menos. Hace frío.

Me viste como lo haría con un bebé, me anuda al cuello una bufanda bien apretada. Se pone su chaquetón de pantera de color azul pato, coge su bolso y sale.

La sigo, incapaz de pensar o reaccionar por mí mismo, aún convulso de risa, con mi anorak de esquí verde manzana y una enorme bufanda polar sobre mi traje de domingo con zapatillas de deporte, con los pies cubiertos de ositos y los ojos llenos de lágrimas.

Huele a creps.

Paquita se afana sobre los fogones. Echa la masa, la extiende con una espátula con un bonito movimiento giratorio, espera a que se haga, y luego la espolvorea con azúcar y trocitos de nuez.

—*Voilà!* ¡Que tenga un buen día!

Sonríe y da el cambio. Prepara otro crep, y no escatima en mantequilla, en azúcar y en crema chantillí. Lo pliega en cuatro y me lo trae, calentito, en una servilleta blanca de papel.

—¡Cuidado, cariño, no te quemes!

Aturdido, voy dándole bocaditos que me abrasan la lengua. Estoy sentado en una de las dos sillas reservadas a los clientes, al lado de la furgoneta aparcada bajo los plátanos pelados de hojas, frente al instituto Mistral.

Todavía tengo arrebatos de risa floja.

En cuanto hemos llegado, Paquita se ha puesto a cuchichear con Nassardine discretamente; se le da bien. Pero enseguida la he calado: le hablaba de mí, de mi comportamiento; le preocupo. Tiene que esperar a que él intervenga, él es el hombre —o sea, Dios—, es él quien sabe lo que hay que hacer. Sin embargo, Nassardine, que siempre hace lo que quiere y cuando quiere, se ha comportado como un maestro en el arte de la resistencia pasiva y, por el momento, lee el periódico sentado en el asiento del conductor. Paquita suspira ruidosamente, carraspea, hace toda una coreografía de gestos y ademanes para llamar su atención. Mirada fija de hipnotizador («Bueno, ¿le dices algo o no?»), alzamiento de cejas («¿A qué esperas?»), mueca contrariada, meneo de cabeza («¡Brrr! ¡Desde luego…! ¡Anda que…!»).

Nassardine no se inmuta. Jamás se inmuta. De vez en cuando me dirige una mirada a través del parabrisas, por encima del periódico. Lo que ve no parece alarmarle.

Paquita se desespera, le echa la bronca. Ya que no quiere decirme nada, al menos que haga algo útil.

—¿Bates los huevos o no? Ya son menos cuarto, van a salir los alumnos.

Nassardine asiente con la cabeza, pero continúa leyendo.

Paquita resopla sonoramente detrás de su mostrador.

—No va a darme tiempo, te lo advierto.

Nassardine ya está advertido, pues.

Deja el periódico, se levanta sin prisas, coge una bolsa de la compra, sale de la furgoneta y me dice de pasada:

—Te prepararé un café de los míos cuando vuelva. Por lo visto tengo que hablar contigo. Parece que no estás bien.

Con un guiño, añade:

—Me voy, si no la jefa me matará.

Se va a por suministros al pequeño supermercado que hay un poco más arriba de la avenida.

Paquita le grita a la espalda:

—¡Coge de los gordos, no como la última vez! ¡Y trae mantequilla, ya puestos! ¡Y no te entretengas, por favor!

Nassardine levanta una mano sin volverse para hacerle saber que la ha oído. Se aleja con su habitual andar tranquilo, con la bolsa en bandolera y las manos en los bolsillos.

Una de las profes del instituto acaba de pedir un crep de azúcar antes de empezar sus clases. Se lo come de pie al lado de la furgoneta. La conozco de vista. Me mira de reojo de vez en cuando, no mucho.

Le sonrío y digo:

—¡Estoy vivo!

Asiente con prudencia y me dirige una sonrisa amable aunque ligeramente contrariada.

Le indico que se siente junto a mí dando golpecitos en la otra silla.

—No, gracias. Estoy bien así —murmura con expresión inquieta.

No insisto, la comprendo. Yo tampoco me sentaría a mi lado ahora mismo. Debo de parecer un zumbado riéndome así, solo, enfundado

en mi viejo anorak, con mis calcetines de ositos y mi traje de boda.

Me imagino y me desternillo sobre mi crep.

Nassardine vuelve al cabo de cinco minutos.

—Has tardado —le suelta a bocajarro Paquita, que encuentra a la cajera del supermercado un pelín demasiado amable para su gusto.

Nassardine sonríe satisfecho. Se pega a Paquita cuando pasa detrás de ella y le planta una mano sobona en la generosa cadera. Ella se queja para guardar las formas.

—¡Eh, aquí no!

Pero se nota que está feliz.

Nassardine pone las cajas de huevos en el armario bajo y se frota las manos de alegría. ¡Ahora ya puede ocuparse de cosas más importantes! Saca una cacerola de aluminio más abollada que la cantimplora de un *boy scout*, la llena de agua, la pone en equilibrio precario sobre el fogón y dice en tono jovial:

—¡Lo prometido es deuda!

Cinco minutos más tarde, un olor a café quemado toma al asalto nuestros orificios nasales. Nassardine saca tres tazas del armario y baja de la furgoneta, cacerola en mano, para servírnoslo. Detesta estar por encima de los demás.

Ofrece la primera taza a la clienta, a pesar de que no había pedido nada.

—Tenga, señora Morel. ¡Verá lo que es bueno!

—Seguro que sí… —se mofa Paquita entre dientes.

Nassardine hace como que no lo ha oído. Se acerca a mí con otra taza y la cacerola. Se vuelve hacia la profesora, que sopla sobre el líquido negro, tan espeso que parece lodo.

—¡Verá lo que es bueno! —repite con su encantadora sonrisa.

La señora Morel bebe.

Y la señora Morel ve.

Los hombros de Paquita suben y bajan.

—¿Y bien…? —pregunta Nassardine a la profa mientras me sirve sin

apartar los ojos de la cacerola por temor a quemarme las rodillas—. ¿Qué le parece? ¿A que no miento?

—Pues… —dice como puede la pobre, con la boca llena.

Paquita le hace un guiño a escondidas. La otra trata de mantenerse seria, sin éxito. Se rinde. Estalla de risa y lo rocía todo de café. Paquita se descoyunta.

Aprovecho para vaciar mi taza discretamente en el hueco del platanero, a mi lado, ya que nadie me mira.

Nassardine, dolido, se cruza de brazos y exclama:

—¡No tenéis ni idea de lo que es bueno!

Se vuelve hacia mí en busca de apoyo:

—¿A que no saben lo que es bueno?

A modo de respuesta le enseño mi taza vacía con una sonrisa cándida. Nassardine la observa, me lanza una mirada cómplice y me siento más falso que una moneda con dos caras.

Con un airado movimiento de mentón hacia las chicas, da un trago revanchista que deglute con dificultad. Eso solo empeora las cosas. Paquita no aguanta más, da alaridos, aprieta las piernas, chilla como una loca que va a hacerse pipí encima. La profesora se sujeta los costados y suplica:

—¡Basta, por favor! ¡Paren!

Nassardine frunce el entrecejo, sacude la cabeza y luego asiente a lo que va a decir antes incluso de decirlo.

—El verdadero café no está hecho para las mujeres, ya lo ves.

Tralará

—Cariño, ya sabemos que estás vivo. Deja de repetirlo, ¿vale?

Paquita hace un guiño tranquilizador a los dos estudiantes que, mientras esperan su crep, me miran con el rabillo del ojo y se dan empujoncitos con el hombro. Cuchichean, cogen su crep y se alejan riéndose. Me importa un pito. Paso.

«Paso, paso, paso, paso.»

Son las 14.50, y desde hace un rato me río prácticamente sin parar. Repito que estoy vivo con todos los timbres de voz. Hasta podría cantarlo, en cualquier estilo: «¡Tralará, estoy vivo!». Incluso bramarlo como un ciervo, si no fuera tan educado.

¡Oh, pues mira! Lo bramo:

—¡ESTOY VIVOOO!

Oigo gritos de risa provenientes de ahí enfrente, tras las rejas del instituto. Una pandilla de adolescentes está cachondeándose de mí. Se mofan de que me convulsione solo dentro de mi viejo anorak al estilo de *Dos tontos muy tontos*.

Paquita carraspea. Lanza una mirada suplicante a Nassardine. No sé qué espera que haga. Me parece que él tampoco lo sabe; es más, creo que pasa del tema. Está absorto en la lectura de una guía de viajes sobre Lisboa. Ni pestañea. Paquita cambia de táctica:

—¿Te apetece otro crep?

Niego con la cabeza. Se ha propuesto cebarme para que esté tranquilo y quietecito, debe de pensar que el lastre me estabilizará. Ya voy por el tercero. A este ritmo, acabaré por vomitar.

—¿Estás seguro? Uno de jamón y queso, para variar, ¿no te apetece?

—¿Quieres matarme, o qué?

No tenía que haber dicho eso. Otra vez se me afloja la risa.
—Me rindo —anuncia Paquita.

18.05.

Hará una media hora que paré de reír, pero aún tengo ataques.

Paquita y Nassardine estaban un poco preocupados, así que me invitaron a cenar con ellos en su casa. Acepté. Me venía muy bien, ya que no quedaba nada en mi frigorífico. Ni siquiera bolas de hierbajos secos, pensé, y me sobrevino la risa de nuevo.

Se había levantado viento y hacía un frío glacial. Hasta que no salieran del instituto los últimos alumnos y profesores, nadie más estaría tan loco para enfrentarse al temporal en pleno mes de febrero únicamente para comerse un crep, aunque fuera el famoso Enamorado, la especialidad de Chez Pâquerette, hecho con miel, nueces, queso de cabra, capicola, mermelada de higos y pasas al ron.

A las 18.15 Paquita apagó sus fogones y metió en la furgo el menú de creps que Nassardine le había escrito en árabe en un cartel de madera blanco. Después bajó el portón lateral por donde atendían a los clientes y, dando una palmada, dijo con una modestia que apenas ocultaba su orgullo:

—¡Hala, vámonos a casa!

Y es que desde hace tres semanas Nassar y Paquita tienen, por fin, su propia casita. Está a veinte kilómetros de aquí, y acaban de comprarla tras una vida de hormigas, de ir ahorrando y guardando para el invierno.

La consiguieron a buen precio, pues el antiguo propietario se mostró razonable. El hecho de que la vivienda se encuentre en una zona inundable seguro que influyó. Sin embargo, cuando abordé la cuestión con Nassardine me soltó en plan filósofo:

—Hijo mío, hay que elegir. O nos quedamos en el apartamento mirando el hormigón y oyendo el tráfico del cruce, o nos vamos a esa casita con cuatro dormitorios, un pequeño jardín y vistas al río. Puede que se inunde, puede que no; ya veremos. Es el *maktub*, el destino.

—Sí, pero ¿y si se inunda?
—Nunca ha subido más que esto —dijo señalándose la rodilla.
—Sí, pero ¿y si sube más, Nassar?
—Todo irá bien, hijo mío. Somos impermeables.

Defunctus, Difunto, Di Funto

18.45. Hace un rato que es de noche. En febrero los días son cortos. No me quejo; pensaba que este lo sería mucho más.

Paquita está sentada a mi derecha y Nassardine conduce. Yo voy en medio de los dos, como un pequeño Niño Dios entre el buey y la mula.

Ya estamos cerca de su casa.

—Vaya…

Nassardine sacude la cabeza sin soltar el volante. Paquita se ha quedado estupefacta.

Acabo de contarles, a grandes rasgos, la historia de mi familia.

—¿Por qué nunca nos hablaste de todo eso? —pregunta Paquita.

La noto un poco dolida.

—De haberlo hecho, ¿me habrías creído?

—Pues no, claro.

—Y ahora, ¿me crees?

—Pues n…

—Eres nuestro amigo —la interrumpe Nassardine.

Lo que en lenguaje nassardino significa que un amigo no miente a sus amigos, así que, si tú lo dices, es que es cierto.

—Pero entonces, ¿por qué no te has muerto? —suelta Paquita. Si bien al instante añade—: ¡Estamos muy contentos por ti, desde luego! —Y de nuevo—: Pero ¿por qué no estás muerto?

No tengo ni idea.

—Quizá pase más tarde, ¿no? Igual llega con retraso —aventura Paquita creyendo que así me consuela.

Habla como si se tratara de un tren que aguardo en el andén.

Insiste:

—En serio, ¿no tienes la menor idea de por qué no te has muerto?

No, ninguna.

Por más vueltas que le dé, entre carcajada y carcajada, no encuentro respuesta. Tendría que haber muerto esta mañana a las 11.00, y estoy vivo, es la única certeza.

Nassardine chasca la lengua.

—Morty, sabes que no dudo de ti, ¿verdad? Pero… ¿estás seguro? ¿Todos los hombres de tu familia paterna han…?

—Sí, todos. Tan atrás hasta donde he indagado, puedes creerme. Conozco mejor mi árbol genealógico que mi número de teléfono.

Es absolutamente cierto. Uno no puede vivir con una espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza sin acabar preguntándose quién fue el necio que la forjó. Hace unos años comencé una investigación rigurosa. Rebusqué en infinidad de webs de genealogía y, después de contrastar y cotejar datos, me remonté en mis ancestros hasta el año 1623, lo que es bastante honorable… Bueno, no tanto si se tiene en cuenta que lo hice en horas de trabajo. En fin, descubrí que había vivido en Anjou un tal Mordiern Henri Déodat Difunto, esposo de Jeanne Augustine Drapier, padres de Morderic Henri Étienne Difunto y de Vitalie Marie Rose Difunto. Nótese que nuestro apellido se escribía junto entonces, lo que tiende a probar que el destino había empezado a influir en el asunto.

Como esta historia del apellido escrito junto no está demasiado clara para Nassardine y Paquita, les imparto una clase rápida de etimología.

—Di Funto, separado, viene de Difunto, que a su vez viene de Defunctus.

—¡Vaya, cuánto sabes! —exclama Paquita entusiasmada.

Sé bastantes cosas sobre el tema, sí. Tengo motivos.

—Supongo que al primer Defunctus lo apellidaron así porque cuando nació pensaron que moriría pronto. No hay que buscar lejos el significado de ciertos apellidos. Un nombre, una profesión, un defecto físico, una cualidad moral, el pueblo de origen… Más adelante debió de pasarse del Defunctus al Difunto durante unas décadas. A lo mejor ocurrió en un entierro, puede que alguien dijera: «Los de esta familia tendrían que llamarse Difunto, visto que mueren antes de llegar a los

cuarenta, ¡ja, ja, ja!». La vida es cruel, pues a menudo nos somete a la voluntad de los imbéciles. Así que Defunctus se convirtió en Difunto, que significa «muerto», «fallecido», tal como lo prueba mi antepasado Mordiern Difunto y su prole. Fue durante la Revolución, aprovechando sin duda la confusión general, cuando el apellido se separó en dos palabras, tal cual es hoy, con el nacimiento de Morvan Pluviôse Di Funto y de su hermana gemela, Violette Sanculotine, hijos del ciudadano Mortauroy Marat Di Funto y de la ciudadana Prairiale Églantine Boucher.

»Mortauroy y Prairiale seguro que estaban hartos de ser objeto de burlas; bastante tenían ya con sus ridículos nombrecitos. Así que sospecho que decidieron cortar con las mofas de una vez por todas. Además, parecía el momento idóneo para «guillotinar» un buen número de cosas.

—Escucha… —insiste Nassardine—. Yo te creo, lo juro. Pero es que…

Entiendo su incredulidad. Sin embargo, puedo probar lo que digo, he reunido cartas, nombres, fechas, circunstancias.

Morvan y su bidé. Morin y el confeti. Maurice y su burro. Mi padre y su globo.

Nassardine se atusa el bigote con aire dubitativo.

Paquita tose.

—Esto… ¿cuando dices «bidé» te refieres a un… bidé para lavarse el…?

Sí.

Como dispongo de más tiempo del que pensaba, y tengo a mi audiencia receptiva, a petición del público…

A PETICIÓN DEL PÚBLICO…

Donde se aprende con estupefacción que un bidé común y corriente puede ser un instrumento del destino

Morvan Di Funto, mi tatarabuelo, se casó en segundas nupcias con Léontine, una preciosa morena. Según los vecinos, la bella dama era «ligera de muslos», una forma educada de decir que era una zorra, vamos. Me refiero a ella con tal falta de tacto porque no era la madre de mi bisabuelo. Este, llamado Morin, se había quedado huérfano cuando tenía un añito de la suya, de nombre Antonia, a causa de la tisis, enfermedad muy de moda en la época.

Morvan era un hombre guapo, a pesar de que había perdido una pierna en la guerra franco-prusiana de 1870. Estaba a punto de cumplir treinta y dos años y, conocedor de su destino, se propuso disfrutar de los cuatro de vida que le restaban. Era tan pasional que fue fallecer Antonia y sentir de inmediato la necesidad de encontrar de nuevo la horma de su único zapato. Se había encaprichado de la tal Léontine, que tenía trece años menos que él y diez veces más pasión. En cuanto Morvan salía de casa para ir a trabajar en la fábrica de tabaco, la preciosidad morena, que pasaba bastante del huerfanito de su esposo, corría al prado con el pretexto de que las cabras se dieran el gusto… mientras ella se lo daba con uno de sus numerosos galanes.

Más de una vez Morvan había encontrado a su hijito solo y meado hasta el cuello al regresar del trabajo. Eso, sumado a que su mujer volvía a menudo bastante tarde con las mejillas encendidas, sin aliento y con briznas de hierba en el pelo, acabó con su paciencia. Las paredes temblaron cuando explotó. Decidió encerrar a la zorra en su guarida, tal cual, ya que hizo poner cerraduras en todas las puertas y las ventanas. Siempre llevaba colgando del cinturón las enormes

llaves, de manera que tintineaban formando un bonito dúo con el chasquido de su pierna de madera. Clin-clan, toc-toc.

Siguieron cuatro años de relativa felicidad. La parienta permanecía en casa y no salía si no era del brazo de Morvan para ir a misa los domingos o al mercado los viernes. Ella no se lo había tomado a mal, aparentemente. Era todo sonrisas, ternura y mimos. El pequeño Morin era un niño tranquilo por entonces, puede que demasiado, y todo iba más o menos bien. Morvan se alegraba cada día más de haber adoptado aquella estupenda decisión, y eso que en ocasiones tenía la impresión de oír risas a su paso. Pero la gente envidia la dicha del prójimo, ya se sabe.

Una mañana de primavera, un violento incendio destruyó la fábrica. Tras presenciar la calcinación de sus herramientas de trabajo, acabado el espectáculo, los obreros fueron invitados a regresar a sus respectivos hogares.

Morvan llegó a su casa poco antes de las 11.00 y encontró a su hijo en la cocina con la nariz pegada al plato de tan profundamente dormido como estaba. Apestaba a láudano. Entonces oyó gemidos procedentes del piso superior. Sin duda, se dijo, un desaprensivo había drogado a su chiquitín y estaba forzando a su mujer.

Ya corría Morvan a socorrerla cuando, de repente, los gemidos se aderezaron con sentidos «¡Oh, sí! ¡Oh, sí!» que no dejaban lugar a equívocos. Mi tatarabuelo salvó de cuatro en cuatro los peldaños hasta el piso de arriba —clin-clan, toc-toc— e irrumpió enloquecido en la habitación conyugal en la que Léontine se abría al hombre que tiempo atrás había puesto las cerraduras a su casa.

Morvan, fuera de sí, se abalanzó sobre la cama para ajustarles las cuentas a aquel par de miserables. Pero el infortunio quiso que la muleta se le trabara en una grieta del suelo y, de repente a pata coja, se dio de bruces contra la pared. El impacto lo hizo trastabillar hasta topar de cabeza con el bidé que Léontine, previsora ella, había llenado con agua tibia para lavarse las partes pudendas tras el impúdico acto.

Léontine y su cerrajero salieron del dormitorio gritando y muertos de espanto. Él se escabulló de la casa de mi tatarabuelo en paños menores justo antes de que los vecinos acudieran y consolaran a la

pobre Léontine, que se había torcido el tobillo. Ya más tranquila, preparó café y ofreció un trago a los señores y licor de nueces a las señoras. Charlaron y comieron también unas galletas. Después enviaron a uno de los niños presentes a buscar al médico, que llegó al cabo de un buen rato, por haber asistido un parto con fórceps, y solo pudo constatar el fallecimiento de Morvan. Y también manifestar su sorpresa. Mi tatarabuelo era un fiambre, no cabía duda, pero había muerto ahogado y no del golpe, ya que el cabezazo contra el bidé únicamente lo había dejado aturdido.

El médico firmó el certificado de defunción y los vecinos se marcharon. Uno de ellos salió con Léontine en brazos para curarle la torcedura en su propio hogar, a resguardo de miradas. Mi bisabuelo, Morin, se quedó solito recuperándose de su siesta comatosa, y luego lo llevaron a casa de su tía Vilma.

Era 18 de marzo, y mi tatarabuelo Morvan acababa de cumplir treinta y seis años.

—¡Mira, tengo la piel de gallina! —exclama Paquita señalándose los pezones, que despuntan bajo su jersey con lentejuelas.

La comprendo. También a mí me encantaba esa historia. Mi padre me la contaba con una voz tan entusiasta e inspirada que yo imaginaba que en cualquier momento aparecería tras él el terrible Morvan con su pata de palo. Creía oír el tintineo del manojo de llaves de su cinturón y los crujidos de su pierna de madera sobre los escalones. Sin embargo, una vez que llegábamos a la parte del relato en la que la puerta de la habitación se abría violentamente no entendía muy bien lo que pasaba dentro porque mi padre se volvía impreciso de repente.

Un buen día no pude aguantar y lo interrumpí a mitad de la frase para preguntarle:

—¿Qué hacía exactamente el cerrajero?

Mi padre se quedó boquiabierto.

—¡Guarrerías! —soltó al cabo en un tono que no posibilitaba más indagaciones.

A pesar de que, algunos años más tarde, yo solito terminé por comprender de qué se trataba, me quedó una desconfianza instintiva y absurda hacia todo lo relacionado con la cerrajería.

Nunca cierro las puertas.

Por más que me esfuerce, jamás me acuerdo de echar el pestillo.

Donde se constata, por si hubiera dudas, que no hay nada como un petardo para disgregarse en el aire

Dado que no estaba dispuesta a que la molestasen durante sus jornadas de puertas abiertas, Léontine había tomado por costumbre aderezar con láudano el bol de leche del pequeño Morin y, en consecuencia, el niño había adquirido un mal hábito. Según los relatos familiares, desde muy joven manifestó la necesidad imperiosa de evadirse ante cualquier contratiempo. Como la venta de láudano estaba sujeta a prescripción médica, se refugiaba en el alcohol, que, por fortuna para él, era de venta libre.

Ya se había forjado una excelente reputación de borracho cuando conoció a Muguette en el gran baile de los bomberos. Muguette, que se convertiría en mi bisabuela, era una mujer fuerte en todos los sentidos, lo que contrastaba con la delicadeza de su nombre. Morin tenía algo bueno, y es que era un tipo tranquilo incluso cuando cogía una cogorza. Además, nadie ignoraba que los hombres de su familia la diñaban a una edad aceptable. Muguette comprendió que no era mal partido; pronto sería viuda y rica. Rápidamente le echó el lazo a mi bisabuelo y, antes de que este se diera cuenta, le había endosado cuatro hijos: mis tías abuelas Virginia, Victorine y Violette, y mi abuelo Maurice. Después, una vez que tenía lo que quería, convirtió la vida de Morin en un infierno, con palizas y todo.

Por suerte, estalló la guerra.

Morin tenía casi treinta y tres años cuando lo llamaron a filas. Se fue con una sonrisa en los labios y volvió a casa once meses más tarde. El enemigo bombardeó la trinchera donde el pipiolo Morin intentaba mantenerse con vida y él se encontró en la trayectoria de un trozo de madera proyectado por la explosión. Lo recibió justo en la cara.

Resultado: doce puntos de sutura entre ceja y ceja y algunos problemas de memoria. Lo consideraron no apto para matar alemanes y, puesto que no era de utilidad, lo repatriaron en un convoy sanitario. El pueblo festejó su vuelta por todo lo alto. Lo recibieron como un héroe y se convirtió en una gloria local, como todos los heridos en el frente (en su caso, en la frente). Continuó bebiendo como antes, con una familiaridad digna de elogios, sin embargo a su mujer la trató de usted hasta el último de sus días. Por mucho que ella lo pateara como a una alfombra para hacerle recuperar la memoria, nunca la reconoció y se dejaba maltratar con aire indiferente. Ella acabó cansándose y se cebó entonces en su hijo —mi abuelo Maurice —, que gritaba de miedo en cuanto su madre se acercaba. Era, de hecho, el único momento en el que se veía brillar un leve destello de conciencia en los ojos de Morin, que pasaba los días pegado a la chimenea, incluso en verano, dormitando o fumando tranquilamente su pipa.

Como la mayoría de los soldados de la época, Morin se había traído de la guerra algunos recuerdos: un casco puntiagudo, dos obuses y un puñado de granadas (una Besozzi, dos P1 y una Foug, llamada «Limón»), que decoraban el dintel de la chimenea.

Un día en que Muguette, en plena forma, se ensañaba con entusiasmo con su hijo de apenas cuatro años, Morin se levantó de repente sin decir una palabra, agarró al mocoso, lo lanzó al huerto por la ventana del salón y se volvió para abrazar a su mujer. Sorprendida, ella se dejó. Morin se pegó a sus carnes y, bailando, la condujo en silencio hasta la chimenea. Allí cogió su granada Besozzi, encendió la mecha en la cazoleta de su pipa y, antes de que Muguette se diera cuenta, ambos se disgregaron en el aire.

Cuando llegaron los bomberos, alertados por la explosión, los difuntos Morin y Muguette habían redecorado el hogar familiar con infinidad de motas de sí mismos. Fuera, cerca del cráter, mi abuelo Maurice, sentado sobre las lechugas, jugaba con un zapato del número 43 que nadie pudo arrancarle de las manos, hasta que sus tres

hermanas volvieron del colegio.

De la casa solo quedaba la chimenea, en cuya repisa permanecían, milagrosamente intactos, dos obuses, tres granadas y un bonito casco puntiagudo.

Ese lindo uno de mayo, día de su trigésimo sexto cumpleaños y santo de su mujer, Morvan había decidido liarla por todo lo alto.

Nassardine apaga el motor y Paquita baja de la furgoneta diciendo:

—Ese pobre niño, solito, entre lechugas… ¡Es horrible!

—Pero sucedió tal cual lo cuento, en serio. Mi abuelo guardó ese zapato como recuerdo… No sé qué pasó con él.

Bajo, miro a mi alrededor y comento:

—Tenéis un jardín muy chulo.

—¡Ah, es cierto, aún no lo habías visto! —exclama Nassardine mientras cierra la furgo—. Estoy construyendo el garaje y pienso ampliar la parte de atrás. Falta mucho por hacer, pero ya queda menos, ya queda menos…

—Pobre niño —repite para sí Paquita al tiempo que busca las llaves en su bolso.

Abre la puerta principal, y la sigo.

Cuelga su chaquetón de pantera, se baja de los tacones de sus zapatos para subirse en los de unas zapatillas bordadas con plumas rosas, se vuelve hacia mí y me pregunta, preocupada:

—¿Qué le pasó a ese desgraciado crío?

—Se lo llevaron a un orfanato, con sus tres hermanas, Virginia, Victorine y Violette.

—*Masha'Allah!* Voluntad de Alá… —dice Nassardine con un suspiro.

—¿Cómo murió él? —quiere saber ahora Paquita, al parecer interesada en la historia.

—Fulminado por culpa de un burro.

—¿Fulminado por culpa de un…? —repite Nassardine sin acabar de creerlo.

Sí, sí. Tal cual.

Donde se descubre que la peor de las desgracias puede ocurrir cuando un burro se muestra testarudo como una mula

Al salir del orfanato, Maurice y sus tres hermanas recibieron cada uno lo que les correspondía del legado paterno, es decir, casi nada, migajas.

Maurice, alérgico al trabajo, se servía raramente de sus manos, que había decidido legar a la ciencia, por lo visto. Con su parte de la herencia se había comprado una carreta y un burro para pasearse y, de vez en cuando, transportar mercancías en ella, si bien con la condición expresa de no tener que cargarlas o descargarlas.

Además de un destino trágico, una complexión enclenque, una gran holgazanería y un peculio miserable, mi abuelo había heredado de su padre cierta propensión a empinar el codo. Como casi siempre estaba achispado, era el burro Bimbin el que tenía que ocuparse de la delicada tarea de tirar del carro, literalmente. Antes de jumarse, mi abuelo le daba las señas:

—¡Bimbin, a la herrería!

O:

—¡Bimbin, a casa de Moreau!

Y Bimbin se ponía en marcha sin prisas haciendo sonar la musiquilla de sus cascos. Era un animal pachón con ojillos de enamorado rechazado. Cogía los caminos a su manera, sin tener en cuenta la ruta más corta, lo que ocasionaba retrasos en la mayoría de los repartos. Lo cierto es que estos se realizaban desde hacía tiempo en camionetas y camiones, pero Maurice nunca pudo sacarse el carnet de conducir… por fortuna para los demás. Así que, para tenerlo entretenido, le confiaban la entrega de cosas sin valor y, sobre todo,

sin urgencia. Se veía pasar la carreta con mi abuelo dormido en su banco, cabeceando al compás del traqueteo. No era raro encontrarse a Maurice y a Bimbin junto a un terraplén, el uno bebido y el otro atiborrándose de cardos con aire melancólico.

Maurice estaba borracho desde la mañana hasta la noche. Cuando no estaba como una cuba, el alcohol le soltaba la lengua. Daba grandes discursos filosóficos en la barra del café Los Jugadores de Petanca Felices y luego, al llegar a casa, daba conversación a su vaso, a su silla, a las puertas de los armarios y a las esquinas de las paredes contra las que se abría regularmente el cráneo, sin contar los moratones cotidianos. Se dirigía a ellos con apelativos cariñosos, como «jodido armario» o «puerta de mierda». Pero lo decía sin enojo, aceptando su sino. «Jodido armario, ¿quieres matarme, o qué?», exclamaba, o: «¡Basta, que me haces daño!», se quejaba como un niño cuando se golpeaba contra la mesa o tropezaba con la alfombra.

A menudo, sentado solo en la cocina de noche, se obstinaba hasta la mañana siguiente en comprobar qué había de cierto en los refranes populares: «Beberás y vivirás», «Amigos, oros y vinos, cuanto más añejos, más finos», «Conversar sin vino es gran desatino», «El vino, como la mujer hermosa, debe tener tres cosas: buena cara, buen color y buena boca», «El vino de cepas viejas calienta hasta las orejas», y se sabía muchos más, algunos de cosecha propia.

Pero el vino no hace olvidar, por más que quisiera. Y no se le iba de la cabeza que el infortunio familiar lo aguardaba cuando cumpliera treinta y seis años.

La víspera del funesto día confesó a Marthe, mi abuela:

—¡Iooo… he… he… refleshionado!

Lo dijo con determinación aunque balbuceando, puesto que tenía lengua de trapo por culpa de la melopea.

—Iooo he… refleshionado musho —volvió a la carga apoyándose en el marco de la puerta—. Los odros murieron… dentro… ¡Pero iooo… iooo no me… dejaré!

—¿Qué dices, mi Rissou? Ven a sentarte y a comerte la sopa.

—Digo… —continuó, ayudándose de la encimera de la cocina para llegar hasta la mesa—. ¡Iooo DIGO que los hombres de mi familia… murieron TODOS… DENTRO!

Había insistido en esa última palabra porque era importante.

Mi padre, que tenía diez años, tomaba su sopa mientras leía *La gran enciclopedia del universo*. Su hermana Victoria, doce años mayor, estaba en la ciudad, donde trabajaba como secretaria.

Morin se dejó caer en su silla.

—Y como iooo soy… muy listo… ¿Meee estás escushando, Maury? Deja de… leer… Que te quedarás biz… bizcooo.

Pero mi padre, acostumbrado a los excesos del suyo, siguió leyendo.

Maurice lo pasó por alto, ocupado como estaba en terminar su disertación.

—Como iooo soy… muy listo… iooo me voy a quedar… ¡FUERA!

Su discurso tuvo un final apoteósico, pues lo zanjó estampando la mano en el plato. Marthe, sin inmutarse, limpió la mesa y el suelo.

Al día siguiente, como había prometido, Maurice se fue con Bimbin, cerca de las diez de la mañana. Marthe se quedó deshecha en lágrimas ya que sospechaba que no volvería a verlo.

—¿No confías… en mí? ¿Quién es… el más lis… listo?

—Tú, mi pobre Rissou —respondió lloriqueando mi abuela mientras se secaba los ojos con una punta del delantal.

—Po… por supuestooo.

Acto seguido, Maurice salió a burlar a la muerte, aunque no sin antes abrazar a su hijo y decirle:

—¡Iooo soy el más… lis… listo! ¡Acuérdate bien… de esto!

Maurice había ideado un plan que su confusa mente consideraba ingenioso: bastaría con que se mantuviera en un espacio al aire libre donde no hubiera nada ni nadie cerca, y estaría a salvo. Ni bidé fatal, ni explosión violenta, ni ninguna de las otras afrentas que habían sufrido sus antepasados (ahorcamientos accidentales, empalamientos fortuitos, caídas imprevisibles, aplastamientos diversos…).

Seguro de su teoría, Maurice había conducido a Bimbin —y no al contrario, por una vez— a unas tierras sin cultivar que estaban a la salida del pueblo.

Se quedarían allí los tres, su carreta, su burro y él, hasta que la hora pasara, y luego, sano y salvo, podría festejarlo como era debido pimplando en el bar.

Era julio, hacía un calor insoportable y unos feos nubarrones avanzaban por el horizonte. A las 10.30 cayeron las primeras gotas. A lo lejos se oían truenos y se veía el resplandor de los rayos. La tormenta estaba cerca.

A las 10.35 se levantó una ventolera que zarandeó la carreta hasta casi desmontarla. Bimbin aguzó el oído.

A las 10.42 un relámpago rasgó el cielo, seguido de otro. Después arreció la lluvia. Bimbin, con la mirada inquieta bajo su largo flequillo, olisqueó el aire. Decidió que hacía un tiempo de perros, no de burros, así que dio un par de pasos para alejarse.

—¡Eh, Bimbin! ¿Qué puñetas haces? —gritó Maurice—. ¡Sooo!

Pero Bimbin, terco como una mula, lo ignoró. Siguió tranquilamente en dirección a la carretera. Mi abuelo le fustigó ambos costados con el látigo de cuero que nunca usaba. Dolido, Bimbin se puso al trote.

—¡Para, jodido… borrico! ¡Sooo! ¿Me… me oyes? ¡Que te estés quieto, maldita seeea! —gritó mi abuelo, fuera de sí.

Saltó de la carreta en marcha. Nunca debió hacerlo: aterrizó, cuan largo era, en mitad del barro. Bimbin, que no era una mala bestia, y

eso que su dueño empezaba a ponerlo rabioso, se detuvo unos metros más allá. Mi abuelo, a cuatro patas en el lodo, buscaba a tientas sus gafas. Diluviaba y hacía un viento de mil demonios.

—¡BIMBIN, VEN AQUÍ! —bramó mi abuelo, hecho una furia.

El bueno de Bimbin se dirigió hacia él, aunque sin entusiasmo. Por desgracia, una de las ruedas del carro chafó una pierna a Maurice cuando el animal se paró y mi abuelo, borracho como estaba, no fue capaz de liberarse, y eso que la carreta estaba vacía y la tierra blanda.

En ese preciso momento se puso a relampaguear como si no hubiera un mañana. Se oyó un gran trueno, y el rayo atravesó un roble que había junto al camino. Por más que Maurice chilló a Bimbin que avanzara, que reculara, que fuera a la derecha, a la izquierda, e incluso que se fuera a tomar por saco, Bimbin era un burro y no le hizo ni caso. El rayo descargó una última vez, justo sobre mi abuelo.

Se oyó el estruendo hasta en el pueblo. Eran las 11.00 de la mañana.

Vieron regresar a Bimbin, a trote ligero, con el flequillo tieso y las grupas chamuscadas. Empezaron la búsqueda. Por fin, en las tierras sin cultivar encontraron la carreta humeante y a mi abuelo Maurice achicharrado.

Paquita y Nassardine, sentados pierna con pierna en el sofá, han escuchado mi relato sin pestañear mientras picoteaban maquinalmente patatas fritas de un cuenco.

De vez en cuando Paquita suspiraba, o se mordía la uña del pulgar derecho. Nassardine asentía con la cabeza, como suele hacer para indicar su interés, su sorpresa, su desaprobación.

Ahora me miran con expresión preocupada. No sé por qué.

He crecido con esas historias familiares, y con otras más antiguas que, con el tiempo, se adornaron mediante nuevas aportaciones, bien fuera por falta de rigor, bien de memoria. Hasta la muerte de mi padre —e incluso un poco más tarde, a decir verdad— me sentía tocado por el destino, especial. Caminaba con la frente alta y el paso firme. Tardé bastante en darme cuenta de que algún día, y no lejano, también yo protagonizaría mi propio episodio fatal del culebrón familiar. Y ya no le vi la gracia. Pero hasta los doce años, más o menos, estaba orgulloso de ser un Di Funto. Me encantaba mi apellido, lo encontraba original.

Mi padre no veía las cosas con tanto optimismo. (Él lo veía de más cerca, claro.) Era un hombre taciturno que trabajaba sin entusiasmo de cajero en un pequeño colmado que no le pertenecía. Había sido fiel en lo que concernía a la falta de ambición de los hombres de la familia, que se habían contentado con existencias modestas, sin sueños ni anhelos. Como si la perspectiva de sus condenas les hubiera cortado las alas. Yo consideraba una estupidez desperdiciar la vida por la simple razón de que un día acabaría. Me parecía tan ridículo como no comerse un helado con el pretexto de que se derretirá, o no ir a la piscina porque dentro de seis meses será invierno. Mi máxima era disfrutar el presente, el «aquí y ahora», aunque eso no tiene mérito

porque vivir al día es lo habitual cuando se es niño. Es más tarde cuando todo se complica.

Sin embargo, gracias a Burbujitas, mi pez rojo, había tenido que enfrentarme a la muerte muy pronto. Tenía cuatro o cinco años cuando una mañana lo encontré flotando en su pecera. Por más que le hice la respiración artificial con una pajita, no conseguí nada.

Burbujitas estaba «roto».

Se lo llevé a papá, convencido de que lograría que funcionara otra vez porque era un manitas. Mi padre lo miró con ojos lastimeros antes de concluir:

—Tu pez está muerto.

Le pregunté:

—¿Y va a durarle mucho tiempo?

Respondió:

—Para siempre.

Después lo tiró al inodoro diciendo que así regresaría al mar.

Miré a Burbujitas mientras se iba con el remolino de la descarga de la cisterna.

Morir era eso: algo definitivo y poco menos que una mierda.

Y el broche final del espectáculo…

Sentí algo parecido el día que murió mi padre. Esa brutal inexorabilidad, sin remisión, en plan: «Se acabó. Punto final». Junto con un sentimiento de culpabilidad porque no podía evitar considerarme un poco responsable de su fallecimiento, pese a que la fecha enmarcada de negro en el calendario de Correos habría bastado para recordarme que el destino es implacable.

Con todo, la jornada había empezado bien; había conseguido envolver yo solo el regalo que iba a darle con un papel que conservaba de la Navidad anterior. Invertí una hora, y más de la mitad del rollo de cinta adhesiva.

Entonces me pareció verlo de buen humor. Ahora en cambio, pasado el tiempo, creo que era una dicha forzada, que trataba de corresponder así a mi obsequio. Debería haberme dado cuenta: papá se había reído dos o tres veces, lo que no ocurría nunca.

Hacia las 10.30 se fue a buscar el pastel de cumpleaños que no comería, si bien aún estábamos convencidos de lo contrario. Bueno, yo lo estaba.

Volvió a las 10.45 con una tarta de crema espectacular y un puñado de globos que el pastelero le había dado para «la pequeña fiesta». Y lo era, en efecto, pues solo estábamos mi padre y yo.

Lejos de desanimarme, le propuse un juego: nos repartiríamos los globos y el que terminara de hinchar los suyos primero ganaría. No especifiqué qué.

Mi padre aceptó el desafío, seguro de ganar. Su cabeza desaparecía ya de mi vista, oculta detrás de su último globo inflado al máximo,

cuando —qué gracia— se lo pinché con un alfiler. Estalló violentamente. Papá puso cara de sorpresa, se llevó una mano al corazón y se desplomó de frente, arrastrando consigo al suelo la tarta y el bonito regalo que acababa de abrir.

Recuerdo que durante algunos minutos no supe qué hacer, y estuve picoteando sin hambre lo que quedaba del pastel, como un homenaje póstumo a mi progenitor. El muerto al hoyo y el vivo al bollo. Pobre.

Silbo felizmente sentado en un sillón, mirándome los calcetines.

Me encantan.

Nassardine nos hace un par de huevos fritos y calienta una lata de *ratatouille* en conserva mientras Paquita pone la mesa. Intercambian miraditas por encima de mi cabeza.

—¡A comer! —dice Nassardine.

Con una señal me indica que vaya a sentarme y, acto seguido, me pone dos huevos rotos demasiado hechos en el plato, que cubre con las hortalizas guisadas. Paquita y él también se sientan, y se hace el silencio.

—Estoy bien, os lo aseguro —digo al cabo.

Paquita asiente, quizá con demasiado énfasis.

—¡Pues claro, cariño! ¡Por supuesto que estás bien! Nassar, ¿a que está bien?

Nassardine posa sus oscuros ojos en los míos.

No sé lo que ve en ellos, pero termina por decir:

—¿Y ahora qué harás?

Sonrío, me encojo de hombros y, con una mueca de indiferencia, eludo la pregunta, me libro de ella como lo haría de una miga de pan enganchada en la solapa. Pero justo en ese momento soy consciente de que no sé qué voy a hacer. Ni idea.

Nassardine añade con calma:

—¿No habías pensado en eso?

Al contrario, desde que tengo uso de razón solo he pensado en «eso». Lo que pasa es que no había contemplado la posibilidad de que los acontecimientos se desarrollaran de esta manera.

Son las 19.58. Debería estar muerto desde hace casi nueve horas. Así que no tendría por qué estar preguntándome dónde narices voy a vivir (la agencia ya ha alquilado mi apartamento a otro inquilino, me quedan unos días), ni cómo me mantendré (renuncié a mi puesto de trabajo), ni cómo me desplazaré (vendí mi coche, y bastante barato, por cierto; me tomaron el pelo).

Me siento como un deportista que por fin ha logrado la proeza para la que llevaba preparándose media vida y de repente cae en la cuenta de que no ha previsto nada para después. Es un vacío abismal.

Paquita me frota la espalda y exclama:

—¡Venga, que no es tan grave! Sigue siendo una buena noticia, ¿no?

La miro sin entender.

—¿Qué?

—Vivir. Es una buena noticia, ¿no?

Me gustaría responderle que sí, pero me echo a llorar de nuevo. Las lágrimas fluyen y fluyen. Parezco una fuente.

—¿Quieres un café de los míos? —propone Nassardine.

—¿No crees que ya ha tenido un día suficientemente duro? —le replica Paquita.

Me echo a reír a carcajadas.

Nassardine disimula un bostezo. Paquita se ha ido a la cama. Tiene horarios de gallina y se mete bajo las plumas cuando se pone el sol.

Desde hace un rato retraso el momento de ir a mi casa. La idea de dormir en mi cama de muerto me hiela la sangre.

Como si me hubiera leído la mente, Nassardine me dice:

—Puedes quedarte aquí esta noche…

—Eres muy amable, pero no quiero molestar.

—No molestas, ya lo sabes. Y, además, como mañana es domingo nos levantaremos más tarde. El sofá no está mal. También tenemos un catre, plegable. Voy a buscarlo.

Lo detengo con un gesto. Bastará con el sofá.

Me siento aliviado de poder quedarme. Es ridículo, lo sé, pero me lo tomo como una suspensión temporal, un tiempo muerto, qué chiste. Y es que, por más que lo intento, no consigo imaginar qué pasará mañana. Menos aún, los días siguientes. Mi cabeza es un recipiente lleno de un líquido estancado en cuyo fondo los pensamientos viscosos se mueven a cámara lenta.

Nassardine, sentado en un puf como un indio, chupa suavemente del extremo de su pipa de agua, que borbolla con un gluglú musical. Parece un genio salido de un cuento de *Las mil y una noches*.

Espero a que me conceda tres deseos.

Señala el narguile.

—¿De verdad que no quieres, hijo? ¿Estás seguro?

Niego con la cabeza. No me gusta fumar, aunque el olor de la *shisha* me encanta.

Nassardine da una chupada y, despacio, deja escapar el humo.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Dieciocho años?

—Casi veinte.

Da otra calada, que retiene un instante con los ojos entrecerrados. Repite:

—¡Veinte años!

Mueve la cabeza.

—Hace veinte años que te conocemos… Y no te conocemos.

No es un reproche, es una constatación.

—No podía explicároslo, Nassardine.

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Nunca se lo he contado a nadie. Nunca.

Nassardine recarga el narguile y dice:

—Has debido de sentirte solo.

Como siempre, tiene razón.

Cojo un buñuelo de naranja de la bandeja que Paquita nos ha dejado antes de irse a dormir. Podría matar por estos buñuelos… Lo mastico sin prisas, tomándome todo el tiempo del mundo. Nassardine espera pacientemente. Sabe que ha llegado el momento de las confidencias.

Me armo de valor con un segundo buñuelo y bebo un sorbo de té —he conseguido librarme del café de Nassardine—. Por fin le cuento algunas de las estupideces que hice para desafiar al destino cuando era un chaval. Bueno, el episodio del boca a boca del socorrista ni lo menciono. Cuestión de amor propio.

—Mis amigos creían que era valiente… Pero lo cierto es que aunque hubiera arriesgado la vida diez veces al día no me habría muerto. ¿Entiendes ahora por qué?

—Las cosas pasan cuando tienen que pasar, ni antes ni…

—Después tampoco, al parecer —lo interrumpo.

Nassardine sonríe.

—¿De verdad has cometido tantas tonterías?

—¡Más de las que imaginas!

Era un descerebrado. Uno de esos tocapelotas que consideran que todo es un reto y siempre andan metidos en desafíos, mientras sus padres pierden la salud a fuerza de preocuparse. Justo la clase de personas que detesto… ahora. Llegado al final de mi vida —a pesar de que parece que no es así, mejor ser prudente y no echar las campanas al vuelo todavía—, veo las cosas de otra manera. Las verdaderas, las únicas hazañas son aquellas que benefician a todos. Paso de los

lanzados. Es una ofensa a la armonía del mundo poner en peligro la propia vida. Es un bien demasiado precioso, eso es lo que pienso en la actualidad.

Cuando iba al instituto, sin embargo, hacer llorar a mi madre me importaba un pito; no sabía nada de ella desde que tenía dos años. Mi padre estaba ya en el otro barrio y, aunque me esforzara, solo sentía por mi tía un vago resentimiento de chico egoísta, ya que me había adoptado por propia voluntad, sin que nadie se lo pidiera, así que era su problema, ella sola se lo había buscado, yo no le debía nada. Me hacía el duro, aunque en el fondo no lo era. Era un simple bravucón, un fanfarrón, un fantasma. Mucho chulear, pero… Perro ladrador, poco mordedor.

—Si hubiera sabido todo esto, te las habrías visto conmigo, créeme. —dice Nassardine contrariado.

Me echo a reír.

—¡Es agua pasada!

Nassardine se relaja, ríe también, me guiña un ojo.

—En realidad te gustaba jugar a los héroes…

Ni siquiera eso, para nada. No es más gratificante tener fama de perdonavidas sin habérsela ganado que sacar un diez en un examen gracias a una chuleta.

Quizá uno pueda engañar al mundo entero, pero no a sí mismo.

Paquita y mi Harley

Conocí a Nassardine y a Paquita cuando aterricé en el instituto Mistral después de que me expulsaran de otro insti.

Tenía diecisiete años y cursaba el penúltimo curso por segunda vez, lo que no me estimulaba a multiplicar por dos mis esfuerzos. Cultivaba un look sesentero, pero solo en apariencia, sin convicciones, únicamente para joder a todos aquellos punkis y góticos que proliferaban en los pasillos como las espinillas en las mejillas de un adolescente. Parecía que me hubiera puesto un mocho del revés en la cabeza por las greñas que gastaba. Me atiborraba de hamburguesas y de creps al salir del instituto, pasando de que se me disparase el colesterol, pues estaba seguro de que no viviría lo suficiente para que un día me preocupara tener las arterias obstruidas de grasa. Me lavaba menos que un esquimal, y yo no tenía la excusa de que el agua estaba congelada.

Vivía solo con mi tía en el barrio de Ronsard, en un hogar tan alegre como pueda serlo una comisaría a las tres de la madrugada. Escuchaba a Queen, Michael Jackson, Blur y Bruce Springsteen. En el cine podía ver tanto *Sospechosos habituales*, *Braveheart*, *Frankestein* o *Tumba abierta* como *Batman Forever* o *Stargate*. Leía *El Señor de los Anillos*, *Thorgal* y las guías de viajes que me prestaba Nassardine. Y siempre que mi tía se quedaba traspuesta a base de sedantes en la habitación del fondo, lo que sucedía a menudo, me daba el piro.

Me iba de aventuras nocturnas en mi viejo ciclomotor, una Yamaha Chappy azul y blanca a la que llamaba Harley, creyéndome muy original. Además de pretencioso. Yo mismo me las daba de auténtico motero, y me cruzaba de punta a punta las callejuelas del barrio en sentido contrario y con las luces apagadas, por supuesto, como un

malote de los Ángeles del Infierno.

Paquita era aún ese bellezón despampanante y carnal que Nassardine había conocido en la feria. Tenía treinta y siete años, y estaba estupenda.

La primera vez que fui en busca de un crep a la furgoneta lo hice, como el resto de los chicos del instituto, para verle el escote de cerca.

No creo que Nassardine fuera un ingenuo; más bien, comprendía que nos sentíamos atraídos por su mujer como la limadura de hierro por un imán. Pero mirar una flor no es cortarla.

Y un cliente es un cliente.

Mis amigos se hacían los gallitos, y cuando hablaban de Paquita la llamaban «el callo» o «la ordinaria». Sin embargo, estoy seguro de que casi todos soñaban con ella en la cama. En mi opinión, estaba mil veces más buena que las chicas de mi edad, esas zorras que se fijaban en mis michelines antes de mirarme a los ojos. Paquita era mi Brigitte Bardot, mi Bo Derek, mi Emma Frost. Estaba loco de amor, platónico, eso sí, y lo encontraba tranquilizador. Incluso ahora, cuando hace ya mucho tiempo que no la veo con los mismos ojos, me gusta recordar que tenía fantasías con ella.

Paquita nunca lo sabrá, no me atrevería a confesárselo. Para mí es como una antigua amante a la que hubiera querido apasionadamente, pero sin tener que padecer en el presente los reproches, los conflictos ni la acritud que conllevan las rupturas pasadas.

Me acostumbré a acercarme a saludar a Nassardine y a Paquita a la salida de clase de vez en cuando. Acabé tuteándolos. Esa familiaridad se estableció de una manera natural. Creo que los veía como a unos padres improvisados, una especie de familia a tiempo parcial. Eran los únicos adultos a los que conocía aparte de mi tía y de los profesores del instituto. Gracias a ellos descubrí que había adultos amables y que estaban siempre de buen humor.

No me gustaba que mis compañeros vinieran conmigo e invadiesen el mostrador o las sillas para los clientes. Cuando lo hacían, me iba casi enseguida. No soportaba compartir a Paquita y a Nassardine más de cinco minutos. Era posesivo y celoso, aunque no lo aparentara.

Tampoco soportaba las risotadas de algunos memos de mi clase que se daban codazos delante de Paquita. Detestaba cómo la miraban. Pero aunque no me cortaba a la hora de hacer tonterías, no era capaz de plantarles cara. De todos modos, me molestaba que Nassardine no se enfrentara a ellos y que Paquita no los enviara a paseo. Me parecía que él era demasiado tranquilo y ella, demasiado buena. Daba la impresión de que no entendían nada, que no oían nada. Sin embargo, acabé por comprender que Nassar y Paquita no eran sordos ni ingenuos. Simplemente, se tomaban la vida con filosofía. Habían conocido en sus propias familias la estrechez de miras y la estupidez humana, y sabían desde hacía tiempo lo que eso podía engendrar.

Un día, tres cafres, que entre todos sumaban el cociente intelectual de un pavo, vinieron a comprar un crep y a burlarse de la vendedora. Uno de ellos se pasó de la raya. No se acordaba de que Nassar leía en la parte delantera de la furgoneta y soltó una broma de mal gusto acerca del escote de Paquita para hacer reír a los otros mientras ella les preparaba lo que habían pedido. Paquita hizo como si nada, pero

me percaté de que le había molestado. Nassar miró al chico a través del parabrisas y dobló el periódico tranquilamente. Después bajó de la furgoneta, se fue directo hacia el chistoso, que le sacaba una cabeza, y le pidió con voz suave:

—¿Podrías repetir lo que acabas de decirle a mi mujer?

Enfatizó esas dos últimas palabras, «mi mujer», con un tono sosegado que apenas si resultó amenazante. El otro, haciéndose el gracioso, tuvo la mala idea de repetir su broma. Nassardine le dio un bofetón de sobresaliente, limpio y sin fallos, el guantazo perfecto, con la mano abierta y proyectando toda la fuerza del brazo. El chaval se empotró contra la portezuela de la furgoneta. Se tocó la mejilla, atontado. Sus dos colegas se acercaron a Nassardine entonces e hicieron frente común. Él los miró fríamente. Tres contra uno; aun así, estaba claro que no tenía miedo y que todavía le quedaban bofetadas que dar. La tensión duró un minuto largo. Luego uno de los amigos del chistoso gruñó:

—Dejadlo, es un cabrón.

Atrapado todavía entre la furgoneta y Nassar, que no parecía dispuesto a dejar que se largara, el cretino de la mejilla encendida lloriqueó, patético:

—¡Se lo contaré a mi padre!

—¿Qué vas a contarle? ¿Qué insultas a mi mujer o que eres un gallina? —preguntó Nassardine sin alterarse.

Y después añadió con la misma voz serena:

—Te irás cuando hayas pedido perdón. No te preocupes, tengo todo el tiempo del mundo.

Le hizo repetir sus excusas, dos veces, en voz alta y clara. No les quitó la vista de encima mientras se alejaban.

—Ya lo ves, hijo —me dijo—. Por más que la medicina haga progresos a diario, aún no se ha descubierto nada que cure la estupidez. Teniendo en cuenta la cantidad de gente afectada, habrá que ponerse a buscarle con urgencia un remedio.

A pesar de que uno no se toma la vida en serio todavía cuando tiene diecisiete años, se necesitan proyectos, y yo no los tenía. Le daba muchas vueltas a todo, más que el difunto Burbujitas en su pecera. Jugarse el pellejo buscando el riesgo ya no me atraía; lo único que ganaba con ello eran moratones y chichones, y el respeto de mis amigos, eso sí, pero nada más. Nada verdaderamente excitante. Me explico: en el fondo, lo que perseguía con mis proezas de tres al cuarto era gustar a las chicas, y no me comía una rosca desde hacía al menos dos años. No estaba gordo por eso, desde luego.

En aquel tiempo me sentía perdido. No sabía hacia dónde tirar, bloqueado como estaba entre un destino de cómic fantástico, un cuerpo de bebé cebón, un bigote incipiente y un estado anímico de yoyó porque tenía las hormonas revolucionadas y no sabía cómo controlarlas. Paquita debió de comprender que no me iba demasiado bien. Me acogió bajo su ala, por no decir bajo su axila, ya que tenía la fastidiosa manía de apretarme contra ella —«¡Ven aquí, cariñito!», me decía— y a darme besos, sin segundas intenciones, que me incomodaban mucho, aunque reconozco que me encantaban.

Acabé por ir a diario a la furgoneta.

De la mañana a la noche, Paquita improvisaba pequeñas y eróticas coreografías pélvicas, mezcla de danza polinesia y oriental, mientras canturreaba los éxitos que iban sonando en la radio. Yo apretaba los labios y procuraba mostrarme indiferente a sus contoneos ya que, al contrario que ella, había dejado atrás la inocencia.

Nassar se deslomaba currando por entonces. Madrugaba para acudir a su primer trabajo, que terminaba bastante temprano. Después se cambiaba, dejaba el mono en la parte de atrás de la furgoneta y se iba a hacer las compras con la cesta colgando del brazo. Más tarde llevaba las cuentas del negocio en un cuaderno Clairefontaine sentado en un taburete, cerca de su Paquita. O si no, leía un libro instalado en el

asiento delantero mientras escuchaba a Slimane Azem cantar «Argelia, mi precioso país» en cabilio, porque lo hablaba perfectamente.

Nitni ttrun ma d nek h'eznegh
mi d-nemsefr'aq ddjigh-ten din.
Amzun d lmut ay mmutegh
mi yi-d-ih'err' lebh'er' akkin.

Desde aquí vuelvo a ver mi ciudad
y a todos mis seres queridos.
Este es el paisaje
que más me gusta del mundo…

De vez en cuando, se levantaba y estrechaba a su chica entre los brazos o, si no, era ella la que se inclinaba sobre él y le daba un besito de enamorada que lo dejaba untado de carmín. No los he visto discutir en veinte años.

Yo, según salía de clase, lanzaba la cartera junto la rueda de mi Chappy, que aparcaba siempre al lado de la furgoneta, y acto seguido me acodaba en el mostrador. Podía quedarme allí, sin moverme, más de una hora, con la mirada perdida y una sonrisa bobalicona, colocándome con el olor de la mantequilla fundida y del chocolate caliente. Tenía menos energía que una boa haciendo la digestión.

Paquita me bombardeaba con preguntas maternales: «¿Cómo ha ido el día?, ¿Te han dado las notas?, ¿Tienes deberes?». Yo me inventaba las calificaciones, y ella se quedaba satisfecha y me dejaba tranquilo.

Me contaba su vida y siempre reía, todo lo contrario de mi tía, con sus silencios y sus quejas, siempre descontenta.

Pedía a Paquita un crep de chantillí y Nutella y me hacía dos, sin preocuparse por mis lorzas, que ella llamaba «adorables rollitos». Por mucho que protestaba con la boca pequeña, me la cerraba diciendo: «¡A tu edad hay que comer!».

Con Nassardine no charlaba demasiado, pero me sentía más cercano a él que a mi padre durante los doce años que lo traté.

Me enseñaba a contar en árabe —*wahèd, a tneyne, tlèta, a rabha…*—

y me prestaba sus libros de viajes.

—Vuestra furgoneta era el único sitio sobre la faz de la tierra donde me sentía a salvo de todo, donde me olvidaba de la cuenta atrás.

Nassardine se suena. Se seca una lágrima.

Dice:

—Es ese nuevo tabaco… No sé lo que le ponen que me da alergia.

Nassardine no hablaba mucho de él. No por vergüenza, sino por modestia, ya que ni por un instante se planteaba que pudiera interesar a alguien.

Sin embargo, yo lo encontraba apasionante. Era el primer extranjero que conocía, el único con el que podía conversar. Tenía diecisiete años y nunca había salido de mi país, ni siquiera de mi región… ni de mi provincia. Quería saber todo sobre él porque venía de otro mundo que estaba muy muy lejos del mío. Lo machacaba a preguntas, y él se dejaba, paciente.

Llegó a Francia con apenas diecinueve años. En Argelia quedaron sus padres, sus cuatro hermanos y hermanas pequeños, así como la prima Dalila, a la que lo habían asignado para más tarde. Había abandonado su pueblucho, las casas de adobe y los rebaños de cabras. Sus palabras se transformaban en imágenes, y yo creía ver el desierto vasto y resplandeciente, sentía el calor, la sequedad del aire, las tormentas de arena. Me hablaba de esos diluvios brutales que inundan los *uadis* y arrasan las casas, y me arrastraba al oírlo con esos torrentes de lodo. Nassardine me fascinaba. Toda su infancia derrochaba exotismo, sus vivencias eran mucho mejores que las mías. Me habría encantado tener sus ojos oscuros, su piel morena, y hablar esa lengua suya que yo pronunciaba tan mal.

Cuando Nassar vino a Francia, en busca de trabajo, soltó su vieja maleta y nunca más la cogió. Pero tenía alma de nómada.

Los auténticos viajeros lo llevan en la sangre. Aunque se establezcan en un lugar y ya no vayan a ninguna parte, siempre conservan una puerta de embarque, un billete de ida para soñar. Todo lo que poseen cabe en dos baúles.

Nassardine no posee casi nada, aparte de su colección de guías de

viajes, que amplía poco a poco con libros nuevos sin deshacerse de los antiguos.

Tendría veintitrés o veinticuatro años cuando una chica que me había tomado por un poeta, a causa de mis gafas de miope y de mis greñas, me prestó un libro: *Novecento. La leyenda del pianista en el océano*, de Alessandro Baricco.

No recuerdo cómo era la chica ni cómo se llamaba, y no pude aprovecharme de su error para intentar seducirla.

Pero me encantó la historia de ese pianista que conocía el mundo de memoria sin haber salido nunca del barco en el que había nacido, simplemente porque sabía «leer a la gente», porque veía «las señales que la gente lleva encima: los lugares, los ruidos, los olores, su tierra, su historia…».

Mientras leía ese libro pensaba en Nassardine. En mi mente, el pianista tenía el pelo rizado y la cara de un viejo bereber con el mentón mal afeitado, como Nassar. Tocaba el piano con sus manos de obrero, con una taza de café especiado al lado del atril.

Y volvía a pensar en el día en que él me habló por primera vez de los viajes. Era un día de invierno tan frío como hoy. Yo tiritaba en mi chaqueta vaquera, que, como todo, me venía demasiado ajustada. Tenía los dedos tan helados que me dolieron cuando saqué del bolsillo las monedas con las que pagué mi crep de chocolate.

Nassardine me indicó que me acercara. Lo miré sin entender.

Fue a abrirme la puerta trasera y dijo:

—¡Sube!

Desde hacía varios meses iba casi a diario, y nunca antes me lo había propuesto. Obedecí y entré. Dentro hacía calor gracias a los fogones y al pequeño radiador instalado en la parte trasera de la furgo.

Jamás olvidaré ese momento. La furgoneta parecía mucho más grande desde el interior. Podía ver de cerca todo lo que ya conocía, los armarios, el frigorífico, los distintos utensilios, y también lo que

quedaba oculto a los clientes. Debajo del mostrador, por ejemplo, había más estanterías, una bolsa con trapos limpios, un pequeño fregadero, paquetes de servilletas de papel, la caja con el cambio. Encima del mostrador descubrí dos o tres estantes más, juntos, hechos a medida, y ordenadas en ellos una treintena de guías. Sobre la puerta trasera vi clavadas viejas fotos en blanco y negro, bastante amarillentas: un hombre vestido con una chilaba que sujetaba un asno con una soga; una anciana con la mirada sombría, severa, con un pañuelo bordado enmarcándole el rostro; una muchacha con los ojos negros; una familia agrupada, firmes todos, delante de una casa de adobe. También había un mapa de Argelia, y un narguile en un soporte sujeto mediante un tensor elástico a uno de los montantes de la puerta. Debajo del mostrador vi un taburete de madera con tres patas, y otro de formica con un cojín rosa lleno de corazones.

Y, colgados un poco por todos lados, peluches de colores vivos, tan feos como adorables.

Paquita fregaba los platos cantando a pleno pulmón con Patricia Kaas:

Il me dit que je suis belle
et qu'il n'attendait que moi.
Il me dit que je suis ce-e-elle
Juste faite pour ses bra-as.

Él me dice que soy guapa
y que soy la que estaba esperando.
Me dice que soy justo eeesa
que está hecha para sus braaazos.

Yo olía ese perfume suyo que incitaba a pecar. Había dejado bajo el armario sus zapatos de tacón rojos con lunares blancos y se había puesto unos calcetines gruesos de lana para trabajar que desentonaban con sus medias de leopardo y su minifalda de cuero negro.

Nassardine se sentó en el taburete de madera y me señaló con la barbilla el otro, y después a Paquita, que secaba una ensaladera.

—Cógelo. Nunca lo usa. No sabe estarse quieta.

Abrumado, atontado por el calor pero confortado, obedecí.

Jamás había estado tan cerca de ellos, físicamente. La proximidad los convertía a la vez en extraños e íntimos; no sabía cómo comportarme. Me quedé sentado con la espalda tiesa, sin atreverme a dar un bocado a mi crep ni a pronunciar una sola palabra.

—¿Te ha comido la lengua el gato, cariño? —terminó exclamando Paquita.

Carraspeé, busqué desesperadamente algo que decir y al final contesté con una pregunta estúpida:

—¿Hace mucho que tienen la furgo-pizza?

—Pronto hará veinte años. Y no es una furgo-pizza, es una furgoneta de creps —aclaró Nassardine y, guiñando un ojo, me señaló con el mentón el churrete de chocolate que goteaba sobre mi rodilla.

Balbuceé:

—¡Ah! A eso me refería. En fin… Es lo mismo, ¿no?

Paquita estalló en risas.

—Veo que no sabes mucho de creps… ¿Los horneas, como las pizzas? ¡No se te ocurra invitarme si los haces así!

Me puse rojo como un tomate, desde los dedos de los pies hasta el nacimiento del pelo.

Nassardine cambió de tema:

—¿Conoces Sierra Leona?

Dudé.

—¿Se refiere al nuevo coche de Ford?

Nassardine negó con la cabeza con aire desanimado. Señaló las rejas del instituto y dijo:

—Pero ¿qué aprendéis ahí dentro?

Para los demás, yo no sabía nada. Para mí, en cambio, y lo tenía claro, en el instituto no me enseñaban gran cosa.

Desde el comienzo del curso iba a clase con un bolígrafo negro y un único folio cuadriculado perforado. Cogía todos los apuntes del día en él, lo que me obligaba a resumir mucho y, por tanto, a desarrollar mi

capacidad de síntesis. Al final de la jornada hacía una bola con la hoja y la tiraba en la primera papelera que veía. Unos días antes, un profesor me había pillado in fraganti al abandonar el aula.

—¡Di Funto, entrégame ese papel ahora mismo!

Desplegó el folio, se dio cuenta de lo que era y después, con esa entonación dramática que los profes consideran intimidante y que solo hace troncharse de risa a los alumnos que los imitan, me preguntó:

—¿Y tu porvenir? ¿Es que no piensas en él?

Sonreí a mi pesar.

—Te crees muy listo, Di Funto. Pero ¿qué harás cuando tengas cuarenta años?

—Haré el muerto —respondí sin ironía alguna.

Me gané cuatro horas de castigo para el miércoles siguiente y aprendí una lección vital: no conviene decir la verdad.

Nassardine suspiró:

—Sierra Leona está en el oeste de África. Entre Guinea y Liberia.

Mi pinta de listillo lo había confundido, sin duda. Fue a buscar un mapa de África y trazó en él un círculo con el dedo, casi debajo de la gran joroba que hay a la izquierda del continente. Un círculo mordisqueado por el Atlántico.

—Vale —dije.

Deslizó el índice hacia el interior del círculo, arriba, más bien a la derecha. Dio tres o cuatro golpecitos en un lugar concreto.

—Y aquí está el monte Bintumani. Es el pico más alto del oeste de África.

—¿Cuánto mide?

—Mil novecientos cuarenta y cinco metros.

Hice una mueca.

—¡Ah! Como el monte Ventoux, más o menos.

Ese lo conocía porque había pasado cerca durante unas vacaciones, un verano.

Esbozó una sonrisa.

—¿Tú has estado? —quise saber.

—No.

—¿Irás?

—No.

—Entonces, ¿por qué mencionas ese monte?

Nassardine levantó los ojos al cielo y dijo:

—Si solo pudiéramos hablar de lo que realmente hemos visto, tú y yo no abriríamos la boca a menudo, ¿a que no?

Me miré las zapatillas. Siguió:

—Jamás he estado allí, y lo más probable es que nunca vaya a ningún lugar. Pero no importa.

Señaló todas sus guías y añadió:

—Todo lo que hay en estos libros sé que existe, y eso me basta para soñar. Además, al fin y cabo, podría ir a esos sitios si quisiera. Tengo toda la vida por delante.

—Y yo, ¿dónde tengo la vida? ¿Detrás? —soltó Paquita, que estaba sirviendo a un cliente—. ¡No pienses que te irás sin mí! ¿Nata, señor Barnier? Cinco francos cincuenta que hacen diez.

Yo también me dije que tenía la vida por delante. No por mucho tiempo, claro, pero justamente por esa razón me entraron ganas de disfrutarla a fondo.

Esa noche llegué a casa con tres guías bajo el brazo.

—¡Es verdad! —exclama emocionado Nassardine—. ¿Cuáles te presté?

—Una de Brasil, otra de Grecia y otra de la India.

—¿Hace casi veinte años de eso y todavía te acuerdas? ¡Tienes buena memoria, hijo mío!

Es cierto que tengo buena memoria, pero no merezco halagos por ello.

No la he usado con los recuerdos.

Que se prepare Phileas Fogg

En el instituto yo era el alumno que menos brillaba. Eso era lo único en lo que sobresalía. Y sin embargo, mi tía Victoria, empeñada en no darse cuenta, se empecinaba en que siguiera estudiando. Considerando mi limitada esperanza de vida y mis escasas aptitudes, yo no veía en qué iba a beneficiarme ser el cadáver más docto del cementerio. Pero mi tía, que era más persistente que un perro a la hora de soltar de sus fauces la pierna de un cartero, no daba su brazo a torcer:

—Deberías hacer una carrera. Inténtalo, al menos. Podría serte de utilidad. Nunca se sabe, mi pobrecito niño…

Seguramente era adivina.

Mi tía tenía ese complejo de las personas sin títulos universitarios que, sea cual sea su nivel de competencia, se sienten siempre como unos impostores a punto de ser descubiertos estén donde estén. Ella, que leía mucho y poseía una gran cultura, trabajaba desde hacía casi treinta años en el ministerio de Quejas y Reclamaciones, en uno de los puestos más bajos. Era la encargada de repartir a diario por todos los despachos el correo de la mañana. Dejaba las cartas nuevas debajo de las pilas de los días anteriores. Era un trabajo muy físico que no estaba exento de peligro, ya que las pilas eran tan altas que amenazaban con derrumbarse en cualquier momento.

Desde que me había sumergido en la lectura de las guías de Nassardine, por fin tenía un objetivo: quería dar la vuelta al mundo.

Ya me veía. Me iría hacia el este, como Phileas Fogg, para ganar una hora en cada huso horario y llegar tarde a mi muerte. Durante horas hacía conjeturas, me preguntaba si lograría arañar unos días de

vida en caso de dirigirme siempre hacia el sol naciente. Mejor incluso, ¿y si era capaz de remontar el tiempo de forma lo suficientemente sincrónica para evitar que me atrapara, como si surfeara sobre la cresta de una ola sin fin, y lograra hacer de mi vida un día sin mañana?

No, no funcionaba así. Me veía arrastrado hacia un final inevitable a la velocidad en que la Tierra gira sobre sí misma, a mil seiscientos kilómetros por hora, a todo trapo, y a la que orbita alrededor del Sol, unos treinta metros por segundo, en esta inexorable sucesión de semanas y meses contra los que nadie puede hacer nada. Tendría que resignarme a ver pasar las horas, a vivir la vida tan despacito como cae cada grano de un reloj de arena.

Al final, acepté la fecha de mi muerte, consolado por el hecho de que estaba aún lejana. Además, no era el único que tenía esa obligación, puesto que todos somos iguales en cuanto al destino… si es que podemos elegir el itinerario.

Pero había retenido tan poco de lo que enseñaban en el instituto que confundía los conceptos «duración» y «distancia». Teniendo en cuenta que lejos en el tiempo parece un poco menos grave, me decidí a morir lo más lejos (de mi casa) posible, y punto. Sin pararme a pensar que uno siempre va consigo, por más kilómetros que recorra en su vida.

A la hora de mi muerte, pues, yo estaría presente por fuerza.

Para viajar solo hace falta un poco de dinero.

De manera que, con un título de bachillerato por todo currículo, y gracias al enchufe de mi tía Victoria, me contrataron en el ministerio como funcionario de categoría C, en el nivel más bajo.

Hacía pocos meses que había cumplido dieciocho años cuando entré en el departamento de Gestión Preventiva de Accidentes Fortuitos, el GEPAF lo llamábamos familiarmente los de dentro.

Me asignaron a la sección de Archivos, un trabajo que no suscitaba mi interés. En realidad, nunca acabé de entender en qué consistía. Supongo que hay muchos en la misma situación, sobre todo en los ministerios. Al principio intenté averiguar de qué manera pueden gestionarse «preventivamente» los accidentes «fortuitos», que son, por definición, del todo imprevisibles. Pero ante las respuestas opacas y las miradas desganadas que recibía, preferí renunciar, por prudencia.

Durante meses me conformé con seguir las normas establecidas: entrada a las 9.30, café hasta las 10.00, trabajo (?), hora de descanso para comer de 12.30 a 13.30, trabajo (?), pausa para tomar un café de 16.00 a 16.25. Los días fluían como el agua, incoloros, inodoros, totalmente insípidos. Me sometía al lento desgaste de los empleados de despacho y, como ellos, me acostumbré a contemplar desde entonces el mundo que me rodeaba con una mirada más apagada que la de un pescado podrido.

A las 16.45, después de guardar mis sudokus y cerrar el correo y mis páginas de internet, descolgaba mi teléfono para que no me importunaran, lo que, ahora que lo pienso, era absurdo porque nadie me llamaba. Después, a las 17.10, salía del despacho, bajaba y decía

adiós a los compañeros, y estaba en la verja a las 17.30, hora de mi salida.

Trabajaba en el último piso, extraña ubicación para una sección de Archivos. Por una de esas incongruencias que tiene la administración pública cuya motivación solo esta conoce, el resto del departamento se encontraba en el tercero. Yo era el único en ascender, por tanto; entiéndaseme.

Al llegar a la octava planta, la puerta del ascensor se abría con un gemido en medio de un largo pasillo desierto, iluminado por tubos fluorescentes mortecinos. A ambos lados había una sucesión de despachos vacíos. El mío se hallaba en el fondo, a la izquierda. Desganado, me dirigía a él con el eco de mis pasos pisándome los talones, como en el interior de una iglesia. Tanto era así, que a veces me daba la vuelta pensando que me seguían.

Toda la planta estaba climatizada a la vieja usanza, frío en invierno y calor en verano, lo que permitía vivir en buena armonía con el círculo eterno de las estaciones.

Habían tenido el detalle de poner en mi puerta mi nombre, escrito en una tira adhesiva de cinta Dymo, encima de una placa en la que podía leerse con letras grandes: ARCHIVO. Faltaba la S, pero se adivinaba su huella sobre restos de pegamento negruzco y polvoriento. Este detalle me hacía pensar a menudo en el doctor Petiot, el famoso matasanos (no ironizo) que falsificaba sus credenciales anunciando que había sido «médico interno» en varios hospitales franceses, ocultando que había sido, también, un «interno».

ARCHIVO… Era leerlo junto a mi apellido, Di Funto, y pensar en que yo también acabaría «archivado», y antes de llegar a viejo.

El mío era un despacho luminoso, gracias a un ventanal que ofrecía unas vistas espléndidas de los tejados de la ciudad. Disponía en él de una mesa metálica provista de dos cajones, de los que no tenía la llave. Sobre ella estaba el teléfono, así como un surtido de bolígrafos Bic chupeteados, una caja con sujetapapeles y gomas elásticas, una regla de cálculos, que no usaba, y un gran calendario del año anterior.

Frente a ella estaba mi sillón con ruedas, y al otro lado, dos sillas para las visitas. Había además una gran mesa de reuniones que no solo servía para eso, y sobre la misma una cafetera que nadie usaba y una planta de plástico hecha un asco. Compré con dinero de mi propio bolsillo un hervidor de agua para ahogar mis penas en café soluble, para intentar olvidar.

El baño estaba en el otro extremo del pasillo y la puerta no se cerraba. Alguien —supongo que uno de mis predecesores— había grabado con un objeto afilado: «A la mierda con la administración». Qué mejor lugar para semejante declaración de principios.

Había en mi despacho en total, y para todo, tres altos archivadores metálicos de acero gris con los cantos oxidados, rotulados: «Casos conflictivos», «Expedientes en curso» y «Asuntos clasificados».

Los dos primeros estaban vacíos.

El último no me incumbía.

La guía «acabamundos»

Al cabo de unas semanas empecé a fingir que trabajaba, igual que había hecho en el instituto. En cuanto no podía más —es decir, menos de una hora después de empezar mi jornada laboral—, me ponía bajo el brazo un fajo de documentos, entraba en el ascensor y salía del edificio dando zancadas enérgicas y mirando mi reloj con aire preocupado. Siempre me cruzaba en el patio con algunos compañeros que en ese momento alimentaban su cáncer de pulmón. Los saludaba con la mano sin aflojar el paso. Respiraba ruidosamente al tiempo que sacudía la cabeza como si estuviera desbordado de tareas.

Nadie, nunca, me preguntó adónde iba. Carecía de importancia. Podía ir y venir —e, incluso, no venir—; formaba parte del oficio. Diré más: este me había fagocitado, digerido y asimilado, me había vaciado de mi sustancia.

Y era, pues, transparente.

El primer día que me ausenté sin motivo de mi puesto solo estuve fuera diez minutos, durante los cuales miré mi reloj algo así como seiscientas veces. Regresé con paso ligero, avergonzado y confuso como el cuervo de la fábula de La Fontaine después de que el zorro le arrebatara su queso, listo para jurar que jamás volvería a hacerlo. Sin embargo, pronto alargué mis «recreos» progresivamente, de tal modo que terminé por estar presente en mi despacho tan solo a la hora de la entrada y a la de la salida. Eso sí, era puntual como el que más, un empleado ejemplar. Confieso que, salvo cuando hacía mal tiempo y me quedaba leyendo mis libros de viajes o navegando por internet, me largaba a pasear un cuarto de hora después de haber llegado. Me daba igual si me cruzaba con alguno de mis compañeros, pues estaba segurísimo de que ninguno de ellos me habría reconocido.

Algunos días incluso me acercaba a la furgoneta para comer un crep. Me inventaba una cita o alegaba que estábamos de huelga en el departamento. Paquita y Nassar, que ignoraban lo que era «hacer vacaciones», habrían sido incapaces de entender el sentido de mis «momentos de asueto».

Hay quien considera que el trabajo es sagrado. Bien por ellos, pues; allá cada cual con su religión. Soy una persona muy tolerante.

El resto de mi tiempo iba al cine o a las librerías, curioseaba en algún museo o en una sala de exposiciones, o bien me iba de tiendas. Sin embargo, por más que hiciera, estaba más aburrido que un chucho sin sus pulgas. Nada me entretenía en realidad. Quisiera o no, incluso sin calendario, tachaba cada día en mi cabeza. En alguna parte de mí, Morty el Condenado solo pensaba en su fecha de expiración.

Todo a mi alrededor debería haberme impelido a moverme, a darme el piro y disfrutar de cada minuto como si fuera un tesoro, pero no, hacía lo que hacemos todos, perdía el tiempo en naderías y encima me lamentaba de ver que se me escapaba.

Vivía atrapado en una sala de espera, obsesionado con mi trigésimo sexto cumpleaños.

Comencé a viajar, no por placer sino por tratar de seguir el guion de la peli que imaginaba cuando era más joven, una en la que recorría el mundo con mi pasaporte y un cepillo de dientes.

Cogía el avión cagado de miedo, forrado de pólizas de seguros de las de «por si acaso», con la maleta repleta de medicamentos diversos y de manuales francés-*extranjero* de los que me sabía al dedillo las frases esenciales: «Estoy enfermo», «Me duele la cabeza/la barriga, aquí/más arriba/más abajo/a la izquierda/a la derecha», «Necesito un doctor», «¿Dónde está la comisaría/el hospital más cercano?», «Me han robado la maleta/los documentos/el dinero», «Déjeme salir», «Quiero hablar con un abogado».

Sin embargo, puesto que conocía el día exacto de mi muerte, ahora pienso que debería haberme ido silbando, sin ponerme ni una vacuna y con las manos en los bolsillos.

A mi vuelta, contaba a los compañeros de curro que el viaje había sido fabuloso, exótico. Me forzaba a mostrarme entusiasmado, y algunos me tomaban por un tipo aventurero cuando, en el fondo, era un gallina. Pero solo yo sabía cuánto me había costado salir de mi gallinero. ¿Y todo por qué? ¿Para creerme que existía? Si ese era el objetivo, no lo había alcanzado. De hecho, por más que me empecinara en viajar y viajar, el momento más emocionante para mí era siempre el maravilloso instante del regreso, cuando ponía el pie en un aeropuerto francés.

A la única persona a la que no engañaba era a Nassardine. Sabía leer en mis ojos y reconocía en ellos el rastro, aún reciente, del miedo a lo desconocido, magnificado por la soledad.

Así que no fantasmeaba cuando hablaba con él. Habría sido inútil. Sacaba su atlas y decía:

—¿Por dónde has pasado?

Trazaba para él rutas invisibles y, de repente, veía ese brillo en su mirada. Me hacía algunas preguntas precisas, se ilusionaba como un niño, y yo revivía mi viaje al calor de su entusiasmo, era él quien lo hacía bonito. Me daban ganas de irme de nuevo. Pero en cuanto me embarcaba en el siguiente, me sentía muy solo, muy lejos, muy nada.

«Me duele aquí/más arriba/más abajo», «¿Dónde está la comisaría/el hospital más cercano?», «Me han robado la maleta/los documentos…»

Acabé concluyendo, si bien un poco demasiado tarde, que, simplemente, no estaba hecho para vivir solo.

Conocí a Jasmine no mucho después.

—¡Ah, Jasmine…! —evoca Nassardine con un suspiro mientras junta los dedos, se los acerca a los labios y se besa las yemas.

Lo que merece un paréntesis.

¡AH, JASMINE…!

(paréntesis)

Sucedió un 8 de julio.

Días como ese son hitos; hacen que hables de un «después de» y un «antes de». Son jalones. Son boyas, balizas, faros.

Yo estaba soltero. O, más exactamente, acababan de dejarme plantado. Eso me pasaba siempre. Desde que el día de mi decimoctavo cumpleaños tomé la solemne decisión de no vivir en pareja, jamás, no había vuelto a enamorarme. Por lo visto, ese lado mío reservado, reticente al compromiso, atraía mucho a las chicas. Asumían que no podían quedarse más de una noche en mi casa ni tener en ella el cepillo de dientes. Durante algunas semanas se conformaban, pero después, inevitablemente, llegaba el momento en que se proponían cambiarme, por mi bien. Estaban convencidas de que yo necesitaba una vida estable y, ¿por qué no?, un hogar lleno de niños. Temía ese momento, que anticipaba siempre la ruptura. No me veía explicando el trágico destino de los hombres de mi familia. Demasiado increíble y complicado. Ni siquiera buscaba pretextos tontos, había optado por callarme. Así, dependiendo del carácter de cada una, lloraban, se enfadaban, me ponían de vuelta y media, de forma consecutiva o simultánea. Y después me abandonaban, y me encontraba de nuevo solo.

Vivía esos placajes como un jugador de rugby: me resultaban dolorosos, pero no me dejaban secuelas graves.

Nunca había estado enamorado de verdad.

En aquel entonces tenía treinta y dos años y cinco kilos de más. Por fin había renunciado a peinarme como un perro puli, el único del mundo que se cree Bob Marley. Ahora me afeitaba a diario, llevaba el pelo corto, compraba muebles chulos pero que durasen e iba al trabajo en bicicleta eléctrica.

Ya era un prejubilado.

Había retrasado día tras día mis proyectos de viaje; no tenía dinero, tiempo, ánimo, ni ganas. Había empequeñecido mis sueños de grandeza; vegetaba en el ministerio. Yo, que había imaginado para mí una vida de gigante, «ese que eleva la frente al cielo y hunde sus pies en los dominios del Tártaro», era, en lugar de la doblemente soberbia encina de la fábula de La Fontaine, un bonsái en una jardinera.

Cada mañana, plantado delante del espejo, me informaba en voz alta del número de kilómetros que le quedaban a mi contador. Lo hacía para martirizarme, para… mortificarme, porque no soportaba mi falta de voluntad.

Ese día, ese 8 de julio, a las 8 horas, 15 minutos y 33 segundos, justo antes de afeitarme, me quedaban aún (o solo, según se mirara):

3 años, 7 meses, 7 días, 2 horas, 44 minutos y 27 segundos.

O si contaba de otro modo:

un total de 1.318 días
o un total de 32.944 horas
o un total de 1.976.640 minutos
o un total de 118.598.400 segundos

Pero, considerados así, son números variables. Sobre todo los segundos.

Así pues, era 8 de julio.

A pesar del tiempo desapacible, fui a tomar algo al bar La Cita, un garito que me gustaba y que se encontraba a cinco minutos del ministerio. Me senté a una mesa justo al lado de la cristalera de la fachada, con el agradable sonido de fondo del aguacero que por fin se había decidido a caer. Terminaba de escribir una falsa carta de reclamación al departamento de Peticiones y Solicitudes de Difícil Gestión, en el que había hecho algunas amistades de esas del trabajo que son tan genuinas como una hamburguesa con pretensiones de *haute cuisine*, pesada e insípida, aunque a veces suficiente para calmar el hambre.

Necesitaba distracciones, y había hecho de ese mi nuevo pasatiempo. Además, era una ocupación provechosa en otro sentido, y es que, si bien yo había optado por ir a pasear en mis horas de trabajo, mis compañeros del PSDG, sin duda más tímidos, se quedaban confinados como si fueran inmunodeficientes. Así que decidí darles un poco de entretenimiento. Con referencias inventadas, adornadas con copias de informes absurdos que aderezaba con un toque de locura para hacerlos creíbles, dirigía furibundas cartas a alguno de los tres auxiliares del departamento, esto es, a la atención del señor Daniel Chaudronnet, del señor Grégoire Blondin o del señor Baptiste Langlois.

Muy señor mío:

Me extraña a la par que me indigna constatar que su departamento aún no ha respondido a mi queja del [fecha completa], que registraron con el número [referencia]. En mi opinión, se trata de un asunto de tal urgencia y envergadura que merece resolverse con celeridad, como usted podrá confirmar por sí mismo consultando los documentos que obran en su poder (le adjunto el acuse de recibo n.º…), los cuales les remitió en su día mi abogado, el magistrado Prosper Lachaise, del Colegio de Abogados de Maimenont.

No obstante, mi reclamación de indemnización, debidamente argumentada, no ha motivado todavía ninguna acción por parte de su departamento…

De modo que les ruego por la presente (…) proceso (…) tribunal (…) perjuicio (…) dirigir (…)

Reciba un atento saludo de…

Me reía solo de mi propia broma cuando el camarero, que pasaba delante de mi mesa, llamó con la mano al propietario del bar y le señaló algo con el pulgar por encima de su hombro.

—Alguien debería decirle que ya está lloviendo, que no hace falta que se… ¡re-moje!

El jefe rio detrás del mostrador.

Miré hacia la calle. No había entendido el jueguecito de palabras. Lo que vi fue una chica que estaba sola bajo la lluvia, sentada a una mesa sin parasol.

Aún no sé por qué, me guardé los folios en el bolsillo, cogí mi taza y salí para acompañarla.

La chica que lloraba bajo la lluvia en la terraza

Era la chica más mojada que he visto en mi vida. Llevaba una especie de gorro de duende del que le sobresalía la melena, adherida en mechones a su rostro como colas de rata húmedas. Estaba llorando. Eso daba sentido a la broma del camarero, que ahora entendía yo, con retraso.

Lloraba con los ojos muy abiertos y le goteaba la nariz, pero no se la secaba. La camisa, que se le había pegado al cuerpo en plan concurso de camisetas mojadas, dejaba adivinar su sujetador, más decorativo que otra cosa, y de la falda, que era una segunda piel para sus muslos delgaduchos, le caían regueros de agua hasta los tobillos.

Menuda zozobra.

—¿Le ocurre algo? —pregunté.

Sin mirarme, contestó:

—No.

—Pues no lo parece —dije—. ¿Se ha dado cuenta de que llueve?

Movió arriba y abajo el mentón: «Sí».

Insistí:

—¿No prefiere resguardarse?

Como respuesta me miró con los ojos llenos de lágrimas y negó suavemente con la cabeza. Así que me quedé allí, bebiendo mi café aclarado por la lluvia y convirtiéndome poco a poco en fregona.

Oía las risas del camarero y su jefe en el bar, y casi notaba sobre nosotros las miradas intrigadas de los peatones que aceleraban el paso, protegidos por sus paraguas. Empezaba a sentirme ridículo. Al cabo de poco dije:

—¿Está segura de que no quiere entrar? Acabaremos empapados…

No respondió. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas sin cesar, y

cuando llegaban a su barbilla se precipitaban, gota a gota, sobre su falda.

Lloraba a mares.

«Otra chalada. No sé por qué, pero siempre me atraen», pensé.

Esa estaba más loca que una cabra, y estaba claro que no podía ayudarla. Pero soy curioso por naturaleza y no tenía nada mejor que hacer. Así que decidí quedarme y ver lo que pasaba. ¿Qué perdía? Mi carta podía esperar. Estábamos en julio, no hacía frío, no moriría de una pulmonía. En todo caso, no antes de 3 años, 7 meses, 7 días, 2 horas, etcétera.

De repente, la chica murmuró:

—¿Estaban bien?

—¿Cómo…?

—Las lágrimas, ¿me han salido bien?

No lloraba. Había fingido. Me sentí molesto. Pensé en el camarero, en el jefe, en los clientes, en los peatones, en todos aquellos que se habrían burlado de mí por estar sentado como un tonto bajo el aguacero, con las gafas empañadas y más empapado de lluvia que un *hooligan* de cerveza después de una derrota.

Le pregunté si encontraba divertido reírse de la gente.

Me miró sorprendida.

—No me río, entreno. Es preciso que la gente lo crea.

Había dicho «Es preciso que la gente lo crea» en un tono trascendental, del mismo modo que habría dicho «Tengo que salvar el mundo» o «Si no apagamos ese fuego, todo el edificio colapsará».

—¡Yo no me lo he creído ni por un segundo! —repliqué como un crío.

Me miró sin alzar la cabeza durante un instante.

—¡Sí, estoy segura de que sí! —respondió enseguida—. Prueba de ello es que se ha quedado aquí, conmigo.

Quise asegurarle lo contrario, y fue entonces cuando me sonrió.

—¡Vale! —dije vencido—. Vale, me lo he creído, es cierto.

Aún estaban intactas las dos bebidas que ella había pedido, una Schweppes y una horchata, las dos más asquerosas del mundo, si se me permite dar mi opinión. Las mezcló y bebió dos sorbos. Le miré los

labios y me dije que si la besaba en la boca en ese momento tendría ese sabor a almendra amarga que tanto me repugnaba y que no me agradaría.

Y justo después pensé que no había ninguna razón para besarla. Nada me gustaba de ella, ni de lejos ni de cerca.

Aparte de su boca, quizá.

Se secó los ojos, pero como si no lo hubiera hecho, tal era el diluvio que estaba cayendo. Aún le goteaba la nariz, así que rebusqué en mis bolsillos pensando en que a lo mejor llevaba un pañuelo de papel, sin éxito.

—No se mueva, ¡ahora mismo vuelvo! —dije.

Fui a pedir unas servilletas al dueño del bar, y este me las lanzó con una mueca como si estuviera obligándolo a vender su negocio. Siempre he odiado a los tacaños, a los ratas.

Señaló a la chica con un gesto de la cabeza y esbozó una sonrisa burlona.

—Está jodida, ¿eh?

—Acaba de perder a su familia en un accidente de avión —respondí.

—Vaya… ¡Mierda!

—Y, para colmo, se ha contagiado de lepra en la India.

El jefe miró al camarero, quien corrió a lavarse las manos.

—No es tan contagioso como parece —advertí.

—Ya, aun así… —dijo el jefe en un tono preocupado—. Dany, luego tira su vaso a la basura. No quiero correr riesgos con los otros clientes.

—Lo comprendo —afirmé—. Yo cogí así un herpes, y me costó librarme de él.

El jefe tragó saliva, y le ofrecí mi sonrisa angelical.

Cuando salí del local, la chica ya no estaba. La busqué con la mirada y la descubrí al final de la avenida. Corrí bajo la lluvia y la alcancé doscientos metros más allá. Caminaba con grandes pasos. Sin aliento, le tendí las servilletas de papel transformadas en esponjas. La chica las cogió sin mirarlas y se las metió en el bolsillo. Dijo:

—No dispongo de mucho tiempo. Tengo que irme. Puedes venir si te apetece.

Reparé en que me tuteaba, le respondí que sí y le pregunté cómo se llamaba.

—Jasmine. ¿Y tú?

—Mortimer.

Quiso saber si era inglés, le contesté que no y, acto seguido, se me ocurrió que estaría bien explicarle la historia de los nombres que empezaban por Mor en mi familia. La encontró espeluznante. No le quité razón. Añadí que me llamaban Morty, y aunque no hizo comentarios, tuve la sensación de que empeoraba mi situación.

Para cambiar de tema le pregunté:

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco. ¿Y tú?

—Treinta y dos.

Casi corría para seguirla.

—¿Eres actriz? ¿Ensayabas una escena?

—No. Bueno, sí. Pero en realidad, no… Hago eso para ayudar a la gente.

—¿Cómo…? ¿Los ayudas llorando en los bares?

—Sí. Bueno, no.

Se sorbió la nariz, buscó las servilletas en su bolsillo y se secó con ellas, arriesgándose a empeorar las cosas. Luego añadió:

—También soy peluquera de perros. Trabajo a media jornada. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Bah, a nada interesante.

Asintió con la cabeza como si estuviera bien no hacer nada interesante.

Le pregunté por qué hacía eso.

—¿Qué?

—Llorar bajo la lluvia en las terrazas de los bares.

Me dijo que era complicado explicármelo, pero que si estaba intrigado podía quedarme a su lado «como observador». Me aclaró que no lloraba solamente bajo la lluvia, que también lo hacía los días radiantes. En ese instante un rayo de sol incidió en la acera; parecía un milagro.

Durante un rato caminamos con paso ligero, y luego Jasmine aminoró la marcha. Dudaba, se paraba, echaba a andar de nuevo, daba media vuelta, enfilaba otra avenida. Parecía perdida. De repente se detuvo con la expresión de un perro de caza que acabara de encontrar el rastro de su presa. Seguí su mirada al otro lado de la calle. Edificios, tiendas, peatones, coches. Nada particular. Me dijo:

—No te muevas, ¿vale?

Inspiró profundamente y cruzó la calzada en diagonal. Al llegar a la acera de enfrente fue hacia la izquierda, en dirección a una agencia de viajes a cuya puerta había una mujer de unos cuarenta años. Fumaba con nerviosismo, pegada a la pared y con la cabeza gacha, y, a pesar de la distancia, me pareció que estaba disgustada. Jasmine pasó a su lado sin mirarla, despacio y con aire ausente. La mujer le echó un vistazo. Jasmine se dejó caer sobre un banco unos metros más allá y se puso a llorar con la cara entre las manos. La mujer la miró varias veces, incómoda, como si dudara qué hacer. Al cabo tiró el cigarrillo, irguió la espalda y se dirigió hacia Jasmine. Le hizo una pregunta, y Jasmine, alzando la cara hacia ella, le contestó con unas pocas palabras. Veía la escena sin sonido, la imagen entrecortada por el paso de los coches. La mujer se sentó al lado de Jasmine y trató de confortarla hablándole. Jasmine movía la cabeza como si aceptara sus consejos. Al final se levantaron, la mujer la rodeó con un brazo para estrecharla contra su cuerpo con fuerza, y Jasmine se fue con un andar más firme. La mujer la observó mientras se alejaba, y vi que sonreía.

Empujó la puerta de la agencia y entró, después de echar una última mirada a Jasmine.

Seguí a Jasmine de lejos. Apenas dobló la esquina, volvió a caminar con tal energía que casi renuncié a alcanzarla. Justo cuando iba a desistir porque estaba harto, y porque el tiempo se me había echado encima y tenía otras cosas que hacer, entró en un Starbucks. Yo también.

Estaba pidiendo un *cheesecake* cuando me planté a su lado. Me sonrió y me dijo:

—¿Has visto?

—¿Qué? —le gruñí—. ¿A qué ha venido hacer ese teatro?

Jasmine levantó una ceja.

—¿Qué teatro? No hago teatro. Percibo cuando alguien no está bien y lo ayudo haciendo que desee echarme un cable.

Cogió su bandeja y fue a sentarse a una mesa del fondo del local. La seguí repitiendo tras ella, perplejo:

—¡¿Ayudas a los demás haciendo que quieran ayudarte a ti?!

—Eso es. Después se sienten mejor.

Cogió un trozo de *cheesecake* con la cuchara y lo saboreó con los ojos entrecerrados, con devoción, con el placer de un gato que ronronea.

Dijo:

—Cuando te quedaste conmigo bajo la lluvia hace un rato, ¿no tenías la impresión de que eras buena persona?

No iba a darle el gusto de reconocerlo, pero tenía razón.

Me había sentido servicial, diferente del camarero y del dueño del bar. Mucho mejor persona que ellos, a decir verdad.

—¿Eres de una secta? —dije desconfiado.

Ella rompió a reír.

Jasmine me contó en pocas palabras de dónde le venía esa manía de ayudar a la gente sin decírselo. Cuando era adolescente, una mañana un crío que estaba sentado a su lado en la parada del autobús sufrió un ataque de epilepsia. Mientras la escuchaba, me dio la impresión de que por entonces las cosas no le iban demasiado bien. Me lo explicaba sin incidir en ello, sin enfatizarlo.

Había visto dos días antes un programa en la tele en el que se explicaba qué hacer en esos casos. Sin ponerse nerviosa, ayudó al crío a tumbarse de lado, le colocó la chaqueta a modo de almohada bajo la cabeza y esperó junto a él la llegada de la ambulancia.

—No es que hiciera mucho por ese crío, pero me sentí bien el resto del día.

Se preguntó entonces si el simple hecho de preocuparse por los demás bastaba para subirle a uno la moral. Era una teoría interesante, pero debía corroborarla. La idea caló en ella y, unos días más tarde, se sentó en un banco y se puso a llorar. Tal cual. Solo para ver qué pasaba.

—¿Y qué pasó?

—Pues que funcionó enseguida.

—¿A qué te refieres?

—Un tipo se acercó a preguntarme qué me ocurría.

Jasmine añadió que le había extrañado porque estaba convencida de que cada cual vivía en su burbuja sin que le importase lo que le sucedía al prójimo.

—Pero no es así. La gente no es indiferente. No todos. Cuando me pongo a llorar siempre hay alguien que me ve y viene.

Su reflexión me hizo recordar ese pasaje de *Novecento. La leyenda del pianista en el océano*, cuando, al comienzo del libro, el narrador

explica lo que le sucede a quien ve América por primera vez en medio de la muchedumbre congregada en la cubierta del barco:

> Siempre pasaba lo mismo: en un momento u otro, alguien levantaba la cabeza… y la veía. Es algo difícil de comprender. Es decir… Éramos más de mil en aquel barco, entre los ricachones de viaje, y los emigrantes, y la gente rara, y nosotros… Y, sin embargo, siempre había uno, uno solo, uno que era el primero… en verla. Quizá estaba allí comiendo, o simplemente paseando en el puente…, quizá estaba allí colocándose bien los pantalones…, levantaba la cabeza un instante, echaba un vistazo sobre al mar… y la veía. Entonces se quedaba inmóvil donde se encontraba, el corazón le estallaba en mil pedazos, y siempre, todas las malditas veces, lo juro, se volvía hacia nosotros, hacia el barco, hacia todos, y gritaba (suave y lentamente): América. Después permanecía allí, quieto, como si tuviera que salir en una fotografía, con cara de haber hecho a América él mismo.

Me imaginaba a Jasmine sentada en un banco en medio de una acera, llorando, igual que cuando, hacía un rato, la había visto por primera vez.

Me parecía estar contemplando a la muchedumbre que, densa, se separaba delante de ella y se cerraba acto seguido como las aguas de un torrente cuando encuentran una piedra en su camino. Era la niña con el abrigo rojo de *La Lista de Schindler*. El único ser de color entre tanto blanco y negro. Y alguien la veía, siempre. Era verdad, yo podía atestiguarlo. El camarero la había visto. Yo la había visto también. Salí bajo la lluvia sin saber qué podía decirle, pero me quedé a su lado, inmóvil, poniendo, sin duda, la misma cara que el emigrante en la novela de Baricco.

Porque Jasmine era capaz de convencer a tipos como yo de que era América.

La historia de Jasmine era muy bonita. Pero el milagro funcionaba solo para ella. De haberme puesto a llorar yo en plena calle, ¿quién se habría detenido junto a mí? Nadie, evidentemente. Desde hacía meses me ausentaba del despacho cada día y ni una sola vez alguien me preguntó adónde iba ni por qué aunque se hubiera fijado en que abandonaba el edificio y atravesaba la explanada. Todo el mundo pasaba.

Podía sentarme en un banco durante media vida y anegarme en llanto que ni un solo peatón me prestaría atención. Me desharía en lágrimas hasta vaciarme, hasta quedarme seco, y nada. Eso solo funcionaba con las chicas como Jasmine, que, aunque no podía decirse que fuera guapa —no, realmente no—, era entrañable, enternecedora, con sus labios rojos, sus hoyuelos. No, no funcionaría con un gafotas de treinta y dos años como yo.

Por más que Jasmine estuviera convencida de lo contrario, se equivocaba, era una ilusa respecto de la humanidad de los seres humanos; no somos compasivos ni altruistas.

No se puede establecer una ley general a partir de un solo caso. Lo siento, pero no.

Debería haberme levantado de mi silla y largado, dejarla y retomar el curso de mi vida. Sin embargo, necesitaba comprender las motivaciones de Jasmine. Quería llegar al fondo del asunto, hasta cabrearme, hasta convencerme de que era una estúpida y me había hecho perder el tiempo.

—¿Qué les cuentas cuando se acercan a consolarte?

—Depende. Voy cambiando de historia.

—Entonces le echas imaginación…

—No me hace falta. Es fácil; son ellos quienes, con solo mirarlos, me indican qué tienen ganas de oír. Yo me limito a llorar, eso es todo. Ellos hacen el resto.

Hablaba como un timador experto con mirada de niña angelical.

—¿Y qué ganas con ello? —dije.

—Nada. A veces alguien quiere darme algo, pero no lo acepto, salvo si me parece que esa persona necesita que me lo quede para sentirse mejor.

Jasmine me enseñó una pequeña medalla azul con una Virgen que llevaba al cuello.

—Me la regaló una anciana a principios de año. Me contó que era de su hija y aseguró que me daría buena suerte. Era un recuerdo muy querido para ella, me di cuenta. Sentí que debía aceptarla, que la complacería. Me parece horrible, pero la conservo. —Se echó a reír—. ¿A que es horrorosa?

Se dio un tirón del cuello de la camiseta para volver a guardarse la medalla. Vi el pequeño hueco de sus clavículas, el esbozo de sus pechos y un lunar marrón. Ni su actitud ni sus gestos eran seductores, calculados, y yo intuía que esa naturalidad significaba que no estaba interesada en mí, que no le gustaba. No sé por qué, eso me molestó. Eso y todo lo demás: su encantadora locura, su ingenuidad desesperante, su ridículo gorro… Y su nariz. Le goteaba de nuevo, y se la secaba de vez en cuando con las servilletas húmedas.

Esa chica era un trocito de papel de aluminio entre dos empastes dentales, un fino pero puñetero corte en la yema de un dedo, una grieta en los labios que se te abre al reír. Algo insignificante que puede fastidiarte muchísimo.

Me dieron ganas de zarandearla, de soltarle un par de guantazos, de arañarle.

—Haces creer a la gente cosas que no son. Les das la impresión de que te han hecho un favor, pero en el fondo no los necesitas, te burlas de ellos.

—¡Claro que no!

—Claro que sí. Finges, los manipulas. Juegas con sus sentimientos. Me parece lamentable —dije, y me quedé corto por no mostrarme grosero.

Pobre chica. Debía de tener una vida miserable para perder su tiempo así.

Jasmine parecía decepcionada.

—No, no es como lo cuentas. ¡Tú no lo entiendes! Hay muchas personas a las que nunca habla nadie, que tienen la impresión de no servir para nada. Yo las ayudo a quererse un poco más, eso es todo.

—Ah, vale… Así que, en realidad, lo tuyo es salvar el mundo, ¿eh? Estás convencida de que si la gente viene a consolarte, su ánimo se disparará hasta las nubes.

Jasmine sonrió.

—Sí.

—¡Por supuesto! —me burlé.

—¡Funciona! Estoy convencida. Me pasó con aquel niño que tuvo el ataque de epilepsia. Yo estaba fatal antes de ayudarlo, y después me sentí genial durante todo el día. No dura mucho tiempo, lo reconozco. Pero… me digo que cada vez que sonreímos es algo ganado.

—¿Ganado a qué?

—No lo sé… ¿A los días en que no sonreímos?

Menuda chorrada.

Le solté que la felicidad no se acumulaba como si se tratara de monedas que vamos metiendo en una hucha, que no podíamos hacer acopio de ella para los días chungos futuros. Y añadí que esa terapia de buenas acciones no me convencía. Como idea era bonita, pero yo no creía en los milagros.

Por segunda vez, le pregunté qué ganaba llorando durante horas en la calle para dar lástima a la gente.

—Es que no entiendo cuál es tu interés —dije—. Por fuerza has de tener algún motivo para hacer algo así.

—Me gusta ver a la gente contenta.

Hice como que tocaba el violín. Me dedicó otra sonrisa. Y se levantó.

—Bueno, voy a peinar a mis perros, entro a las cuatro. Adiós.

Me besó en la mejilla y salió de la cafetería sin volverse.

Y justo entonces caí en la cuenta de dos cosas: de que no sabía su apellido y de que ya la echaba de menos.

Sesenta y siete establecimientos de peluquería canina.

Era espantoso el número de perros mal peinados que debía de haber en París. Tan espantoso como el número de horas de caminata y de viajar en transporte público que me esperaban si tenía que ir a todos esos salones, ¡sesenta y siete!, hasta dar con Jasmine. Y no sabía cómo reaccionaría yo, ni ella, si nos encontráramos frente a frente.

Ni siquiera estaba seguro de querer volver a verla. De quererlo hasta ese punto.

No, lo mejor sería que telefoneara a los establecimientos y tratara de localizarla, y luego averiguara cuándo exactamente enjabonaba y cepillaba a los chuchos. De ese modo me haría el encontradizo, como en las malas películas. Y quizá, cuando volviera a verla, estaría cabreado por su culpa y, con un poco de suerte, la magia habría desaparecido.

Dediqué mi tiempo libre en el ministerio a llamar a todas y cada una de aquellas peluquerías para mascotas. Tenían unos nombres como para ponerse a aplaudir: El Perro con Botas, Como Perro y Gato, Pelachuchos… Una verdadera antología de la poesía canina.

Preguntaba siempre por Jasmine.

Y cuando me contestaban: «¿Quién?», colgaba decepcionado, aunque un poco aliviado también.

No tenía ningunas ganas de enamorarme. No había vuelto a pillarme por una tía desde que tenía quince años, y no había razón para que eso cambiara. Me quedaban menos de cuatro años por delante, es decir, casi nada; no era el momento de hacer proyectos. Y si encima, por desgracia, llegaba a quererla de verdad, tendría alguien a quien echar de menos, me aferraría a la vida, me negaría a irme al hoyo… y todo resultaría aún más difícil.

Así que no.

De todos modos, nada indicaba que yo le gustara a esa chica que estaba loca de atar y era demasiado joven para mí. Y no era guapa, me recordaba además. Su discursito de manual de autoayuda, su insufrible entusiasmo, sus ojos risueños, su radiante felicidad no estaban hechos para mí.

Había acabado por convertirme en un hombre cínico y anquilosado, había invertido treinta y dos años en alcanzar esa maravillosa meta. Era impensable cambiar.

Sesenta y siete establecimientos de peluquería canina, sesenta y siete fracasos. Ni rastro de Jasmine.

Me dije que me había contado una trola. No trabajaba en ningún sitio, simplemente se dejaba arrastrar por su delirio. En ese momento debía de estar, con su nariz enrojecida y sus ojos acuosos, en alguna parte de la ciudad, o de los alrededores.

Los alrededores. Eso era. Tenía que buscarla en la periferia. Pero era tan extensa que dar con Jasmine en las páginas amarillas era como tratar de encontrar una aguja en un pajar. En fin, era cuestión de tiempo.

Solo tardé tres días.

El establecimiento se llamaba Los Chuchos Teñidos y estaba a una media hora en metro de mi casa.

Una dulce voz femenina me respondió que Jasmine no se encontraba allí esa mañana, pero que trabajaba:

—… los lunes, martes y jueves de diez y media a siete y los miércoles a partir de las cuatro, y ya estáá, ¡muchas gracias!

Era miércoles.

Nunca había tenido tanta prisa por envejecer.

Sacrilegio y chihuahua

Los Chuchos Teñidos era exactamente un «salón de cuidados estéticos caninos», según su propietario, Fernando Bautista, y estaba decorado por completo en tonos malva y rosa.

La dulce voz femenina pertenecía al tal Fernando, un moreno bajito y más peludo que un osito de angora. Estaba sentado detrás de un mostrador lleno de juguetes para perros, productos de belleza canina y collares antipulgas con lentejuelas y cuentas de cristal de todos los colores. Anotaba las citas en un gran cuaderno malva con tapas de piel. Cuando le pregunté si Jasmine estaba allí, canturreó sin mirarme:

—¡Sí-sí-síii! ¿Tenía usted cita? ¿Para qué, para un cepillado, un *stripping*, un corte…?

Y sin esperar mi respuesta, llamó por encima de su hombro:

—¡Jasmine, es para tiii!

Después, siempre sin mirarme, señaló la sala de espera y añadió:

—Terminará dentro de poco. Aguarde allí, que Jasmine irá a buscarlo.

Obedecí y me senté en un incómodo sillón de escay rosa, al lado de una señora cubierta de joyas que susurraba a su perrito a la oreja, un chihuahua con los ojos más saltones que un cordero degollado.

La señora me miró con mucha simpatía. Viendo que no tenía un perro al lado me preguntó:

—¿Viene a buscar al suyo? Al mío siempre lo atiende Fatou. Solo la aguanta a ella, sobre todo cuando hay que aclararle las orejas. ¡Tiene un carácter…! ¿A que sí, a que tiene mucho carácter mi tesorito?

Para confirmar las palabras de su dueña, aquella cagarruta se puso a ladrarme con una voz insoportablemente aguda. Sonreí a la señora con un gesto comprensivo, cogí una revista y me puse a leer un

artículo apasionante sobre cómo eliminar el sarro de los perros sénior mientras silbaba *El Youki* de Richard Gotainer, un éxito ochentero de lo más oportuno.

En cuanto reparé en mi sacrilegio me callé, enseguida, lo que tuvo por efecto inmediato que no pudiera sacarme la dichosa cancioncita de la cabeza.

… À qui c'était les papattes poilues?
Et la queue-queue, hein, c'était à qui?
C'est à Youki la queue-queue qui remue…

… ¿De quién son las patitas peludas?
Y la colita, ¿eh, de quién es?
Es de Youki la colita que se mueve…

La puerta del establecimiento se abrió y entró un señor bastante mayor para pensar en una higiene bucal.

—¡Ah, llega justo a tiempo! —canturreó Fernando—. Está ya listo, iba a llamarlo ahora. ¡Fatou, el señor Bélanger viene a buscar a Flamenco!

Consultó sus fichas mordiéndose la uña del pulgar.

—¿Qué tenía hoy, a veeer? Flamenco… Flamenco… ¡Aquí está: Flamen-co! Arreglo y acondicionamiento del pelo, depilación de las orejas, limpieza dental, baño, secado y corte. Lo hemos terminado a tijera, antes de cepillarlo. ¡Ni se imagina cuánta falta le hacía! Sin embargo, no le hemos hecho las uñas, todavía las tenía cortas de la última vez.

Se volvió hacia las cabinas.

—¿Fatou? ¡¿Eh, Fatou?! ¡El señor Bélanger está esperando a Flamenco!

Una chica grandullona y apática apareció con un caniche blanco que tiraba de su correa y apestaba a piña y coco. Le habían rasurado el trasero, le habían dejado un gran pompón en el extremo de la cola y una crin de león. Aun así, él mismo se sabía ridículo, se lo noté claramente en la mirada humillada.

—¡Aquí estáá! —se maravilló el osito de angora—. ¿No le parece guapo?

—Increíble —magnificó el cliente—. ¡Solo vosotros lo tratáis tan bien!

… Le plus neuneu, hein, c'était qui?
C'est qui c'est qui le plus cucul des deux?

… El más tontito, ¿eh, quién es?
¿Quién es el más ñoño de los dos?

Fernando sacó pecho, tendió al señor Bélanger una bolsita de papel con el logo del establecimiento —un gran hueso sobre un fondo de hocicos perrunos— y le dijo en voz baja, como si fuera un secreto:

—Tenemos una línea nueva de productos para el cuidado de nuestros clientes de cuatro patas. Está hecha con frutos exóticos. Le he perfumado con ella a Flamenco, y le he puesto aquí unas muestras. Sí, sí, quiero que las pruebe. ¿Me dirá si le gustan? Serán… cuarenta y cinco euros.

El cliente se fue con su Pompadour, que levantó la pata y descargó su agobio contra la parte baja de la vitrina.

La señora dejó a su Youki en las manos expertas de Fatou, y Jasmine salió, por fin, de una de las cabinas de aseo. No se sorprendió al verme. Me miró y me dijo:

—¿Tienes perro?

—No.

La señora me lanzó una mirada reprobatoria. Me excusé con un gesto.

—Vale —continuó Jasmine—. Termino a las siete. ¿Vienes a buscarme?

Me pregunté si siempre lo daba todo por hecho.

Le contesté que sí.

Acabé en la cama de Jasmine en nuestra tercera cita. Sin embargo, no soy un chico tan fácil, por lo general.

Estuve de pena. Pero no intentó consolarme tontamente afirmando que esas cosas pasaban y que no era tan grave. Se limitó a besarme en la mejilla diciendo:

—Si no te importa, voy a dormir. Mañana he de levantarme pronto.

Pasé la noche arrinconado en la estrechez de su cama de noventa centímetros, sin atreverme a mover ni un dedo, mientras Jasmine, con la nariz en el hueco de mis pectorales, más mullidos que almohadas de plumas, roncaba bajito como un puchero de cocido hirviendo a fuego lento en la lumbre.

Jasmine vivía en un viejo y helado apartamento ubicado en un sexto sin ascensor, con vistas al patio de vecinos y al cuarto de las basuras y que apestaba a fritura desde el hueco de la escalera, lo que era un serio motivo de ruptura, como es de entender. A pesar de todo, volví la noche siguiente.

No pareció sorprendida.

Creo que pasó una semana hasta que conseguí hacerle el amor en serio y, aun así, al estilo de un húsar falto de entrenamiento. No pareció molestarle.

Me dije que era frígida. Lo que piensan todos los hombres cuando se muestran incompetentes.

En realidad, Jasmine era partidaria del vive y, sobre todo, deja vivir. Acabé por recuperar mis habilidades y descubrir las suyas, que eran muchas, y es que era un pozo de dulzura y de mimos.

Ignoraba si estaba enamorada de mí. Ahora me doy cuenta de que nunca quise plantearme siquiera esa pregunta. Ni planteársela a ella, porque me habría dado una respuesta que quizá no me habría gustado. Jasmine no era como las chicas con las que había salido antes. Al despedirnos, jamás me preguntaba cuándo volveríamos a

vernos. Si pasaba a buscarla, parecía contenta. Si no pasaba, no me pedía explicaciones. Nunca había conocido a alguien que fuera tan ella misma de una manera tan perseverante como poco molesta. Estaba a la vez aterrado y encantado con su franqueza a prueba de bombas. Encantado en el sentido de «colado».

No era el tipo de chica a quien puedes hacer preguntas comprometidas sobre ti mismo que requieran respuestas de las de quedar bien. Si le hubiera preguntado:

—¿Cómo me ves?

Me habría contestado:

—Gordo.

No lo habría dicho para molestarme, sino porque era la verdad y no le daba más importancia de la que tenía.

Nassardine se levanta para hacer su café. Repite con ternura:

—¡Ah, Jasmine…! Estaba como una cabra, pero ¡era exquisita!

«Exquisita.»

Hete aquí una bonita palabra que debió de inventarse justo para Jasmine. Habría más palabras, palabras antiguas que ahora están en desuso pero que le irían como anillo al dedo: pícara, diablilla, maliciosa, burlona.

Ni bella ni bonita, sino mucho más que eso.

Creo que me enamoré perdidamente de ella el día que se la presenté a Paquita y a Nassardine. Les gustó enseguida, y eso me convenció. Debo de ser una de esas personas inseguras que necesitan la aprobación de todo su entorno para autorizarse a amar con libertad.

La vieron llegar de lejos, con su look de Campanilla, su gorro de pompones y su colorido pantalón amplio y amorfo.

Ella les dijo que le encantaban los creps y les demostró que no bromeaba. Se comió dos Titanic (de timbal de patatas con queso y un plus de salchicha). Y los Titanic de Paquita no son creps para niñitas. Después, como dudaba entre un Perdición (de plátano con chocolate caliente, más bola de vainilla y galleta) y un Posesión (de caramelo con mantequilla salada, tarta Tatin de manzana y trozos de macarons), Paquita, impresionada por su talla 34 de preadolescente, le preguntó:

—¿Dónde metes todo eso?

Luego le advirtió:

—A ver si va a sentarte mal…

Y:

—¿No prefieres uno de azúcar para acabar con algo un poco más ligero?

—Vale, pero con mucha nata —respondió Jasmine—. Y también tomaré un café, si tienen.

Me estremecí: no había pensado en avisarla.

Demasiado tarde.

Nassardine, sonriente, se abalanzaba sobre la cacerola para poner a macerar su infame café especiado.

Pero Jasmine se bebió una taza entera sin hacer comentarios. Nassar y Paquita se miraron de reojo. Y leí en sus pupilas que esa chica era para mí.

Antes de conocer a Jasmine estaba firmemente decidido a respetar los compromisos que había adquirido conmigo mismo, que son casi siempre los más difíciles de cumplir: no viviría nunca en pareja.

Al menos, nunca todos los días.

Y, mira por dónde, de repente me había vuelto más maleable que una barra de mantequilla dejada fuera del frigorífico. Si Jasmine insistía un poco en instalarse en mi casa (o yo en la suya, qué más daba), me decía a mí mismo que a la porra con mis resoluciones, que solo los imbéciles no cambiaban de opinión. Pero Jasmine no insistía.

Se tomaba cada día como venía, sin hacerse preguntas inútiles. El futuro no le preocupaba lo más mínimo.

Continuaba yendo a llorar a la ciudad, a su ritmo, y yo la dejaba hacer. Era bueno para la mente, decía, ocuparse de los demás. Pero cuando trataba de llevarme a su terreno, yo echaba balones fuera contestando que sí, seguramente, un día, ya se vería, por qué no…

No lo pensaba ni por un instante. Lo encontraba absurdo. Y por más que Jasmine creía sin sombra de duda que la felicidad era una onda que se propagaba por difusión, no estaba convencido de su impacto beneficioso a escala planetaria.

Jasmine no era una persona interesada. En absoluto. Jamás le hablaba a nadie de lo que hacía, de sus encuentros humanitarios, salvo a mí, y porque yo la había visto en acción. Carecía de ese «buen corazón» de algunos que anuncian a los cuatro vientos cuán generosos son sus donativos, explicando con todo detalle lo que dan, a quién, cómo y cuándo.

Jasmine quería a la gente gratuitamente.

Cuando no empapaba pañuelos sentada en un banco o esquilaba a infelices chuchos, no le faltaban ocupaciones. El sábado por la noche era camarera en una cervecería alsaciana con el atuendo autóctono adecuado, esto es, camisa blanca, delantal negro y enagua escarlata y,

en la cabeza, una diadema negra con orejas de Mickey que no conseguía ridiculizarla. Los miércoles hacía de vendedora en una tienda *vintage* de ropa imposible de llevar, o sea, la que le gustaba a ella. Y una o dos noches al mes, en función de la programación, era acomodadora en un teatro. Entonces se ponía un vestido negro muy ajustado a sus estrechas caderas que la hacían parecer una vaina de vainilla, y nada más mirarla me daba hambre. Ella decía:

—¿Ves? ¡Me visto de Piaf!

Se reía y me cantaba *¿Para qué sirve el amor?* con su voz de pito, y yo me sentía enamorado hasta las trancas de ese gorrioncillo con pinta de chica que creía en la amabilidad, que comía semillas germinadas y *cheescake*, Nutella y hamburguesas de soja, y que se vestía como un duende recién llegado de la Luna.

Y el resto del tiempo que no me dedicaba hacía sombreros.

Había empezado a confeccionarlos porque no encontraba en ningún sitio los que le gustaban. No era de extrañar, en vista de los que hacía. Les añadía plumas, perlas, espejos, muelles, tornillos, llaves, trozos de cordel, muñequitos Playmobil, retazos de encaje y hasta pedazos de cajas metálicas delicadamente cortados, doblados, torcidos y pegados. Se convirtió en una pasión para Jasmine. Le gustaba trabajar por temas y poner nombre a cada una de sus creaciones. Tenía la serie «Mago de Oz» compuesta por: sombrero de león con crin y zarpas; sombrero de espantapájaros de paja con avecillas picoteándolo; sobrero de hombre de hojalata; sombrero de bruja del Oeste; sombrero de Dorothy, y más. También estaba la serie «Peter Pan», que incluía el sombrero Campanilla, el Peter y Wendy, el Isla de Nunca Jamás y el Cocodrilo Tic-Tac, adornado este con un gran reloj de bolsillo entre los dientes. Con todo, el más destacado era su Mary Sombreropoppins, tan vistoso como enrevesado, fabricado a partir de una pequeña sombrilla que Jasmine había transformado adecuadamente.

Por lo general, para mi tranquilidad, consideraba sus creaciones como prototipos y no se los ponía, sino que los dejaba apilados de cualquier modo sobre los muebles y las estanterías.

Era la reina de su pequeño universo bricolajero, ya que solía recoger de las basuras ajenas y comprar en los mercadillos de segunda mano

infinidad de tocados y gorritos antiguos, boinas, quepis, gorras y demás, así como restos de artículos de pasamanería —cordones, cintas, galones, flecos, borlas—, retazos de tela y botones. Todo lo guardaba, siguiendo un orden «lógico» personal, incomprensible para mí, en cajas de zapatos de todas las marcas y números, también recuperadas. A veces se iba a la caza del tesoro a las seis de la mañana, antes de que los camiones de la basura pasaran, y regresaba con los bolsillos a rebosar de maravillas tales como collares rotos, juguetes que nadie quería ya o flores artificiales. Podía pasarse horas reflexionando qué hacer con todas esas cosas. Yo la observaba, celoso de su pasión, pero también admirado.

Un día regaló a Paquita una de sus creaciones, especialmente concebida para ella, que había bautizado Nassarpaqui. A decir verdad, parecía un puf; Paquita, sin embargo, no se lo tomó a mal ni pensó que era una indirecta. Estaba hecho con tela con motivos de leopardo y retales de encaje rosa y azul, coronado con un pequeño narguile de plástico y adornado por todo el borde con zapatitos de muñecas Barbie y dromedarios plastificados que había recortado de carteles publicitarios de cigarrillos Camel. Paquita enrojeció de emoción al ver que le hacía un obsequio y palideció de inquietud al pensar que tendría que ponérselo. Aun así, se lo colocó en la cabeza con mucho cuidado y algo de miedo. Curiosamente, no le quedaba demasiado mal.

—Estás tan guapa como la reina de Inglaterra —dije.

—Siempre he tenido buena cabeza para los sombreros.

Le respondí que era mejor eso que tener buena cabeza con la que cebarse a bofetadas. Me miró frunciendo el ceño. Dibujé una sonrisa de oreja a oreja.

—Es cierto que no me sienta mal —confirmó Paquita mientras se miraba como bien podía en el pequeño espejo colgado en la furgoneta. Y añadió—: No estoy acostumbrada a verme así, pero reconozco que me da… estilo.

Se volvió entonces hacia Jasmine.

—Tienes talento, ¿lo sabes? ¿Por qué no los vendes?

—Paquita está en lo cierto: tienes buenas manos —superó el halago Nassardine.

Recuerdo que Jasmine se encogió de hombros y respondió, modesta:

—No, no… Solo son ideas que se me ocurren así de repente.

Jasmine y yo estábamos más irremediablemente alejados el uno del otro que la cara del uno y la del seis de un dado. Nunca hablaba de sí misma, de su infancia o de su familia; era como si su vida empezara cada mañana. El pasado carecía de importancia para ella. No tenía misterios ni secretos, y se limitaba a vivir el momento presente o, como mucho, el futuro próximo. Ese famoso futuro próximo que me helaba la sangre.

Yo no entendía su modo de pensar, y ella no se cuestionaba el mío. Parecía estar siempre ajetreada y feliz, mientras que yo holgazaneaba, siempre, y eso me entristecía. Ella era ilusa; yo, calculador. Ella era la cigarra, derrochadora y despreocupada, y yo era la hormiga, parca en palabras y tacaña de sentimientos. Yo tenía certezas; ella, creencias.

Yo iba a morirme. Ella vivía intensamente.

Puede que fuera eso lo que más me gustaba de Jasmine. Esa existencia desbordante que la rodeaba con un aura de deseos, de apetencias. Yo vivía más y mejor cuando estaba a su lado. Me insuflaba una energía nueva. Mi reencuentro con ella había convertido de golpe mi trayectoria vital, lineal y sombría, en un recorrido imprevisible de bola de *pinball*.

Su manera de vivir, día a día, sin pensar en el mañana, me tenía conmocionado. Cuando Jasmine paseaba sus tocados extravagantes y sus grandes abrigos de elfo por las calles de la ciudad, a su paso la gente que arrastraba la moral por los suelos encontraba la sonrisa o la autoestima. En cuanto a mí… ¿Por qué seguía conmigo? Yo nunca había amado, jamás había ayudado a nadie; era ya casi un fantasma, una sombra gris y difusa. Me había perdido en una vida insignificante que me estaba asfixiando. Necesitaba aire, espacio, aliento. Gastaba mi tiempo de una forma estúpida, y no me quedaba demasiado.

No hay nada que dé más rabia que la gente a la que todo le va bien, así que, para fastidiar un poco la alegría de vivir a Jasmine, al principio intenté, como buen pesimista que soy, torpedear sus ilusiones para derribarla de las nubes y que volviera a la tierra. Discutía con ella, le exponía razonamientos, pero no había nada que hacer. Jasmine creía en cosas tan etéreas como la generosidad, el altruismo y el amor. Además, tenía la moral de acero. Mis argumentos mezquinos, mis puntos de vista ponzoñosos parecían resbalarle. Y yo me encontraba solo con mi derrotismo, hastiado de mí y de mi padecimiento. Porque me daba cuenta de que con el paso de los años me había convertido en un hombre tan sombrío y cáustico como mi padre, sobre todo si me comparaba con la radiante Jasmine.

Ella no lo entendía.

—¿Por qué no buscas otro trabajo si tanto te aburres en el ministerio? ¿Qué te gustaría hacer? ¿De qué tienes ganas?

«De vivir hasta los cien años al menos, de no morir pronto el día de mi cumpleaños.» Eso era lo que yo quería. Eso y no otra cosa.

Y era culpa de Jasmine. Únicamente de Jasmine.

Por su causa me gustaba más la vida, lo que era una desgracia porque la sola idea de morir me resultaba insoportable.

¿Para qué iba a molestarme en soñar, pues? Por otro lado, ¿cómo explicarle mis angustias cotidianas y el legado de mi familia, pesado como un yunque o un piano de cola? Sin embargo, me decía, la única persona en el mundo que podría creer mi historia era Jasmine; estaba lo suficientemente loca para eso.

Tenía que hablar con ella. Intenté hacerlo.

Un sábado por la noche, aprovechando que la cervecería alsaciana en la que curraba estaba cerrada por obras, creí disponer de una «ventana de lanzamiento», como diría un astronauta. Las condiciones para el lanzamiento de confidencias eran las óptimas: me sentía tan

locuaz como sereno, acabábamos de pasar una tarde de cine-restaurante-mimos. Era un momento dulce y agradable. El ideal para contárselo todo.

Le resumí en líneas generales la historia de mi familia, ese relato pseudomítico, cuasilegendario, forjado a base de traición, bidés, granadas, violencia, asnos temperamentales y de hombres ahogados, disgregados, fulminados, infartados de miocardio.

Le narré el relato con un tono sobrio y preciso que parecía más sacado de un acto notarial que de una emocionante odisea.

Jasmine me escuchó sin perderse una sílaba. Cuando acabé, puso su mano sobre la mía.

—¡Ah, vale…! —exclamó.

Lo dijo con una sonrisa. Claro que eso, sonreír, era habitual en ella.

Como yo la miraba con ojos brillantes de emoción contenida, porque por fin acababa de romper el caparazón de silencio que me oprimía desde que era un niño, añadió entusiasmada:

—En realidad estás escribiendo un libro, ¿a que sí? ¿Por qué no me lo has contado antes? No sé muy bien adónde quieres ir a parar con todo eso, pero en cualquier caso, ¡me encanta!

¿Qué tendría que haber hecho en ese momento?

¿Ir a buscar a mi casa los álbumes de fotos y lanzárselos sobre la mesa, junto con mi libro de familia y el de mi padre? ¿Obligarla a leer el expediente encuadernado-espiralizado-plastificado de todos los documentos que había encontrado en internet? ¿Arrastrarla hasta la casa de mi tía —casa que solo pisaba el día de la Madre, el colmo— y gritarle «¡FEBRERO!» en cuanto abriera la puerta, para verla agitarse en todos los sentidos y tirarse de los pelos?

¿Para qué? Hice lo que podía, lo que iba más conmigo: sonreí tontamente, puse cara de inspirado y le respondí que sí, que escribir era mi vida y que me planteaba seguir por ese camino.

Al día siguiente fui a comprar un taco de folios, bolígrafos y una impresora, que consideré lo básico. Si Jasmine se presentaba en mi apartamento sin previo aviso, constataría que estaba equipado. Si me

pedía que le dejara leer algunas páginas, solo tendría que decirle que desde hacía un tiempo escribía en la oficina porque no conseguía concentrarme en casa. Si insistía, le explicaría que era inútil suplicarme, que no se lo mostraría hasta que no estuviera terminado. Si, por último, se empecinaba, le haría la escena del autor atormentado: no tenía talento y no pensaba escribir más; de hecho, lo había tirado todo al contenedor la noche anterior.

Que me dejaran morir en paz.

Pero Jasmine nunca me pidió que le permitiera leer nada.

Revendí la impresora.

Jamás volví a hablar del tema.

Los secretos de familia son arañas negras que tejen a nuestro alrededor una tela pegajosa. Cuanto más tiempo pasa, más atados estamos, más amarrados, más oprimidos, más constreñidos. Más incapaces de movernos, de hablar.

De existir.

Desde hacía años me despertaba Di Funto, respiraba Di Funto. Andaba, comía, dormía Di Funto. Me iba a morir Di Funto, por un accidente absurdo.

Y no había otra.

Aun así, por primera vez consideré que mi destino era injusto e indignante.

¿Los Di Funto? ¡Al infierno con ellos!

¿Y qué ha sido de Mortimer?

¿Cómo continúa —o acaba— su historia?

—¿Por qué no te quedaste con esa chica? —me pregunta Nassardine con asombro y una pizca de reproche—. Nos gustaba mucho, a Paqui y a mí.

Pero ¿cómo se «queda» uno con su pareja? Me gustaría que me lo explicaran.

Como si pudieras elegir a alguien y reservarlo para ti firmando un documento oficial que te conceda para siempre su amor, el disfrute en exclusiva de su cuerpo, de su corazón, la totalidad de su vida, en plena posesión.

La gente hace lo que quiere, se queda o se va.

Nadie pertenece a nadie, nunca.

Nassardine no acaba de entender lo que intento explicarle, me lo dicen sus cejas, que tienen conciencia propia y dan su opinión incluso cuando él calla. Sé que me expreso en un idioma que le resulta extraño: la primera mujer a la que realmente ha amado es… será también la última, la única, su bella Pâquerette, su Paqui-para-toda-la-vida.

En una vida de Nassar-Paqui supongo que todo parece sencillo.

En una vida de Mortimer nada es evidente, menos aún la felicidad.

Una mañana al despertarnos, cuando llevábamos juntos 11 meses, 5 días, 1 hora y 6 minutos, Jasmine me preguntó:

—¿Te apetece venirte conmigo?

Me disponía a preguntarle ¿a qué café, qué cine, qué… sitio?, cuando añadió:

—Me voy a vivir a Nueva York.

Grité:

—¡¿Qué?!

Dijo:

—Tengo unos amigos que acaban de abrir un restaurante francés en el Upper West Side… Parece que está superbién. Me han propuesto que trabaje con ellos.

¿Por qué se metían esos tipos en nuestra vida? Ya los odiaba. Seguro que eran de esos tíos que me ponen enfermo, de esa clase de jóvenes que triunfan en todo. Llenos de proyectos, de entusiasmo, de confianza vital. Esos tipejos decidían irse a Manhattan una buena mañana mientras untaban sus tostadas con mantequilla y, ¡listo!, allá que se largaban a vivir su sueño, con un chasquido de dedos, sin hacerse preguntas, simplemente porque habían tenido la genial ocurrencia, en plan:

—¿Y si montamos un restaurante en Manhattan?

—¡Ah síií, qué guay!

En su lugar, yo habría comprado quince guías, habría realizado una simulación de crédito con varias entidades bancarias, habría comparado los datos, leído y releído hasta la letra pequeña. Habría calculado al céntimo los gastos de desplazamiento, del alquiler, de los seguros. Me habría agotado haciéndome preguntas. Y habría renunciado, claro.

Pero esos capullos no.

Jasmine intentaba explicarme sus proyectos y yo no estaba seguro

de querer entenderlos. Ella haría de camarera y también expondría sus sombreros en la sala, y si a los clientes les gustaban, puede que hasta montara una pequeña tienda. Sus amigos habían alquilado un gran piso en el Harlem, cerca de la calle Ciento diez («¿Quieres ver las fotos?»), y eso bastaba para hacerla soñar, porque ya se creía prota de *La mafia nunca perdona*, esa vieja peli en la que salía Anthony Quinn y tenía esa canción de Bobby Womack…

—Sabes cuál, ¿no? Sí, *Across 110th Street!* —Y canturreaba—: «Oh, look around you, just look around you, look around you…».

Jasmine sonreía, con la mirada puesta en el futuro. Se veía allí. Iría a pasear a Central Park para escuchar a los grupos de góspel o de jazz mientras contemplaba a las ardillas. Se alimentaría de *cupcakes*, de *cheesecakes* y de pastrami.

—¡Central Park…!

Se ponía soñadora. Sin duda pensaba en todos los bancos públicos que encontraría en él para llorar en inglés.

Yo estaba aturdido, noqueado en la lona del cuadrilátero, con la mandíbula destrozada y los oídos zumbándome. El árbitro contaba ya: «… 3… 4… 5… 6…».

Me oí preguntarle:

—¿Cuándo te vas?

«… 7… 8… 9…»

—Dentro de tres semanas.

«… 10 y…»

Out! ¡Fuera de combate!

Podría haber estallado y echarle en cara mil y un reproches, pero ¿para qué? Jasmine estaba radiante de alegría y, además, no era de esas chicas a las que uno montaría una escena. Era demasiado buena y tierna.

De repente me sorprendí contento por ella.

Y hasta traté de entenderla.

—¿No estás bien aquí…?

«Conmigo», me refería.

—¡Sí!

—Entonces, ¿por qué te vas?

Se echó a reír.

—¡No voy a quedarme aquí toda la vida! Ya tengo veintiséis años, ¡¿te das cuenta?!

"Sí… ¿Y qué? Yo tengo siete más.»

—Tengo ganas de ver un montón de sitios, de conocer un montón de gente. ¿Y si me muero mañana? No te rías, nadie sabe cuánto tiempo le queda.

«¡Protesto, señoría, tengo algo que objetar a eso!»

Evité por poco la gran pregunta, la tópica y ridícula «Hay alguien más, ¿a que sí?», esa que hace que pasemos en un cuarto de segundo del papel de víctima al de plasta. Habría sido inútil mostrarme desesperado. Estaba seguro de que Jasmine no quería a nadie… Me refiero a que quería al mundo entero, lo que para mí era lo mismo. Seguramente, me dije, yo le importaba ya que me había pedido que me fuera con ella, pero si no lo hacía, si encontraba buenas razones para no atreverme a seguirla, eso no le impediría irse solita.

Así era Jasmine.

Podía compadecerse de las desgracias de perfectos desconocidos, deshacerse en llanto al ver un pajarito muerto, dormir pegada a mí en la postura de la cuchara… y después dejarme tirado sin el menor

remordimiento.

Pero no actuaba así porque yo le fuera indiferente, sino porque quería ser feliz. Y no podía reprochárselo.

Jasmine era todo lo que yo habría deseado ser. Ella vivía la vida que yo no viviría.

Los días de espera parecen siempre más largos que los otros.

Para mí no fue así entonces.

Las últimas tres semanas con Jasmine se me pasaron volando. Los días se sucedían a un ritmo desenfrenado, las horas se me escurrían entre los dedos, no podía retenerlas.

Eran días cuesta abajo.

El tiempo de decirle adiós… y ya no estaría allí. Conmigo.

La víspera de su partida, Jasmine envolvió con cuidado sus sombreros preferidos en papel de seda… justo antes de apretujarlos en su maleta.

Ya había regalado los demás a las personas a las que quería, entre ellos un chapka, uno de esos gorros tradicionales rusos peludos con orejeras, de color rosa al que había dado la forma de la cabeza de un caniche real, con un collar de cuentas de cristal y la correa a juego, que dio a su antiguo jefe, Fernando Bautista. A su portera, la señora Vigarinho, una mujer que siempre se había mostrado dispuesta a hacerle favores, le obsequió con un sombrero muy especial. Era un panamá blanco inmenso adornado con pequeñas escaleras, manojos de llaves, plantas verdes, pájaros en jaulas y buzones.

La señora Vigarinho comprimió a Jasmine entre sus brazos.

—*Oh, minha queridinha! Muito obrigada!* Eres muy amable.

—Le enviaré una postal desde Nueva York. Se lo prometo.

—¡Buen viaje, cariño! Ten cuidado. *Cuida-te!*

Y la última noche, en su ordenado piso de repisas vacías, Jasmine hizo equilibrios sobre una silla para alcanzar un último paquete.

Me lo dio diciendo:

—Es para ti. Ábrelo cuando me haya ido, ¿vale?

No habría sabido decir si era un sombrero de copa, un bombín (o un sombrero de campana, puede; no entiendo mucho de estas cosas) o

una mezcla de los dos. Estaba hecho con fieltro blando gris pardo, y venía envuelto en un plástico transparente cuidadosamente cerrado con cinta adhesiva. Simple. Sin artificios.

Le di las gracias con el corazón encogido a causa de la penúltima palabra que acababa de decir —«ido»— y porque estaba decepcionado. No pensaba ponérmelo. No me gustan los sombreros ni sentirme ridículo. Sin embargo, no podía evitar pensar que podría haber hecho un pequeño esfuerzo por mí.

De todos modos no me extrañaba que me hubiera dado justo ese sombrero tan triste; así debía de verme. Era un sombrero vulgar y anodino, sin nada de fantasía. Yo no suscitaba la inspiración de nadie.

Un océano no es para tanto

Nuestra última noche nos pareció muy larga. Jasmine tenía la cabeza en otra parte ya, en su sueño, aunque me daba cuenta de que se sentía un poco culpable por dejarme solo por la manera que tenía de besarme, de empezar sus frases con «Cuando vengas a Nueva York…», restando trascendencia a su partida. No me abandonaba, solo ponía el océano de por medio entre nosotros. No era para tanto. No veía cuál era el problema. Bastaba con que me fuera con ella.

Eso, ¿por qué no me iba con ella?

¿Por qué?

Me imaginaba desembarcando en Nueva York al cabo de unas semanas y muriendo allí dentro de unos meses. Y podía oírme diciéndole que no le daría un huérfano, que yo también la dejaría sola para siempre.

Obviamente, estaría igual de muerto si me quedaba en París. Dondequiera que me hallara, el fabuloso destino de los Di Funto me alcanzaría a las 11.00 de la mañana un 15 de febrero no muy lejano. Casi lo había olvidado mientras estaba con ella.

Pero el impacto de su partida me hizo bajar de las nubes de golpe. Me quedaban dos años y medio, un tiempo escaso para pasar una vida con ella.

No podía explicarle todo eso, no me había creído cuando se lo conté y ya no me quedaban ánimos para volver a intentarlo. Solamente me habría gustado poder decirle hasta qué punto la amaba, hasta qué punto la echaría de menos, cuánto empezaba a sufrir por su ausencia… porque se había ido ya, lo leía en sus ojos a pesar de que aún estaba allí. Pero detesto los melodramas, nunca me han gustado. Así que opté por hacerme el chico plantado pero majo que queda

como un buen amigo —no iba a enfadarme por tan poca cosa—, aunque me moría de ganas de aullar a la muerte como un pobre coyote y habría querido atar a Jasmine con las sábanas para impedir que abandonara la cama.

Hicimos el amor por última vez. Me resultó corto y para nada inolvidable.

Es curioso cómo una canción puede quedar vacía de sentido, perder su alma, si los instrumentos que la interpretan no suenan en armonía, todos a una, acordes.

Jasmine necesitaba mimos.

Yo necesitaba eternidad.

Al día siguiente la acompañé al aeropuerto, más que nada para prolongar mi pena, o regodearme en mi dolor, vaya usted a saber, hasta el último segundo. Parecía tan encantada, tan excitada con la idea del viaje… Sin embargo, en el momento de despedirse se acurrucó contra mí como una chica enamorada. Me quedé con los brazos laxos, incapaz de abrazarla, por miedo a hacerlo demasiado fuerte.

Dijo una vez más:

—Tienes mi dirección, no la pierdas. Vendrás, ¿a que sí?

—¿Qué haría allí?

Me moría de ganas de que me respondiera «Vivir conmigo, dormir conmigo, hacer el amor conmigo, no dejarme nunca» y bobadas como esas.

Pero respondió en cambio:

—No lo sé… Quizá podrías seguir escribiendo tu libro.

Demasiado tarde para desvelar el engaño, mejor que conservara esa imagen de mí.

Le contesté:

—¿Por qué no?

La miré mientras se alejaba por la terminal. Y cuando la perdí de vista me mantuve plantado allí aún unos minutos más, tan vacío como un agujero negro. Después eché a andar para coger el cercanías, pero a paso lento, por si acaso, por si, presa de remordimientos, Jasmine volvía a mí y se lanzaba a mis brazos, como suele ocurrir en las buenas comedias románticas. No ocurrió. Lo contrario me habría sorprendido.

Así que me quedaban menos de treinta meses de vida e iba a pasarlos más solo que un calcetín desparejado en un cajón repleto de pares.

Esperé en el andén, entre la muchedumbre, con un nudo en la garganta y un puñal en el corazón.

En cuanto subí al tren me dejé caer en el primer asiento abatible que vi y, con la cara entre las manos, di rienda suelta a mis lágrimas, ante la indiferencia general. Porque yo no era como Jasmine. Yo podía llorar hasta que se me deshicieran los ojos que nadie se daría cuenta, todo el mundo pasaba de mí.

De repente, noté una mano viril sobre mi hombro. Levanté la cabeza. Era mi vecino de asiento, un hombre de unos cincuenta años con el rostro sonrojado que me miraba con preocupación. Debí de conmoverlo.

Con una voz triste, agradecida, murmuré:

—¿Qué?

Señaló el suelo con el índice, con una expresión un poco severa, como quien dijera: «Hay que mantenerse entero, hijo, no dejarse ir, vivir el aquí y el ahora».

Como yo no reaccionaba murmuró algo. No lo oí bien, el tren entraba en la estación del Norte.

Insistí:

—¿Qué? ¿Qué?

Repitió más alto:

—¿Podría quitar su pie de mi abrigo?

Desgracias 1/Felicidad 0

Jasmine había pasado la última noche en mi casa. Su perfume seguía en la habitación, la cocina y el cuarto de baño cuando regresé.

Deberían estar prohibidos los perfumes, o prohibir a la gente que nos deje, lo que se prefiera.

El horrible sombrero gris pardo envuelto en plástico que me había regalado la víspera se burlaba de mí desde el sofá. No tuve ánimo de abrirlo, tampoco de tirarlo. Lo puse en el fondo de una caja, debajo de mis viejas consolas y mis juegos de otros tiempos.

Me dije que había que mirar el lado bueno de las cosas y que tenía suerte: por fin sufría un verdadero mal de amores.

Miré por la ventana.

Vivía en la primera planta, eran pocos metros.

Mal de amores y halva de pistacho

Después de que Jasmine se fuera pasé por todas las fases del enamorado abandonado, que son, como bien se sabe:

• La negación. («No puede ser… Realmente no se ha ido, realmente no me ha dejado, regresará pronto, no es capaz de hacerme esto a mí, ella es mi ✹, mi ❤, mi ☆.»)
• La ira. («No puede ser… Realmente no se ha ido, realmente no me ha dejado, más vale que vuelva, ¡¿cómo ha sido capaz de hacerme esto a mí?! Es una zorra 😡😬😖 …»)
• La duda y el arrepentimiento. («Si yo hubiera hecho tal, si le hubiera dicho cual, si hubiera ido con ella a llorar a los bancos, si hubiera llevado sus sombreros —no, eso no—, si me hubiera convertido en guionista, si hubiera estado a la altura, si hubiera perdido cinco kilos, si hubiera sido alto y rubio, si hubiera sido un tío más resuelto, si hubiera aprendido inglés, si no fuera yo…»)
• La depresión. («Es normal. Tenía que pasar algún día, era un milagro que estuviera conmigo, no podía retenerla porque qué chica, aunque estuviera pirada, iba a enamorarse de un pobre tipo como yo, un desgraciado, un fracasado, un pringado, un don nadie.»)
• La aceptación. («Vale, me ha dejado, sí, mejor aceptarlo, estoy solo como el vigilante de un faro y lo estaré hasta mi último día, que no está tan lejos, paciencia.»)

Estaba demasiado hecho polvo para pasearme por la ciudad. Jasmine

estaba en todas partes, en todos mis recuerdos. El trabajo en el ministerio (sacar punta a los lápices, unir los clips formando un collar, hacer una bola con las gomas elásticas, beber café, mirar la hora) no bastaba para mantener mi mente ocupada. Y a decir verdad, no tenía ganas de distraerme, no quería encontrarme mejor. Me había construido un nido de desamor en el alma y en él pasaba la mayor parte del tiempo, aovillado, encogido, a la espera de morir de inacción.

Desde entonces tachaba los días como mi padre, pero no para restarlos, no.

Yo los sumaba: Jasmine se había ido desde hacía una semana, un mes, cuarenta y ocho días, setenta y tres, dos trimestres y tres cuartos, quince meses y medio…

Al principio rondaba la cervecería alsaciana, pasaba por la tienda de ropa donde había trabajado, por el teatro en el que en ocasiones hacía de acomodadora. Cuatro o cinco veces me planté delante de Los Chuchos Teñidos —el salón de peluquería canina de Fernando Bautista—, aun sabiendo que al hacer aquella especie de peregrinación, la posibilidad de que se obrara un milagro era incluso menor que de haberme ido a Lourdes, lo que no me consolaba en absoluto, por otra parte. Me quedaba en la acera de enfrente, meciéndome al compás de la musiquilla que sonaba en cuanto se abría la puerta, el viejo *Le petit chien dans la vitrine* de Line Renaud (¡Guau! ¡Guau!), sin apartar la vista de la fachada, desesperado, inconsolable, hasta que la lluvia, la noche o la mirada desconfiada e inquieta de la gente me echaban de allí.

Entonces volvía a casa, más sombrío que una noche sin luna, aunque antes me detenía a comprar halva de pistacho en la tienda del señor Özdemir, en los bajos de mi edificio, abierta siete días a la semana, desde las seis de la mañana hasta la medianoche.

Jasmine como fondo de pantalla

Jasmine y yo habíamos convenido que no nos llamaríamos por teléfono. Fue una decisión unilateral. No habría soportado oírla hablándome al oído sin poder abrazarla siquiera.

Casi todos los días recibía poéticos correos electrónicos adornados con fotografías. Me describía sus jornadas, el restaurante, el barrio, Manhattan y lo demás. Pasaba horas mirando sus fotos, deteniéndome en su boca y sus ojos. Jasmine como fondo de pantalla, tan cercana, tan lejana. Cada día se me antojaba un poco más irreal, como si fuera la protagonista de un cuento o de uno de esos libros infantiles con títulos un poco estúpidos: «Jasmine en Manhattan», «Jasmine en Central Park», «Jasmine y sus amigos».

Y: «Mi vida sin Jasmine».

Me dormía por la noche soñando con nuestro reencuentro.

Jasmine me esperaría en un banco en el corazón de Central Park, y yo llegaría al final del día por la avenida principal (¿habría una avenida principal?) en el momento preciso en el que, como en las películas, el sol se ocultaba titilando tras los rascacielos y poco a poco teñía de rosa oscuro y azul el horizonte.

Al verme, Jasmine sonreiría, y aunque mi vida sería corta, como sería bonita no pasaría nada.

Al cabo de un tiempo me mudé porque no soportaba vivir ya en ese apartamento de dos habitaciones donde durante 11 meses, 14 días y unas cuantas horas, Jasmine y yo… Con solo pensarlo se me hacía un

nudo en la garganta. Cerré mi cuenta de Facebook, abrí otra dirección de email, no comuniqué mi cambio de dirección postal. A eso se le llama cortar los lazos. Tuve la sensación de cortarme las venas. Pero como, desde que Jasmine se había ido, lo que más temía era que llegara el momento insoportable en el que dejara de escribirme, preferí adelantar su silencio. Es mejor desaparecer antes de que te abandonen, ya se sabe.

Aunque, de hecho, ya me habían abandonado, ¿verdad?

Me mentalicé para aceptar que había un principio y un final para todo, empezando por mí.

Acabé encontrando un estudio —el mismo en el que esperaba la muerte, a las 11.00 de la mañana el día de mi trigésimo sexto cumpleaños— en un barrio muy alejado de mi entorno y mis recorridos habituales. Continué con mi vida y pasé página.

Pero pasar página no sirve de mucho cuando lo que te gustaría es cambiar el libro entero.

De 33 años y medio a 36 años: nada

… o, en todo caso, pocas cosas.

Muy bien, de acuerdo, reconozco que seguí viviendo. Más bien, pasé el tiempo. Crucé algunas fronteras nuevas, paseé mis calcetines largos de verano por cinco o seis países lejanos, de manera solitaria y furtiva, cinco días aquí, un mes allá.

Iba sin ganas, volvía sin entusiasmo. Y lo único que me traía eran recuerdos *low-cost* que no había vivido al lado de nadie.

Jasmine me había mostrado quién era yo en verdad: un animal gregario que solo se confortaba si estaba en contacto con la manada. En contacto con su piel.

Nassardine pone un puñado de hojas de menta en el vaso y tres cucharadas soperas de azúcar, como debe ser. Vierte el té desde la altura necesaria para que el agua se oxigene, me tiende el vaso y dice:

—¿Por qué no fuiste a vivir a Nueva York tú también? Jasmine te pidió que la acompañaras, ¿por qué no lo hiciste?

—Basta de preguntas, Nassar. Me lo pidió por pedírmelo, eso es todo. Si realmente le hubiera importado, se habría quedado aquí.

—Qué tonterías dices, hijo mío. Yo adoraba a mi familia y aun así la dejé.

—Vale, supongamos que me hubiera ido con ella, ¿qué habría hecho en Nueva York, eh? Sin trabajo, sin apartamento, sin saber más de tres palabras de inglés.

Nassardine agita la mano como para indicar que todo eso carece de

importancia, que son solo detalles. Peor, son pretextos.

Me anticipo a sus argumentos:

—¡Lo sé!

—¿Qué?

—Sé lo que vas a decirme: querer es poder. Lo que pasa es que cuando Jasmine me dejó yo creía aún en esa estúpida maldición de mi familia. ¡Lo he creído hasta esta mañana, fíjate! Y eso hacía que viera las cosas de otra manera. Si me hubiera ido con Jasmine, ¿qué habría ocurrido luego? Le habría dado un hijo y después me habría muerto. No, ni me lo planteé. No podía hacerle eso.

Nassardine guarda silencio. Soy consciente de que, si lo desea, rebate mis argumentos con tres frases. Pero no lo hará por no apenarme.

Para justificarme, digo:

—¿Nunca has tenido la impresión de haberte equivocado de vida?

Nassardine levanta los ojos al cielo.

—¿A qué te refieres? ¿Crees que tenemos una vida particular para vivir? ¿Una vida que nos está reservada a cada uno? ¿Crees que al nacer se nos da un dorsal, una cantimplora y un itinerario, y que si te equivocas en un cruce quedas descalificado?

Pues claro que no. Sin embargo, el año que pasé junto a Jasmine hizo que me nacieran unas ganas incontrolables de cambiar mi existencia, como uno se cambia de camiseta al final de una carrera. Mi vida olía a tigre y se me pegaba a la piel.

Pero Jasmine se fue y yo me quedé. Me odio por eso, la verdad. Sobre todo desde esta mañana, en vista de que no estoy muerto, como debería estarlo.

—¡Tú hablas continuamente del *maktub*, del destino! Si lo que teníamos Jasmine y yo se fastidió fue porque así lo quiso el destino, entonces.

Nassardine coge un buñuelo, cierra los ojos, suspira.

Y dice:

—Que hable del destino no significa que crea en él. ¿Acaso te parece que todos los que gritan «¡Dios!» cuando se dan un martillazo son creyentes convencidos? El *maktub* solo es folclore, algo que forma

parte de mi tradición como árabe que soy. ¿Sabes lo que yo pienso? Pues que nuestra vida, la de cada uno de nosotros, nos gusta o no nos gusta, y que…

Carraspeo.

—¡Hablas como Jasmine!

—Teniendo en cuenta mi edad y mi experiencia, sería más bien ella la que habla como yo. Y eso refuerza mi idea de que fuiste un imbécil por no seguir a esa chica.

Me enfado. Continúa:

—Si nuestra vida no nos gusta, hay que hacer todo lo posible por cambiarla. Porque, hasta que no se demuestre lo contrario, solo tenemos una. Y pasará.

—¡Gracias, pero bien que lo sé!

Se encoge de hombros. Vuelvo a la carga:

—Así que, ¿nada de paraíso? No vale la pena esperar, ¿no?

Nassardine señala el narguile y el plato con las pastas.

—Aquí está el paraíso.

Me irrita.

—Todo es muy simple para ti. Nunca dudas de nada.

—Bah… Muéstrame a un hombre que nunca haya dudado y veré a un imbécil. ¿Es que crees que yo no tengo dudas? Pues tengo muchas. Dejé Argelia cuando tenía diecinueve años. Lo dejé todo atrás, mi familia, mi cultura, mi idioma. Me fui porque allí nunca habría salido de la pobreza, y tenía sueños como todo muchacho de diecinueve años. Quería un reloj bonito, unos zapatos bonitos, un piso bonito, un coche bonito… Lo quería todo, y más. Entonces me vine aquí y me encontré trabajando en una obra cuarenta y ocho horas por semana y aguantando que me llamaran «moro». No fue fácil. Me hacía muchas preguntas, sobre todo cuando estaba en el albergue, por la noche, lejos de los que quería. A veces me cuestionaba si no había cambiado la pobreza por la miseria. Porque la verdadera miseria es estar solo en la vida.

—Entonces, ¿por qué te quedaste?

Nassardine señala con la barbilla la puerta del pasillo que lleva a la habitación.

—Por ella, claro. Es la mujer de mi vida. No mucha gente la encuentra, créeme.

Le creo. De todos modos, que la encuentres no significa que vayas a quedártela.

Hablo por experiencia.

—Las chicas nos hacen mejores, hijo mío. Aún no lo sabes, pero un día lo entenderás. Mi padre decía: «El hombre trae las piedras y la mujer construye la casa». No solo nos dan la vida sino que además nos enseñan a vivirla. O, por lo menos, lo intentan. Gracias a Pâquerette aprendí a amar esta ciudad. E hice muchos amigos. Y te encontré. ¿Acaso no ha valido la pena quedarme por todo eso?

Levanto mi vaso de té. Nassardine también.

—Por el paraíso —digo.

—¡Y por los que viven en él!

MAÑANA SERÁ OTRO DÍA

(o eso parece)

23.50. Retreta.

Nassardine se ha ido a la cama.

He instalado mi vivac en el sofá y me dispongo a pasar mi «noche + 1».

Me asaltan imágenes y recuerdos en plan *flashback*. También algunas carcajadas grabadas en mi memoria, en una sucesión de ráfagas, que intento ignorar mientras me desvisto.

Nassardine me ha prestado una camiseta de obrero de un precioso color naranja eléctrico. Pongo en una silla mi ropa de entierro. Me río al pensar que es cosa de viejos escoger con qué atuendo quieres que te metan en el hoyo. Y, también, me pregunto si estos calcetines no eran de mal gusto, bien mirado.

Me tumbo en el sofá. Es hora de dormir. Espero a Morfeo para que me acoja entre sus brazos. Porque, como decía Vivian Leigh, con las mejillas empapadas de lágrimas y la mirada llena de esperanza al final de *Lo que el viento se llevó*, «después de todo, mañana será otro día».

¿Otro día…?

¡Ay! Ya no tengo sueño. Me siento. Me levanto. ¿Por qué no estoy muerto? Reflexiono, me interrogo, me desespero, la mente me va a mil, rebusco en mi cabeza como un loco, como quien no encuentra las llaves del coche y va con prisas.

Tengo que hallar una explicación, algo creíble, a pesar de que nada lo es en esta situación, si no me volveré majara.

¿La fecha? ¿Y si se tratara de un mero error de fecha?

Me imagino a mi padre, colmado de alegría paternal (algo oscurecida por las sombrías perspectivas, eso sí), equivocándose al dar

la fecha de mi nacimiento cuando me inscribía en el registro civil. Me siento palidecer. Me derrito como un azucarillo en un vaso de agua tibia. ¿Se trata de una confusión? ¿Es posible que naciera el 16 y no el 15 de febrero? En ese caso… Miro mi reloj. En ese caso, me quedarían exactamente 11 horas, 10 minutos y 8 (7-6-5-4-3…) segundos de vida. Desde esta mañana a las 11.00 estoy de festejo, cuando a lo mejor he arrugado mi traje para nada e iré hecho un asco a mi última cita.

Intento razonar, reunir y poner a funcionar todas las neuronas que me quedan. Mi padre no pudo cometer ese error. Imposible. Cuando uno tacha cada día en el calendario, no confunde las fechas.

Mi tía Victoria estuvo presente el día de mi nacimiento. Mi padre se encontraba en el trabajo. Fue ella quien acompañó a mi madre a la maternidad. Me lo contó infinidad de veces. Sin embargo, nunca celebró mi cumpleaños el día que tocaba, por una de sus ridículas supersticiones. Preparaba el pastel para el día siguiente. Un pastel de chocolate enorme cubierto de Smarties (menos los rojos —herida—, los verdes —envenenamiento—, los marrones —entierro— y los azules —ahogamiento—, lo que solo dejaba los amarillos, supuestamente malos para el hígado). Para el día siguiente, me repito; es decir, el 16 de febrero. Nací el 15, no hay error posible.

Me pierdo en cálculos complicados sobre horas de verano y horas de invierno, pero no llego a otra conclusión que no sea esta: todos los hombres de mi familia murieron el día de su cumpleaños, fuera el que fuese.

De dar crédito a mi reloj, un prodigio tecnológico, ahora son las 0 horas, 2 minutos, 8 segundos (9, 10, 11, 12…). De modo que ya es 16 de febrero. Y tengo treinta y seis años cumplidos.

Salvo que mi padre cometiera un error, acabo de poner fin a una larga secuencia de cumpleaños malditos. Pero sigo sin saber por qué.

16 de febrero, pues
(contra todo pronóstico)

Finalmente he dormido bien. Y contra todo pronóstico, sigo vivo.

Paquita se levantó al amanecer. Procuró hacer el menor ruido posible, pero es imposible no golpetear los rodapiés cuando barres los rincones moviéndote a ritmo de mambo con dos auriculares pegados a las orejas como los moñitos de la princesa Leia.

Paquita es una auténtica maniática de la limpieza. Me refiero a que es una de esas que planchan hasta los cordones de los zapatos y se esmeran incluso en la parte trasera de los armarios. Su primera tarea matutina es, siempre, ir a la caza de las pelusas invisibles.

Dos o tres veces ha interrumpido sus quehaceres para velar mis sueños. Se inclinaba sobre mí y me miraba. Me hacía el dormido, pero percibía su aliento con olor a dentífrico. Y es que Paquita se lava los dientes antes del desayuno, y también después, lo que es más común. Dice que pasados los cuarenta invariablemente te despiertas cada mañana con una mofeta en la boca y que lo único que la hace salir de la madriguera es el mentol.

Nassardine se levantó una hora más tarde.

Se pusieron a charlar enseguida, con esa voz potente de la gente a la que no le hace falta susurrar.

Progresivamente puse en escena un despertar de lo más convincente. Con suspiros, pequeños movimientos, tos y parpadeos.

—¡Helo aquí! —exclamó Paquita como si yo acabara de regresar de un viaje.

Y luego:

—¿Has dormido bien, cariño?

Y también:

—No te habrá despertado Nassar, ¿verdad?

Refunfuñé un puñado de consonantes.

—¡Ves! —regañó Paquita a su marido—. ¡Te dije que no hicieras tanto ruido!

Nassardine se ofreció para prepararme un café y alegué, con desparpajo y sin ruborizarme, que por la mañana solo bebía té. Es falso, pero como todo cuerpo humano, el mío tiene un límite que no debe traspasarse si no se quiere correr riesgos.

Bebí su té de bolsita disimulando una mueca porque parecía zumo de heno; es realmente asqueroso. Aun así, mejor tragarse ese brebaje que su horrible café especiado.

Paquita, envuelta en una vieja bata que le cubría el camisón naranja y negro de leopardo, enfriaba a soplidos el chocolate caliente del bol que sostenía entre las manos. Parecía disgustada.

—He estado pensando —anunció.

Era un hecho insólito en sí mismo que mereció toda mi atención.

Me miró. Vi que dudaba.

—No quisiera decir una tontería…

Luego:

—Se me ocurrió anoche…

Después:

—Al mismo tiempo… No es una de esas cosas que pueden decirse fácilmente, ¿entiendes?

—Aún no —contesté.

Frunció los labios. Sacudió la cabeza. Miró a Nassardine y comprendí que estaban de acuerdo. Le susurró:

—Explícaselo tú.

Nassardine se sentó. Se sirvió un poco de lodo en su taza y carraspeó. Acto seguido, se rascó durante un minuto largo su barbilla mal afeitada.

Lo miré.

—¿Y bien?

—Verás… Es que Pâquerette ha pensado que… Bueno, como dice

ella, es una idea como otra… No te lo tom…

—¿Vas a contármelo o qué?

Nassardine asintió, hizo una mueca, se pasó la mano por los labios y se alisó el bigote, inspiró y…

—¡Tu padre no es tu padre! —soltó Paquita.

Pasó un ángel.

Dije:

—¿Qué?

Me miró con aire apesadumbrado, anticipando ya una disculpa.

—Es un suponer… La verdad es que no lo sé. —Y añadió—: Me refiero a que uno puede estar seguro de quién es su madre, pero de quién es su padre…

Al cabo agregó:

—Es una estupidez… No tendría que haberte dicho eso.

Y luego:

—¿Estás bien, cariño?

—¿Estás bien, hijo? —reverberó Nassardine.

Estaba en shock, paralizado, mudo, con los ojos y la boca abiertos. Un ejemplo clínico perfecto de sideración, sin actividad emocional ni motora. Lo único que me faltaba para completar el cuadro era un hilo de baba, que no tardaría en caérseme. Los sonidos me llegaban como si estuviera a un metro bajo la superficie del agua. Oí a Paquita gemir:

—¿Por qué habré dicho eso?

Poco después:

—¿Por qué no me has dicho que no le dijera nada?

Y:

—¡No puedes imaginar cuánto me arrepiento!

—Todo irá bien —la consoló Nassardine.

—¿Qué dices? Míralo. ¡Si no se mueve!

Cierto, no me movía, pero reflexionaba…

De las profundidades del pasado ascendió la voz de mi padre y el eco de los apelativos cariñosos que me dedicaba: «hijo de tonto», «hijo de imbécil». ¡Claro! No se refería a él, sino al «otro». Yo era el hijo de

otro hombre. Por eso cuando me hablaba de mi madre la llamaba «esa especie de…», y se tildaba a sí mismo de «bobo» y de «gilipollas».

Paquita tenía razón: yo no era el hijo de mi padre. Por eso no estaba muerto. Era hijo de X; es decir, un bastardo. No había heredado nada de mis antepasados, en especial su maldito destino. Era tan simple como eso.

Me levanté, aunque me sentía mareado.

Paquita me miró con expresión trágica. Sin embargo, la abracé y le di las gracias. Luego me serví una taza del café de Nassardine ya que necesitaba algo altamente revulsivo para reanimarme.

Memorando

• Admitir de una vez que no soy el hijo de mi padre sin montarme un drama; no soy ni el primero ni el último a quien le pasa.
• Aceptar el hecho de que, convencido sin fundamentos de que era su hijo, he creído tontamente toda mi vida que moriría al cumplir treinta y seis años.
•Y asumir todo lo que eso conlleva:
a) Nunca he sabido hacer proyectos a largo plazo (por ejemplo, dejar de torturarme pensando en Jasmine).
b) Nunca he querido tener un hijo por no condenarlo a sufrir mi destino y por no dejarlo huérfano cuando aún fuera demasiado joven. Lo mismo cabe aplicar para una hija. Así que nada de hijos.
c) En términos generales, he desaprovechado mi vida.
• Dejar de ponerme malo al recordar todas las veces en las que habría podido matarme durante la adolescencia por correr riesgos y peligros pensando que no me pasaría nada, cuando en realidad…
• Tomar conciencia de que mi vida, toda mi vida, se ha fundamentado en dos horribles mentiras:
a) No era el hijo de mi padre, y él lo sabía.
b) Me lo ocultó, y hasta hace poco he cargado por su culpa con el peso de la estúpida maldición de sus antepasados.
• Encontrar un trabajo para pagar el alquiler de mi apartamento (y las facturas de todo lo demás).
• Encontrar un apartamento.
• Decidir de inmediato cuál de esos dos últimos puntos es el más urgente, teniendo en mente que me mudo el día 28 de este mes y

que no sé adónde ir.

• Dejar esta botella antes de acabarla.

• Salir a dar una vuelta y tirar en la primera papelera que encuentre esta ridícula lista de cosas a tener en cuenta.

Un mortal feliz

27 de febrero, hora local.

Desde hace unos diez días he estado planteándome un montón de preguntas, que se resumen básicamente en una: ¿qué voy a hacer con mi vida ahora que la tengo?

No puedo decir que esté loco de contento de seguir en este mundo. Supongo que debería estarlo. Pero me cuesta asimilar que he sido víctima de una gran estafa, de un engaño alucinante que empezó el día de mi nacimiento y que acabó a las 11.00 de la mañana del pasado 15 de febrero.

Me paraliza esta perspectiva: aún estoy vivo, PERO por primera vez en mi vida no sé por cuánto tiempo.

Acabo de ingresar en el club de los mortales felices, es decir, la humanidad al completo… sin contar, eso sí, a los miles de condenados que esperan su hora en los corredores de la muerte de algunos estados democráticos, o apretujados en las insalubres celdas de algunas dictaduras, o bien en el entorno controlado de las unidades de cuidados paliativos de los hospitales. E incluso para ellos cabe un margen de error, aunque se cuente en minutos o en segundos.

Hasta hace menos de dos semanas he vivido con la terrible a la par que tranquilizadora certeza de saber cuándo moriría. Si descarto a los otros hombres de mi familia (bueno, no es necesario porque se han descartado ellos solitos), he sido el único ser humano en saberlo, siempre. Ese «siempre» se remonta a mi primera toma de conciencia el día en que vi desaparecer a Burbujitas por el inodoro en un elegante remolino.

Creía haber visto cumplido en carne propia, si bien a mi costa, el sueño de cualquier hijo de vecino: saber el día y la hora de tu muerte. Pero no. Desgraciadamente no. Soy una persona normal y corriente, como cualquier otra. Me habían engañado. Y ni lo sospechaba.

De repente siento que estoy al borde mismo de ese abismo que es mi vacío existencial y se adueña de mí una insufrible sensación de vértigo. Morir no se sabe cuándo, diñarla no se sabe dónde, palmarla por error o por una corazonada, espicharla a causa de una enfermedad, ver cómo se van los demás e irte cuando te toca, un maldito día, pasarte la vida con la cabeza hundida entre los hombros a la espera de que te den el golpe de gracia en el cogote. Los que tienen mi edad o más han tenido tiempo para hacerse a la idea, aunque no la acepten. Pero yo soy un novato, un recién llegado, un inexperto en esta incertidumbre, y no tengo el manual de instrucciones.

Otras preguntas me asaltan. Si soy un bastardo, ¿por qué mi madre me dejó solo con un hombre que no era mi padre? ¿Por qué ese hombre me adoptó y me hizo creer desde niño en esa leyenda que nada tenía que ver conmigo? ¿Adónde se fue mi madre? ¿Con quién? ¿Para qué?

A fin de sacar provecho de mis insomnios recientes, yo, que siempre había dormido mejor que un lirón adicto a los somníferos, le doy vueltas a la cabeza hasta que se me calientan los sesos, pero la única conclusión a la que llego es que soy un perfecto desconocido para mí mismo. Y es que ya no me entiendo.

Desde pequeño me hicieron creer que mi muerte estaba programada, y lo acepté más bien con serenidad, como debe procederse con las cosas contra las que no se puede luchar. Me había preparado para mi final, sabía con exactitud dónde estaba el último hito en el trayecto de mi vida, más allá del cual ningún billete tiene validez, como escribió Romain Gary. Pero mira por dónde, al final del maratón, ahora que enfilaba los últimos doscientos metros, de repente me borraban la línea de meta y me cambian las reglas. Ya no se trata de cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros, sino de cincuenta kilómetros, o de sesenta, o de ochenta, o de más.

Tengo la vida por delante. Y no me he entrenado para eso.

Zona de tránsito

28 de febrero, y vence mi contrato de alquiler.

El tipo de la agencia pasará a las 11.30 para inspeccionar el apartamento.

He guardado mis cosas en cajas y he reunido tal cantidad que me he quedado pasmado. No pensaba que había acumulado tantísimos trastos en veintiocho metros cuadrados. De todos modos, debo aclarar que una buena parte de ellas ya las traía de mi antiguo piso. Nunca llegué a abrirlas. Las puse en lo alto de mi armario y ya ni sé lo que contienen. Creo que las tiraré. Si no he echado de menos esas cosas durante estos últimos meses es que no las necesito.

Nassardine y Paquita han venido a ayudarme con la mudanza. También me han dicho que me quede en su casa todo el tiempo que haga falta. Disponen de una habitación de invitados que todavía no han amueblado y que nadie utiliza dado que los amigos que tienen viven a dos pasos. Bastaría con que me llevara mi cama.

He aceptado la invitación, pero solo por unos días.

La pega es que viven demasiado lejos del centro, y yo ya no tengo coche. Además, no me veo viviendo con papá y mamá a mi edad, la verdad. No es una crítica. Los adoro. Pero Paquita me mira con expresión afligida desde que me dijo lo que me dijo y, para que no se desborden las lágrimas (las de ella o las mías, no lo sé), Nassardine me habla midiendo sus palabras.

Aun así, la mayor de mis desgracias se resume en una breve frase:

sigo vivo.

Que yo sepa, no se ha muerto nadie.

Anticipándome a mi supuesta muerte había vendido algunos de mis muebles, y los que no, como estipulé en mi testamento, se los he dado a Paquita y a Nassar, a saber: un sofá cama en perfecto estado, una mesita cuadrada y dos sillas a juego de esa conocida tienda sueca, mi ordenador, mis libros y todos mis DVD.

Paquita se seca una lágrima al recibir en herencia las sillas. Suspira.

—Cuando pienso en todas esas veces en que me he sentado en ellas…

Y después, como si me contara recuerdos de infancia, añade:

—Venía a tomarme el café contigo, ¿te acuerdas?

—Vagamente, sí. La última vez fue hace… ¿diez días?

Paquita asiente con la cabeza, consumida por la pena.

—¡Y no sabía que ibas a morirte pronto!

—Paqui, déjalo estar por un rato —le pide Nassardine conteniendo la emoción.

Ella gime y rompe a llorar.

La abrazo, la beso y digo:

—¡Venga, que no pasa nada! Sigo vivo, ya lo ves.

—Lo sé, lo sé. Es una tontería, pero no me hago a la idea de que dejes este piso. Y para postre, tus historias de cumpleaños… Estoy hecha un lío.

Paquita coge aire y, acto seguido, levanta la mesa del suelo en un solo y rápido movimiento, como quien practica halterofilia. Luego sale con ella de la habitación diciendo:

—Venga, hay que darse prisa.

Luego:

—Voy a meter esto en el coche.

Y a Nassar:

—No te quedes ahí plantado y termina de precintar esas cajas.

Cojo dos que están llenas de libros y la sigo hasta el Talbot. Tras descargar, subo al apartamento de nuevo y dejo a Paquita haciendo de ingeniera mientras organiza los bultos en el maletero en función de su volumen.

Me encuentro a Nassardine apoyado en la barra, cruzado de brazos todavía y mirando la pila que queda en mitad de la habitación con expresión pensativa.

En cuanto me ve, me pregunta:

—Finalmente, ¿adónde piensas ir?

—Si te contesto «a la aventura», no me creerás, ¿verdad?

Me guiña un ojo.

Me conoce demasiado bien. No puedo engañarlo, es imposible.

Sé lo que piensa en este momento porque yo pienso lo mismo. No tengo madera de héroe, estoy sin trabajo, sin casa, sin familia, sin proyectos, y toda mi vida está contenida en treinta y dos cajas de cartón de diferentes tamaños que me veo obligado a guardar en su habitación de invitados. Sin embargo, él ya ha pasado por mi misma situación. Sabe lo que es encontrarse solo con los bolsillos vacíos y sin hogar. Pero tengo buena salud, y gracias a las reservas de mis michelines puedo permitirme el lujo de pasar un poco de hambre; además, puedo ir a su casa cuando quiera. No soy un pobre infeliz al que mandan de vuelta a un país en guerra. Tengo un bonito traje de entierro, así como los cuatro mil euros en billetes que ahorré durante tres años y que dejé, en un sobre bien visible sobre la mesa, con el nombre de Paquita y Nassardine, junto con mi testamento, el día de mi muerte anunciada para pagar mi incineración. Además, van a reembolsarme la fianza de mi piso, algo con lo que no contaba.

—Habrían podido robarte ese dinero —me recrimina Nassardine.

Paquita regresa. Pero Nassardine no la ha oído llegar y continúa:

—¿No se te ocurrió pensar que sería Paquita quien te encontrara muerto? Y puede que ni siquiera ese mismo día.

Ella lanza un grito de terror con la mano delante de la boca.

No había considerado esa posibilidad, debo reconocerlo.

—Es la falta de experiencia —digo.

Lo haré mejor la próxima vez.

El arte de freír a preguntas a las personas mayores

Lo primero que voy a hacer es visitar a mi tía.

Tiene setenta y dos años, y todavía se mueve bien y ve bien, pero también parece bien dispuesta a acarrear su depresión crónica hasta que sople el centenar de velas, o puede que más, dada su terquedad.

Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que ella sabe desde siempre que mi madre se la dio con queso a mi padre y que, por tanto, no iba a ocurrirme nada de especial el día de mi trigésimo sexto cumpleaños. Por eso se empecinaba en que continuara mis estudios. «Nunca se sabe, cariño…»

¿Nunca se sabe…? ¡Venga ya! ¿Creía que siempre me chuparía el dedo?

Me debe un montón de respuestas. Y voy a freírla a preguntas sin piedad. Nunca sentí ternura hacia ella. Le agradezco que me criara, pero ya está. No nos une ningún sentimiento. Me dio de comer, vale, pero eso no llena. Si los vínculos afectivos germinaran en el estómago, llamaríamos «mamá» a las cocineras de los colegios.

Llamo a su puerta.

En cuanto me ve en el umbral, mi tía exclama: «¡Bendito sea Dios!». Y está tan sorprendida que mis propósitos se tambalean.

—Tenemos que hablar —le digo.

—Pasa, pasa, cariño.

Me deja plantado y se dirige a la cocina, donde pone agua a hervir para preparar té. Es siempre su primera reacción. La sigo, me siento a

la mesa y la observo mientras va de un lado a otro atareada con el hervidor, las tazas, la tetera, la caja de galletas. Me dirige miradas furtivas, y no puedo evitar encontrarle cara de culpable.

—Lo sabías, ¿verdad?

Bala con voz agónica:

—¿Quéééé?

—Sabías que no era el hijo de papá.

Y es que no sé cómo llamar a ese hombre de otra manera que «papá».

Mi tía parpadea y frunce el ceño.

—¿Que no eres su hijo, dices? Pero ¿de dónde sacas esa tontería?

Suspiro sonoramente. Me saca de quicio.

—Tita, ya basta. Hoy es veintiocho de febrero. Veintiocho —recalco —. Tendría que estar bajo tierra a esta hora, ¿te suena de algo?

Baja la cabeza.

Espero. La observo sin decir nada. Moja las galletas en su taza de té, pero con los nervios las deja en inmersión demasiado tiempo y se ve obligada a acudir al rescate de toda una flota de barquitos hundidos.

Al cabo de un rato dice:

—En realidad…

En realidad soy el hijo de mi padre.

Mi tía me lo jura con tal solemnidad que no puedo ponerlo en duda. De hecho, de ser un poco más perspicaz, el parecido entre él y yo por sí solo me habría convencido. El mismo físico generoso, las mismas redondeces opulentas, el mismo pelo rebelde, la misma adorable silueta de pingüino. Sí, soy su hijo.

Sin embargo…

No soy el primero.

Mi tía me mira fijamente con esa expresión suya de perro desvalido que tanto odio y guarda silencio a fin de darme tiempo para que digiera la idea. Me cuesta asimilarla. No soy ilegítimo, vale, pero en contrapartida tengo un hermano, algo que a nadie se le había ocurrido explicarme y que nunca antes había sucedido entre los nuestros. Un Di Funto a la vez, eso es todo. Descubro las pequeñas alegrías de los secretos de familia, cuando averiguas por un casual que te han tomado por imbécil desde que llevabas pañales.

—O sea, que tengo un hermano…

—No.

—¿…?

—Bueno, no y sí. Es que murió de sarampión cuando apenas tenía seis meses.

—¿Por qué nadie me contó nada?

—Es una historia tan triste… Nos afectó mucho a todos. En especial a tu pobre madre.

Mi tía va a buscar un álbum de fotografías que me conozco de memoria por haberlo hojeado infinidad de veces, los días que me aburría. Me enseña el retrato de un bebé regordete y sonriente en los brazos de mi madre. Siempre había creído que era yo.

—¿Cuánto tiempo nos llevábamos?

Mi tía suspira. Cuenta mentalmente; la veo mover los labios.

—Un poco menos de quince meses.

Me va dando la información con cuentagotas.

Mi hermano mayor se llamaba Morbert, un nombrecito que habría desanimado a cualquiera para vivir más tiempo. Se parecía mucho a mí.

—Quizá era un pelín más guapo —sugiere la tía Victoria.

Me entero de que mi madre estaba embarazada de mí en el momento de la muerte de mi hermano.

—No lo soportó —musita mi tía con voz de ultratumba.

Tampoco soportó la perspectiva de perderme algo después, cuando, por desgracia para mí, pillé una mala gripe al cumplir los dos años, y eso que ahora tengo una salud de hierro. Mi madre se asustó, me imaginó muerto, y me dejó y se largó. Es tan simple como eso.

El ser humano es sorprendente.

Así que para resumir: soy el hijo de mi padre, mi madre me abandonó por miedo a perderme, mi padre le guardó rencor el resto de su vida y me responsabilizó de la huida de su mujer cuando, lo siento, no era culpa mía.

Me indigno en voz alta.

—Tu padre nunca fue muy listo, ¿sabes? —dice mi tía. Y olvidando que está hablando conmigo, añade—: Pero claro, ¡era un hombre!

Solo puedo culparme a mí mismo. Si hubiera respetado el destino familiar (un hijo por generación), nunca habría nacido dado que mis padres ya tenían un hijo, ese famoso hermano mayor que mi tía se saca de la chistera a la hora del té y cuya existencia, más bien breve, nadie me reveló jamás.

Pero hablando de eso…

—… Si lo he entendido bien, ¿no morí el día quince porque el destino ya se había encargado de Morbert?

Mi tía hace un gesto de ignorancia. Lo ignora, me queda claro. Ni siquiera se lo había planteado.

Sigo con mi razonamiento, pues:

—Pero ¿cómo es que murió cuando tenía seis meses? Porque, si él era el hijo mayor, debería haber muerto al cumplir treinta y seis años, ¿no?

Mi tía opina:

—A tu padre también le pareció curioso en aquel entonces.

¿Curioso?

Yo habría empleado una palabra un poco más contundente. No sé… ¿Dramático, quizá? ¿Trágico? ¿Alucinante?

Pero en nuestra familia todo es alucinante. Más vale relativizar.

Mi tía sigue ahogando sus galletas. Tiene la taza hasta el borde de gachas. Chasqueo los dedos.

—¡Ya lo sé! ¡Era él el bastardo!

Pero me vengo abajo enseguida.

—No, imposible. En tal caso, sería yo el que habría heredado este destino de mierda y habría muerto el día quince, cuando tocaba.

Mi tía frunce los labios.

—En fin… Esa historia de la herencia, ya sabes que…

La corto con voz tensa:

—No intentes engañarme. Estuve indagando y concuerda en lo que

respecta a las cuatro últimas generaciones, al menos. Los hombres de la familia mueren el día de su cumpleaños, las fechas constan en el registro civil. Así pues, explícame por qué Morbert, si era el hijo de mi padre, no murió al cumplir treinta y seis años, como los demás. Y, por otra parte, si yo soy legítimo, ¿cómo es que papá tuvo dos hijos, contrariamente a todos sus antepasados?

Me parece que mi tía quiere confesarme algo. Pero duda.

Pongo mi mano sobre la suya y, sin el menor pudor, engolo la voz para susurrarle acaramelado:

—Puedes contármelo todo…

Tiene la mirada triste y los ojos brillantes.

—¿Sabes, cariño…? —dice.

Las frases que empiezan por «¿Sabes, cariño…?», o algo parecido, en principio no auguran nada bueno. Me espero algo fuerte.

La tía Victoria no me decepciona.

—¿Sabes, cariño…? Tu padre tuvo dos hijos porque él no era el verdadero hijo de su padre.

Anda. Me quedo sin palabras.

—Morvan era mi medio hermano. No era un Di Funto. Nunca lo supo.

Sin decir nada, me da el álbum abierto. Me muestra una foto de mi padre cuando tenía diez años con mis abuelos. No se aprecia ningún parecido familiar, es evidente. ¿Por qué nunca me di cuenta? Ni él.

En la foto se ve a mi abuelo Maurice, un tipo alto y tieso con la delgadez típica de los alcohólicos, nariz de caribú, orejas como raquetas de nieve y ojos celestes heredados de su padre. Tiene las manos sobre los hombros de mi abuela Marthe, una rubia de pechos caídos y pelo largo tan liso como las llanuras de la Picardía. En medio de ambos está mi padre, paticorto, gordito, pelirrojo, con los ojos oscuros, el pelo rizado como una escarola y las orejas más pegadas al cráneo que las garrapatas a un perro.

Alentada por mi silencio estupefacto, mi tía sigue:

—Mi pobre padre bebía mucho. Se pasaba la vida en el bar. Nunca estaba en casa… o estaba borracho. No se ocupaba demasiado de mi madre. Así que inevitablemente… —Suspira y concluye—: Así es la vida, cariño. ¿Quieres más té?

Y sin esperar mi respuesta, vuelve a llenarme la taza.

O Danny boy, the pipes, the pipes are calling…

Vuelvo a la carga. Quiero, necesito, debo saber de quién era hijo mi padre.

Mi tía se me resiste.

—Como imaginarás, nunca me atreví a preguntarle eso a mi madre —responde—. Cuanto puedo decirte es que unos meses antes de que mi hermano naciera tuvimos un vecino, un irlandés, Bunny Callaghan, se llamaba, o Callahan, quizá… No lo recuerdo. En cualquier caso, era un señor muy amable. Venía a casa cuando mi padre estaba en el bar.

«Así pues, debía de ir a menudo», pienso.

—Tenía una fábrica de lana acrílica en Irlanda… Decía que era el futuro, que a los jerséis ya no les saldrían bolitas y no se encogerían después de varios lavados, y que ya no harían falta corderos. Era mejor que la lana natural, aseguraba. Había venido a Francia para buscar clientes.

Se detiene, reflexiona y busca en su memoria.

—¡Callahan, sí, ese era su apellido!

Duda.

—¿O era… Callaghan? Vaya, no me acuerdo. Todo se me olvida, es terrible… Pero se llamaba Bunny, de eso estoy segura porque era como en esa canción irlandesa, ¿la conoces? *O Bunny boy*…

—Danny.

—¿Qué?

—La canción es *O Danny boy*. Bunny era un conejo.

—Ah, bueno… Bunny, Danny, ¡qué más da!

Siento ganas de ahogarla en su taza, pero me contengo y, con toda la calma del mundo, le pregunto:

—¿Por qué la abuela nunca confesó a papá que el abuelo no era su

padre?

—Eran otros tiempos… Las historias de familia se dejaban en los cajones.

—¿Y por qué no se lo contaste tú?

—¡Qué cosas se te ocurren, cariño! ¿Crees que era yo quien tenía que explicar a mi hermano que no lo era? Ya que…

Se ruboriza y se calla de repente. Y de pronto me doy cuenta de que mi tía tampoco se parece a su padre. Qué picarona, la abuela Marthe.

Mi tía me lee el pensamiento en la mirada y aparta de mis ojos la suya.

A ver, centrémonos.

Me enfado:

—¿Y yo? ¡Yo! ¡Yo! ¿Qué hay de mí? ¿De mí, eh?

Abuso un poco de los pronombres personales, lo sé, pero estoy que ardo.

—¡Podrías habérmelo contado a mí! Todo ese teatro en cada uno de mis cumpleaños…

Sacude su cabezota. Y sus enormes mejillas tiemblan.

—No obré bien, lo sé. Pero ¿qué quieres…? A fuerza de fingir y fingir desde que naciste, se convirtió en algo natural. Y luego, cuando tu padre murió, ya no estaba tan segura, me dije que finalmente…

Palidezco.

—Espera, espera… ¿Por qué papá murió a los treinta y seis años? ¡No había ninguna razón para que muriera a esa edad si no era un Di Funto!

Mi tía suspira. Se seca una lágrima, me da golpecitos en la mano. Me siento avergonzado de no quererla más. Quizá si lo intentara…

No, qué va. Es imposible.

—El pobre Maury… hablaba de aquel cumpleaños desde hacía meses. Le daba una importancia exagerada.

Se encoge de hombros y añade con una pizca de acritud:

—Tu padre siempre le daba una importancia exagerada a todo.

Claro, claro, temerte que vas a diñarla cuando cumplas treinta y seis años no es para hacer un drama. Menudo blandengue estaba hecho mi padre.

Mi tía prosigue:

—A lo mejor tenía el corazón débil… Le vendría de su padre, Bunny, que murió de un infarto antes de la cincuentena mientras enseñaba catálogos de muestras en una importante fábrica de lanas e hilos. Vete a saber, la angustia, la emoción…

Vuelvo a ver el globo inflado a tope, y tras él, la cara congestionada de mi padre.

Mi pinchazo fatal.

Papá llevándose la mano al corazón y desplomándose en un suspiro, con una mezcla de resignación, de cansancio y de última satisfacción en la mirada, como si fuera a exclamar: «¿Ves? ¿Qué te había dicho que pasaría?».

Procuro rehacerme.

—Y mi madre, ¿la conocías bien?

—¿Que si la conocía? Pobre Catherine —gimotea mi tía—. Era como mi hermana pequeña. Cuando se fue, tu padre se negó a que volviéramos a hablar de ella. Ni siquiera me permitía pronunciar su nombre. Pero nos escribimos durante mucho tiempo. Le enviaba una postal o una foto de ti dos o tres veces al año y le contaba cómo te iba.

Me siento como un clavo gastado incrustado en una pared a martillazos. Aprieto los dientes, me levanto y digo:

—A lo mejor hasta sabes dónde está ahora, ¿no?

La tía Victoria asiente con la cabeza.

—La última vez que tuve noticias suyas estaba en la cárcel de Rennes. Hará unos treinta años… Supongo que seguirá allí.

Me dejo caer en la silla.

—¡Menuda cara pones! ¿Estás bien?

—Sí, sí —contesto—. Estoy de maravilla.

Soy el nieto de un irlandés cardíaco que tenía un nombre de dibujo animado, seguramente yo también moriré de un infarto, mi madre está en prisión y maté a mi padre.

No podría estar mejor.

¿Qué delito tan abominable pudo cometer mi madre para estar entre rejas desde hacía treinta años? No me atreví a preguntárselo a la tía Victoria.

Me levanté como impulsado por un resorte y me largué sin decirle adiós.

Por más que, asomada al hueco de la escalera, emitía un sonido gutural parecido al de la trompa del señor Seguin cuando llamaba a su cabra Blanquette («¡Vuelveee! ¡Vuelveee!») en el cuento de Alphonse Daudet, bajé los escalones a toda mecha, con las mejillas encendidas y el corazón en la boca, y todo para vagar por las calles durante una hora o dos y acabar contando cuanto había averiguado a Nassardine y a Paquita, quien se lo tomó como si tal cosa.

Pero debo aclarar que en su familia las cárceles de La Santé, Fresnes, Rennes o Fleury-Mérogis estaban muy presentes en las conversaciones, desde luego más que los nombres de los museos nacionales.

Nassar me ayuda a amontonar mis cosas en una esquina de la habitación de invitados. Va a su ritmo, tranquilo, mientras Paquita, hiperactiva como una abeja puesta de anfetaminas hasta las antenas, abre mi sofá cama, descubre con horror que mis sábanas se habían quedado dentro («¡Mira, ahoraaa están arrugadas!»), corre para buscar otras recién planchadas que huelen a lavanda, vuelve, las extiende haciéndolas ondear como banderas, las ajusta al colchón, las remete.

Me pregunta:

—¿Una almohada o dos? Si quieres dos, dímelo, ¿vale? No te cortes. ¿O prefieres solo una pero grande?

Luego:

—¿Qué te gustaría para desayunar? ¿Pan tostado, huevos pasados por agua, biscotes, mermelada?

Y:

—¿Por qué está en la trena tu madre?

Nassardine se sobresalta.

—¡Paqui!

—¡Estoy segura de que se trata de un crimen pasional! —prosigue Paquita la mar de alegre—. Su hombre la engañaba… ¡y se lo cargó!

En su boca suena como un pecado venial, un acto romántico.

Paquita tiene ejemplos en su familia; su prima Cindy, sin ir más lejos, quien, por lo que parece, acortó los bajos de un tijeretazo al correcamas de su marido medio centímetro mientras dormía. Pero cuando uno se casa con una costurera, hay que dar la talla. O no dormir.

—Quizá la maltrataba. Si un hombre me levantara a mí la mano…, ¡se arrepentiría al momento! —añade Paquita ahuecando mis almohadas a puñetazos.

No puede imaginar, ni por un instante, que mi madre no se liara con otro hombre después de dejar a mi padre. Ni que la metieran en prisión por un robo a mano armada. Para ella, no hay duda, mi madre es un dechado de virtudes, por fuerza.

Desde hace un rato se empeña en inventarle una vida sentimental melodramática que la disculparía del hecho de estar en la cárcel desde hace treinta años. Eso es amor. Amor y drama.

Contempla su obra, tira un poco de un extremo de la manta para que desaparezca una arruga, la alisa con la palma de la mano también, y sonríe con aire satisfecho. Se vuelve hacia mí y dice:

—Estoy convencida de que tu madre es buena.

Lo siento, pero me saca de quicio.

—Mi madre se largó cuando yo apenas tenía dos años porque le asustaba verme morir, todo un detalle por su parte, y nunca volvió, aun sabiendo que yo estaba bien. De manera que «buena», lo que se dice «buena», yo no la llamaría.

Paquita niega con la cabeza y repite, obstinada:

—Tal vez, pero a pesar de todo estoy convencida de que lo es.

Luego:

—De lo contrario no habría tenido un hijo tan bueno como tú.

Y como argumento decisivo:

—¡Punto en boca!

Me desarma.

Renuncio a contestarle que el carácter no se hereda forzosamente solo de la madre, o del padre, que puede forjarse también con las circunstancias vividas y con las personas con las que te vas cruzando en el camino. Que los genes tienen sus limitaciones, por suerte. Conozco a Paquita y su maravilloso mundo. Viene de una familia de chiflados egoístas y estúpidos, pero en su universo almibarado siempre se perdona incluso a los cabrones de la peor calaña.

Añade con expresión soñadora:

—Me han contado que Rennes, me refiero a la ciudad, es bonita.

Nassar suspira, me mira, se excusa con una sonrisa y empuja con

suavidad a Paquita por los hombros.

—Venga, dejémoslo solo para que deshaga sus cajas.

Oigo a Paquita susurrar en el pasillo:

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

Paquita lo siente. Nunca ha tenido hijos, y es una pena porque tiene corazón de madre. De repente, por más que lo intente, no puede impedir ponerse en lugar de la mía, de prestarle sus propios sentimientos. Se empeña en convencerme. Pone toda su energía, todo su vocabulario.

—Tendrías que hablar con tu madre. Dos no se entienden si no hablan. No conoces su vida. No juzgues a nadie sin saber sus razones.

De seguir, acabará por hacerme dudar.

¿Debería tratar de localizar a mi madre para volver a verla? ¿Y qué le diría?

Somos perfectos desconocidos el uno para el otro. Ella para mí más que yo para ella, porque mi tía le escribía sobre mí, al parecer.

Mi madre no es nada; es solo ausencia, un gran vacío.

Ni siquiera la reconocería si nos cruzáramos en la calle. En un vis a vis aún menos. Solo he visto fotografías de ella de joven, con menos de veintitrés años. Mi padre quitó todas sus fotos de los álbumes. Ahora tiene sesenta; me la imagino arrugada, gorda, con ojeras, poco pelo, hecha un guiñapo a causa del alcohol, la droga y la prostitución, repleta de tatuajes feos y descoloridos.

Busqué en internet qué delitos se penan con treinta años de condena. Hice mal. Homicidio, envenenamiento, actos de barbarie, tortura, robo o extorsión con amenazas o uso de arma, rapto, secuestro y unos cuantos más, y no menos graves. Sabiendo que las mujeres representan menos del cuatro por ciento de la población carcelaria, seguro que mi madre es la peor de las piradas, una verdadera psicópata. Debería alegrarme de que me abandonara.

Dentro de lo malo, tuve suerte.

—Sí, pero aun así… —insiste Paquita.

Me pone cara de cordero degollado. Me siento como un cabrón.

Miro a Nassar. Asiente con la cabeza como diciendo: «Ella tiene un poco de razón…».

Voy a decepcionarlos, lo sé, pero cuando tomo una decisión, me mantengo firme. No iré a Rennes.

El guardia no es más amable que la puerta de la cárcel.

Por más que le facilite mi nombre y mi dirección, así como la razón de mi visita, y le muestre mi carnet de identidad, me mira con desconfianza. Acto seguido, echa un vistazo nervioso a la furgoneta aparcada justo delante del acceso principal.

Nassardine, al volante, escucha a su compatriota Cherif Kheddam a todo volumen, con la mirada fija en el horizonte, con barba de tres días y una pinta demasiado árabe.

El guardia lo observa con un recelo muy profesional mientras elabora mentalmente un retrato robot detallado. Luego se vuelve hacia mí.

Percibo su escepticismo.

Retomo mi discurso:

—Me han dicho que mi madre estaba aquí.

Me mira a los ojos en absoluto silencio, lo que pronto me incomoda. Empiezo a sentirme culpable, no sé de qué, pero parece serio.

—¿Se lo han dicho? ¿Quién se lo ha dicho?

—Mi tía.

—¿Su tía?

¿Piensa repetir todo lo que le digo? Insisto.

—Sí, mi tía.

Espera.

Me invento un relato creíble: he vivido en el extranjero desde que era un niño, desconectado por completo de mi familia, llegué a Francia hace solo tres días, no sabía que mi madre estaba aquí, es mi tía la que…

—Sí, vale. ¿En qué módulo está su madre?

—¿…?

—¿Está a la espera de juicio o cumple condena?

—Pues… no lo sé.

Me arrepiento ya de haberme dejado convencer por Paquita y su puñetero gran corazón («Piénsalo, cariño… ¡Al fin y al cabo es tu madre! Y además, Rennes no está tan lejos, así salimos un poco»).

El guardia se impacienta.

—¿Su apellido?

—Di Funto, Catherine.

—Deletréelo.

—D… I… F…

—Espere, no tan rápido…

—U… N…

—¿Esa mujer viene con usted?

Me doy la vuelta. Paquita, en minifalda, con su chaquetón de pantera y sus botas por encima de las rodillas, está a unos pasos detrás de mí haciéndole señas con su sonrisa más cautivadora.

—Sí, es una amiga.

—No puede hacer eso aquí. Dígaselo. Si no, llamaré a la policía.

Suspira y masculla:

—Buscando clientela delante de una cárcel… ¡Pero en qué mundo vivimos!

Y luego más fuerte:

—¡Y dígale a ese señor que quite de ahí su furgoneta! Está prohibido aparcar delante de la entrada. ¡No estamos en una bolera o en una pista de patinaje!

Indico mediante gestos a Nassardine que mueva la furgo de inmediato y corro a explicar a Paquita que está terminantemente prohibido saludar a los guardias de una prisión.

Ella se extraña:

—No le estaba saludando. Le hacía señas para que viniera a por un crep. Pregúntale cómo lo quiere. Se lo llevaré, si no le dejan salir.

Le respondo que no es una buena idea, que los guardias de prisión tienen prohibidos los creps y que, si insiste, corre el riesgo de enfadarlo.

—Entonces, ¿una tortita? Si no le gusta lo dulce…

—Tampoco.

Paquita está decepcionada.

—Yo lo hacía sobre todo para que te viera con buenos ojos.

Le doy un beso en la mejilla, le digo que hace frío, que me espere calentita al lado de Nassardine o, mejor, que vayan a dar una vuelta por el centro, que los llamaré más tarde. Me vuelvo a la garita.

—D… I… F… U… N… T… O. Catherine Di Funto.

El guardia consulta su registro y sacude la cabeza.

—No me consta.

Vaya. Me dispongo a darme la vuelta cuando me asalta una idea:

—¿Es posible que esté aquí con su nombre de soltera?

—¿Por qué, está divorciada?

Me dan ganas de responderle que no tengo ni idea y que empiezan a hinchárseme las pelotas, pero como soy un gallina e ignoro qué podría hacerme, me contengo para no perder la oportunidad de visitar a mi madre o arriesgarme a terminar el día en el calabozo.

Le digo «Sí» con aire simplón.

—No le importa perder el tiempo, ¿eh? En fin… ¿Cuál es su nombre de soltera?

—Catherine Boucau, como la ciudad.

—¿Bouc… qué?

—Boucau. Como esa ciudad de Aquitania. Cerca de los Pirineos…

—¿…?

—Boucau.

El guardia escruta mi cara con pinta de estar preguntándose si me cachondeo de él.

No me importaría en otras circunstancias, pero algo me dice que no es el momento. Le repito «Boucau. B… O… U… C… A… U…» con voz hueca.

El guardia vuelve a consultar el registro.

—Tampoco. ¿Está seguro de que se encuentra aquí?

—Según mi tía, sí. Desde hace unos treinta años.

—¡Ah! Entonces está en el centro de detención… Solo que no la tengo en la lista. Quizá la han trasladado. Hablaré con mi colega.

El hombre da un grito por encima de su hombro y otro guardia aparece. Es igual, solo que más viejo. El joven le hace un resumen.

El veterano lo escucha moviendo la cabeza afirmativamente, le

pregunta en voz baja «¿Qué apellido?», hace una mueca, se vuelve hacia mí y me dice:

—¿En qué módulo está su madre?

Y luego:

—¿Está seguro de que está aquí?

Tengo la impresión de haber vivido ya este instante hace poco.

Añade, fatalista:

—En cualquier caso, aunque estuviera aquí no podría verla. No se permiten las visitas los jueves ni los viernes, caballero. Mire los horarios, están en el tablón.

Renuncio a responderle que me importan un pito los horarios de visitas. Me despido de ellos alzando la barbilla, y cuando ya me alejo, el viejo me llama:

—¡Eh! ¡Eh, señor!

Me doy la vuelta. Parece que ha reflexionado.

—¿Catherine Boucau, ha dicho?

Balbuceo un sí.

Insiste:

—¿Cathy Boucau?

Otro sí por mi parte, aunque no estoy muy seguro, mientras doy un paso atrás. Por si acaso es una jugada peligrosa… No me apetece que me encañonen con un arma.

Al guardia veterano se le ilumina el semblante.

—¿Por qué no lo ha dicho antes?

Y acto seguido:

—¡Ignoraba que tenía un hijo!

«Y ella me ha ignorado a mí», me digo.

Le palmea el hombro a su colega:

—¡Habla de Cathy! ¡Cathy Boucau! Ya sabes quién: ¡Dudú!

El clon joven sonríe enseguida y exclama:

—¿Por qué no lo ha dicho antes?

Esbozo una sonrisa mema.

No se me ocurre qué otra cosa hacer.

Catherine Di Funto, nacida Boucau, llamada Cathy, y también Dudú, no está encarcelada en la prisión de Rennes; trabaja en ella.

Si hubiera escuchado las explicaciones de mi tía Victoria en lugar de salir pitando de su casa como un estúpido, lo habría sabido. Mi madre es vigilante en la guardería del centro penitenciario; la llaman Dudú porque dedica su tiempo libre a reunir peluches que luego regala a los críos que viven allí, porque el guardia me ha contado que las mujeres que dan a luz en prisión pueden quedarse con sus hijos hasta que cumplen dieciocho meses.

Por lo visto, las madres la adoran y ella adora a los bebés.

Pero el guardia también me ha dicho, con tono apenado: «Qué mala suerte tiene usted, ¡el jueves es su día de descanso!». No he osado responderle que, al contrario, estaba encantado y que solo había ido para satisfacer a los dos ilusos que me habían llevado hasta allí. He puesto cara de decepción y he asegurado que volveré. Luego he hecho prometer a los dos guardias que no dirán nada, para no estropear la sorpresa. Con un guiño cómplice me han dado a entender que vale, que queda entre colegas.

Así que mi madre adora a los bebés y se ocupa de ellos desde hace unos treinta años… Eso me da que pensar. ¿Acaso le remuerde la conciencia y busca hacerse perdonar por no sé qué tribunal celestial el hecho de haberme abandonado? ¿Se consuela así de haber perdido a mi hermano? ¿Estoy haciendo psicología barata y nada de esto guarda relación?

Nassardine bebe cerveza en silencio. Me deja hablar, sabe que necesito soltarlo todo y que ya tendrá tiempo de hacer comentarios más tarde. Paquita no se muestra tan pasiva; carraspea, se remueve en su silla. Me da que se muere de ganas de decirme algo. La interrogo

alzando las cejas.

Y, encantada, explota:

—¡Te lo dije!

Luego:

—¡Estaba segura de que tu madre era buena! No ha hecho nada malo, ¿lo has visto?

Y:

—Estarás contento, ¿eh? ¡Por fin la verás de nuevo!

—No.

Paquita se queda muda. De un manotazo se baja la ajustada camiseta, que se le subía por la barriga. De repente el pecho amenaza con salírsele por el borde superior, de lo que se ha dado perfecta cuenta el camarero. Nassardine le dirige su mirada fija de husky. El otro vuelve la cabeza y se va chupándose el dedo que acaba de cortarse al romper un vaso a causa de la intensidad del momento.

Nassar no lo pierde de vista mientras con dedos ágiles le sube el escote a Paquita, quien no se ha enterado de nada.

—¡¿Cómo que no?! —exclama.

Lo más duro ha sido explicar a Paquita que no tenía ganas de hablar con mi madre, que lo único que quería era saber dónde estaba, nada más. Sí, era una estupidez, ya. No, no había preguntado su dirección.

No, no estaba seguro de si iría a verla algún día.

—No puedo asegurarte que no iré nunca, pero por el momento no lo sé. Ni siquiera tengo ganas de planteármelo.

—¿Por qué? —casi me grita.

Pues… Hace solo unos días, iba a morirme sin verla, así que ¿por qué cambiar el curso de las cosas?

—He vivido siempre sin ella, creí que me moriría sin ella, somos dos extraños. No la odio, sino algo peor: me resulta indiferente.

Nassardine no dice nada. Creo que intenta comprenderme, que se esfuerza incluso, simplemente por afecto. Solo vio a sus padres dos veces en casi cuarenta años. Murieron lejos, allí, en Argelia. Él no concibe que alguien que puede volver a ver a su madre no lo haga. Sin embargo, sabe de dónde vengo, y también lo que acabo de vivir. Sabe desde hace unos días que navego entre las revelaciones y las explicaciones, los malentendidos y los equívocos, las mentiras y los engaños. Nada de lo que yo creía auténtico, real, lo era. Mi espada de Damocles era en realidad de cartón piedra, y puede que me bastara con ella porque, al final, solo debía enfrentarme a unos patéticos molinos y me faltaba coraje para hacerlo.

En este preciso instante Nassardine y Paquita son mi último punto de referencia, el único terreno estable y firme en medio del caos.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —pregunta Paquita con la voz rota.

He hecho añicos todos sus sueños.

Ella nos veía a mi madre y a mí reconciliados ya y para siempre. Se proyectaba a un futuro próximo, donde, sentada en su pequeño jardín, explicaría a mi madre cómo era su chico cuando tenía diecisiete años mientras Nassardine y yo terminábamos de construir el garaje. Se

harían amigas. Beberían café soluble. Ella le compraría una taza idéntica a la suya, un cerdito de color rosa chicle, que sujetarían por la cola con el meñique tieso como las verdaderas princesas.

Repite:

—¿Qué hacemos?

Dice «hacemos» porque se incluye en todo lo que me concierne.

Está tan triste…

Añade con un hilo de voz:

—Quieres que volvamos, ¿verdad?

La rodeo con los brazos y la hago bailar un par de pasos de vals.

—¿Y si vamos al mar? ¿Os apetece?

Paquita se seca las lágrimas y Nassar me sonríe.

Los quiero.

Cuando le conté adónde quería ir, Paquita no se lo creía.

Exclamó:

—¿A la punta de Raz? ¿A cuánto está de aquí?

Luego gritó:

—¡¿A tres horas por la autovía?! ¡Está muy lejos! ¡Estás loco!

Y:

—Nassar, díselo, ¡está muy lejos!

Pero Nassar no lo dijo. Se limitó a darme las llaves de la furgoneta.

—Llévalo tú, hijo. A mi edad no es prudente que conduzca tanto rato para recorrer distancias tan grandes. No sería prudente.

Sonreí. Solo ha recorrido una gran distancia en su vida, para venir a Francia. Y no era él quien pilotaba el barco.

Metí la llave en el contacto, ajusté los retrovisores, me puse el cinturón y de repente me dije que estaba cumpliendo un viejo sueño de adolescente: conducir la furgoneta de Nassar y Paquita. Era incluso mejor de lo que pensaba, pues veía la carretera desde lo alto, oía el traqueteo de las sartenes y del material de los armarios… y tenía la impresión de irme de vacaciones sin salir de mi cocina.

Durante todo el trayecto, Paquita mantuvo cogida la mano de su hombre, y no dijeron ni una palabra.

Ahora están pegados el uno al otro, sacudidos por las ráfagas de viento.

Ella no había visto nunca el océano. Ni sentido tanta emoción. Se queda allí, paralizada, erguida y agarrada a su Nassar en la proa de granito que desafía sin desfallecer las tempestades del mar de Iroise. Nassardine le rodea el hombro de forma protectora y viril. Sonríe a medias, con los ojos enrojecidos.

—Es el viento, hijo, hace llorar.

Este mar le recuerda al otro, al que lo separa de su país perdido. Y a todos los otros mares, los otros océanos que nunca ha atravesado, salvo en sueños, él, que habría querido vivir un millar de vidas, vagar por los bosques, ser un aventurero, un corsario.

Les hago fotos desde todos los ángulos, a ellos, al mar, a las rocas y a los grandes pájaros blancos que desafían al viento.

Luego me siento, miro al horizonte, ligeramente a la izquierda.

Si aguzo la vista, quizá pueda ver Nueva York y la desembocadura del Hudson, a poco menos de cinco mil seiscientos kilómetros de aquí.

Si me esforzara, a lo mejor hasta vería Brooklyn… Y subiría por el río Hudson, pasaría entre Liberty Island y Ellis Island, iría derecho hacia Battery Park y me plantaría en Manhattan.

Basta con imaginarlo.

Paquita se acerca y se sienta a mi lado, hombro contra hombro, una madre y su hijo.

—¿Qué miras? —me pregunta.

Le respondo:

—El mar.

Pero no es cierto.

Miro América.

Doy vueltas en la habitación de invitados. Me siento acorralado entre los pequeños cojines bordados por Paquita y este papel pintado de las paredes tan… exuberante que parece gritar: «¡Miren mis pájaros, mis rayas, mis flores!».

Voy a revisar lo que metí en las cajas de cartón para ocupar la mente y hacer sitio. No tiene sentido que quite espacio a Nassar y a Paquita con mis dibujos del colegio y mis diarios… Tres páginas escritas en total.

Debería haber hecho esto antes de mi muerte, no fui riguroso. Qué más da, nunca es demasiado tarde para tirarlo a la basura. Empezaré ligero de equipaje mi nueva vida. Abro una caja. Encuentro monedas, los regalos que venían con mis cómics, gafas de sol (¡anda, estaban aquí!). Abro otra caja llena de juegos para consola, Donkey Kong, Super Mario Kart, Zelda, Sonic; toda mi vida y más.

Debajo de los casetes está el sombrero de Jasmine.

Aún no lo he desenvuelto. Por miedo a encontrar su olor, quizá uno de sus cabellos. Miedo de sostener entre mis manos algo que ella había tocado. Casi lo tiro al regresar a mi casa el día que se fue. Algo me lo impidió, no sé.

Miro el sombrero en su envoltura de plástico. Parece una crisálida en un capullo traslúcido. Me siento extrañamente emocionado. ¿Lo abro o no?

No acierto a explicarme por qué la cinta adhesiva vieja puede pegarse de este modo a los dedos.

No recordaba que el sombrero fuera tan pesado.

Y tampoco tan duro. Me dio la impresión de que había algo dentro de él.

Lo puse del revés para ver qué podía ser. Parecía más lleno que un calcetín de Navidad.

Lo sacudí, convencido de que su contenido se esparciría sobre la cama, pero no, era de una sola pieza. Estaba pensado como los *pop-up*, esos libros desplegables para niños que al abrirlos revelan universos de cartón recortado.

Empujé suavemente el fondo del sombrero para darle la vuelta.

Plop.

Y me senté.

Era el sombrero más maravilloso que Jasmine había creado. Hablaba de nosotros dos, de dos mundos. Era ella, era yo. Era toda nuestra historia.

De un lado, la ventana abuhardillada de su estudio y los tejados de París, una taza de café, entradas de cine, una cama con las sábanas arrugadas, una pequeña torre Eiffel, las orillas del Sena con sus típicos barcos de paseo. Del otro lado, Manhattan, los rascacielos, los mosaicos amarillos y verdes de Cathedral Parkway, la estación de metro en la calle Ciento diez Oeste. Todo adornado con multitud de cruasanes y cenefas de *cupcakes*. Un minúsculo avión colgado de un hilo de pesca giraba como un móvil por encima del sombrero, en un vuelo ininterrumpido de París a Nueva York.

Abrí los cajones, las ventanas, las cajas, con los ojos cada vez más brillantes, con el corazón cada vez más encogido. No terminaba de descubrir cosas. Aquí, un pañuelo blanco, para los ojos de Jasmine. Allí, una máquina de escribir, para mi supuesto relato. Y por todos lados, pequeños corazones multicolores de papel, de tela. Jasmine había tenido el detalle de poner una lupa colgando del borde del sombrero para que viera hasta los más ínfimos detalles.

Aquí, una fachada de restaurante: Los Francesitos. Allá, una tienda adorable llena de sombreros estrafalarios.

Arriba del todo estaba Central Park. Jasmine había representado la colina de Great Hill. El césped era verde fluorescente, rodeado de grandes olmos con hojas de papel de seda.

Frente a la hierba había tres bancos de cerillas con sus placas conmemorativas, porque se puede adoptar un banco en Central Park.

Agucé la vista y descubrí que la plaquita del banco del medio no era tal. Era una simple hoja en forma de corazón. No necesité la lupa para leer lo que estaba escrito: «Jasmine y Mortimer forever».

Una de las cosas buenas que tiene internet es que te permite pasear por todas las ciudades del mundo sin salir de casa. Puedes ir a donde quieras y cuando quieras, recorrer de extremo a extremo cualquier avenida, deambular de un lado a otro en unos cuantos clics, a salto de pulga, y ver los monumentos, los parques. Los restaurantes.

Basta con escribir una dirección aproximada, cerca de la calle Ciento diez, en Manhattan, por ejemplo, y un nombre de restaurante, digamos Los Francesitos…

No se necesita mucho más para soñar.

Solo he cogido una maleta pequeña y he puesto el sombrero de Jasmine en mi mochila. No me planteo ya si este viaje me asusta; sé que sí.

Estoy muerto de miedo, por supuesto.

Con el dinero de mi entierro compré un billete de ida y vuelta en un vuelo chárter. No me atreví a coger únicamente la ida, y me reprocho esa cobardía.

Me quedará algo para vivir durante unos días, improvisaré. Por una vez que mi vida me interesa, mejor no me quejo.

Paquita se inquieta por momentos ante la proximidad de mi partida. Suspira dentro de su corpiño. Me dice por lo menos por tercera vez:

—Te he preparado unos creps de jamón y queso. Y de postre te he puesto en la caja uno de chocolate, como te gusta.

Luego:

—Pide que te lo calienten en el avión a mediodía, ¿vale? Calentito está más bueno.

Y:

—Te he llenado la cantimplora con sidra.

No me atrevo a decirle que no está permitido acceder a la zona de embarque con comida y bebida, que sus maravillosos creps acabarán en una papelera junto al control de seguridad y que tendré que comprarme al otro lado un bocadillo malo pero legal. Así que le doy las gracias y la abrazo. Se obliga a no llorar mientras Nassardine se mordisquea el bigote. Insistieron en traerme al aeropuerto, hasta la terminal. Creo que si hubieran podido me habrían acompañado hasta mi asiento en el avión, para estar seguros de que me sentaba bien y me ponía el cinturón como se debe, con caras largas de preocupación, como si me fuera al hiperespacio para no volver jamás.

Nassardine se ha puesto su traje de boda, se ha peinado con la raya en medio, se ha recortado el bigote. Paquita está muy guapa, vestida de los pies a la cabeza de cuero y encaje. Se tuerce los tobillos trastabillando en sus nuevos zapatos de tacón de piel rosa con lunares blancos. El maquillaje no le ha quedado tan resultón: el rímel está corrido, el pintalabios se ve desvaído; culpa de la emoción.

Me abro hueco entre ellos y los cojo por el brazo con orgullo. Tengo la impresión de ser el hijo de Groucho Marx y de una *drag queen* jubilada, pero hago la peineta discretamente a todo aquel que se ríe a nuestra costa.

—¿Te molesta si trato de llamar a tu madre cuando te hayas ido? —pregunta Paquita.

Luego:

—Porque, ¿sabes?, he pensado que si la veo antes que tú podría decirte si es buena o no.

Y:

—Además, igual hasta me explica cosas, como qué pasó, por qué no regresó. Entre mujeres nos entendemos mejor.

Por poco dice «entre madres».

—Haz lo que quieras —le contesto.

Hoy me siento dispuesto a complacer a todo el mundo.

Paquita me aprieta el brazo, está contenta. En el universo de Paquita hace falta amor y armonía.

—¿Desde cuándo no ves a Jasmine? —pregunta de repente Nassar para cambiar de conversación.

—Desde hace dos años, ocho meses y dos días. Aproximadamente.

—Es posible que no te haya esperado… Lo sabes, ¿verdad? —dice Paquita muerta de angustia.

Se corrige pronto:

—Eeeh… Pero estoy segura de que encontrarás a tu Jasmine, no te preocupes.

Busca apoyo en su marido:

—Nassar, ¿a que dos años y ocho meses no son nada?

Repite:

—¿Qué son, eh? Al fin y al cabo…

—Nada —confirma Nassardine con sobriedad.

Me mira. Advierto en sus ojos marrones toda su preocupación: ¿y si no encuentro a Jasmine? ¿Y si ya no es como era? ¿Y si ya no me quiere? ¿Y si yo la quiero menos? ¿Y si está casada y tiene hijos? ¿Y si hay otros «síes»?

Dice:

—¿Cuántos años tiene Jasmine ahora?

—Veintinueve.

Los hará dentro de un mes.

Paquita se alegra.

—¡Veintinueve! Pero si es una niña… ¡Tenéis toda la vida por delante!

Y luego, como si conociera la ciudad de toda la vida:

—Nueva York no es tan grande.

PROPÍLOGO

(variante de epílogo en forma de prólogo, y viceversa)

Contrariamente a lo que Paquita piensa, Nueva York es una ciudad grande.

Encontré una habitación en un albergue juvenil, lo que prueba, dada mi edad, que los americanos no tienen mucha vista.

Tan solo metí una guía en mi bolso, la más pequeña que encontré. Una que habla de Manhattan únicamente.

Para mi sorpresa, al salir de Cathedral Parkway me sentí como en casa. Caminé durante dos horas sin rumbo, como si fuera demasiado pronto para llegar a mi cita. Salvo que no tenía cita. De todos modos, de haber sido así, habría llegado tarde dos años y ocho meses. Hacía frío, pero no demasiado. El mismo tiempo que en París un bonito día de marzo.

Recibí tres mensajes de texto de Paquita:

Cómo estás, cariño?

Y luego:

He llamado a tu mamá

Y:

Yo tenía razón, es una mujer increíblemente buena!

Y un SMS de Nassar:

Seguro que ni siquiera saben hacer café del que nos gusta

Al llegar al restaurante Los Francesitos, me acordé de la primera vez que empujé la puerta de Los Chuchos Teñidos buscando a Jasmine.

Entré con el corazón un poco encogido, fui a la barra, pregunté. El tipo que me respondió se llama Romain, está escrito en su chapa. Tiene pinta de ser un buen tío. Cuando le dije que buscaba a Jasmine me lanzó una mirada extraña, para, acto seguido, dedicarme una sonrisita cuyo significado no capté.

—¿Eres el escritor?

No perdí el tiempo en cuestionarme, o cuestionarle, si el tono de su voz era de satisfacción o de decepción. Tampoco le pregunté si Jasmine estaba casada, si tenía hijos ni si había otros «síes».

Solo pedí ver a Jasmine.

—Ya no trabaja aquí. Pronto hará seis meses que se fue.

Creí estar preparado para esa eventualidad, pero no lo estaba. Nunca se está preparado para lo irremediable. Por más veces que ensayemos la escena, llegado el momento de representarla puede que nos cambien el texto. Me quedé sin habla.

Romain asintió con la cabeza.

—Ha abierto su tienda. Vive encima de ella, en un taller de artistas.

Tuve la impresión de respirar por primera vez en mi vida. Y entendí por qué los bebés gritan: respirar duele. Es un dolor necesario.

Romain escribió rápidamente unas palabras en un pósit.

—Toma, aquí tienes la dirección. Está a dos manzanas, un poco más arriba.

Luego miró su móvil y añadió:

—Pero a esta hora no creo que esté ahí. Cuando hace buen tiempo va a comer a Central Park.

Asentí. Nos dimos un apretón de manos.

Repitió, como para convencerse:

—Así que eres el escritor…

Dije que sí para complacerlo.

Conocía de memoria el camino para ir a Great Hill.

Ya sabía dónde esperar a Jasmine: en el banco del medio, bajo los olmos centenarios, enfrente del césped.

Mi más sincero agradecimiento a Cécile R., por su absoluta disponibilidad y por su atenta y sutil lectura desde hace más de quince años.

Todo mi agradecimiento también a Saïd H., consejero cultural.

Una historia irreverente y letalmente divertida sobre la vida, la muerte y todas esas pequeñas cosas que suceden entre ambas… ¡como los cumpleaños!

Esta historia disparatada e ingeniosa trata acerca de:

las tradiciones familiares *(sí, me dirán que en todas las casas cuecen habas, pero, en serio, lo de esta es… para morirse),*

la locura de vivir *(ya, me consta que lo han oído antes, y sin embargo les aseguro que al protagonista de esta novela lo de «vivir» le vuelve bastante loco)*,

y la inevitable cita con la muerte *(ahí ya les he sorprendido, ¿verdad? ¿Vamos a reírnos de la parca? ¿En su cara? Pues sí).*

Mortimer Décime aguarda con triste expectación su cumpleaños número treinta y seis. Y no es que le moleste cumplir años, en realidad le encantaría cumplir muchísimos más, sino que es consciente de que la mañana de esa celebración será también su último día en el mundo de los vivos.

Porque, desde tiempos inmemoriales, los varones de la familia Décime

han fallecido, todos sin excepción, a las once de la mañana del día de su trigésimo sexto cumpleaños. Han sido muertes accidentales, ridículas y trágicas al mismo tiempo, pero ningún Décime ha logrado superar esa aciaga jornada.

Así que Mortimer ha decidido aceptar su destino. Se ha negado a casarse, no ha hecho ningún plan que vaya más allá de esa fecha y, cuando llega el momento, aguarda tranquilamente esa cita triste e ineludible. Sin embargo, sin que él mismo sepa por qué, en esta ocasión, la parca pasa de largo.

Ahora Mortimer debe aprender a vivir de nuevo con muchas más incertidumbres y muchas más preguntas. ¿Acaso la maldición ha terminado con él? ¿Puede, por tanto, fundar una familia, tener un hijo? En definitiva, ¿es su vida tan imprevisible, azarosa e insegura como la de cualquiera?

(¿Qué les había dicho? ;-) *¡Y* ***más de 100.000 lectores en Francia*** *pueden confirmarlo!)*

Con esta novela desenfadada, Marie-Sabine Roger nos ofrece una historia tremendamente humana que habla de la muerte, sí, pero sobre todo de lo emocionante, imprevisible y maravilloso que es vivir.

«Marie-Sabine Roger sabe mirar al mundo, transcribirlo con humor y sentido común al tiempo que resalta, como guinda del pastel, la mejor parte del ser humano.»
L'Express

«Una excelente comedia humana, una rica fantasía literaria con una galería de personajes excéntricos, muy locos, tiernos, chispeantes y no tan simples como parecen.»
Page

«Marie-Sabine Roger nos demuestra con humor que nunca es demasiado tarde para empezar a vivir. En realidad, ¡nunca es tampoco demasiado pronto!»

Sophielit Blog

Marie-Sabine Roger, nacida en 1957 cerca de Burdeos, reside actualmente en Charente. Especializada en novela juvenil y con más de cien títulos en su carrera, se consagró en literatura para adultos con *Mis tardes con Margueritte*, que vendió más de cien mil ejemplares en Francia y fue adaptada al cine con Gérard Depardieu como protagonista. Sus novelas posteriores han recibido también numerosos premios como el Prix des Hebdos, el Prix Handi-livres o el premio de los lectores de *L'Express*.

Maldito cumpleaños es la primera novela publicada por Grijalbo de una autora que ha logrado ya un inmenso éxito internacional.

Título original: *Trente-six chandelles*

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2014, Éditions du Rouergue
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2017, Patricia Sierra Gutiérrez, por la traducción

Diseño de portada: Sophie Güet
Ilustración de portada: © Thinkstock / RuthBlack

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5532-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Juego de palabras de la autora: la pronunciación francesa de la primera sílaba de los nombres de los varones de la familia Di Funto se corresponde al sonido «Mor». *(N. de la T.*

Índice

Maldito cumpleaños

MORTY MUERE

- Vale, de acuerdo, la cuento
- Breve inciso
- Del insomnio de las chinchillas y de lo que, por desgracia, a veces conlleva
- El último mohicano (escenas conmovedoras)
- Morir no sirve de nada
- Tralará
- Defunctus, Difunto, Di Funto

A PETICIÓN DEL PÚBLICO…

- Donde se aprende con estupefacción que un bidé común y corriente puede ser un instrumento del destino
- Donde se constata, por si hubiera dudas, que no hay nada como un petardo para disgregarse en el aire
- Donde se descubre que la peor de las desgracias puede ocurrir cuando un burro se muestra testarudo como una mula
- Y el broche final del espectáculo…
- Paquita y mi Harley
- Que se prepare Phileas Fogg
- La guía «acabamundos»

¡AH, JASMINE…!

- La chica que lloraba bajo la lluvia en la terraza
- Sacrilegio y chihuahua
- Un océano no es para tanto
- Mal de amores y halva de pistacho
- Jasmine como fondo de pantalla
- De 33 años y medio a 36 años: nada

MAÑANA SERÁ OTRO DÍA

16 de febrero, pues (contra todo pronóstico)

Memorando

Un mortal feliz

Zona de tránsito

El arte de freír a preguntas a las personas mayores

O Danny boy, the pipes, the pipes are calling…

PROPÍLOGO

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Marie-Sabine Roger

Créditos

Nota